



LAWRENCE BLOCK



EL LADRÓN
QUE LEÍA
A SPINOZA



Lectulandia

Bert había entrado limpiamente en la mansión para afanar la valiosísima moneda. Y allí estaba su botín, pero acompañado por un cadáver aún caliente. Baruch Spinoza, allá por el siglo xvii, escribió sobre todo lo divino y lo humano —y Bert lo sabía bien porque era su filósofo preferido—, pero nunca dio ninguna receta para liberarse a la vez de una acusación de robo y de otra de asesinato. La receta tendría que ir descubriéndola el propio Bert, rápidamente y sin cometer un solo error.

Lectulandia

Lawrence Block

El ladrón que leía a Spinoza

Bernie Rhodenbarr - 4

ePub r1.1

Ledo 28.07.14

Título original: *The burglar who studied Spinoza*

Lawrence Block, 1980

Traducción: Daniel Aguirre

Editor digital: Ledo

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Caryl Carnow

1

A las cinco y media dejé el libro que estaba leyendo y empecé a echar a los clientes de la tienda. El libro era de Robert B. Parker, y su héroe era un detective privado llamado Spenser que compensaba el hecho de no tener nombre de pila comportándose con un insensato despliegue de actividad física. Cada dos capítulos te enterabas de que estaba haciendo *footing* por Boston, levantando pesas o buscando algún otro modo de sufrir un infarto o una hernia. Por el mero hecho de leer su historia ya empezaba a sentirme agotado.

Mis clientes no tardaron en marcharse; uno de ellos se detuvo a comprar un libro de poesía que yo había estado hojeando, pero el resto se evaporó como una delgada capa de escarcha en una mañana soleada. Metí en la tienda el mostrador de ofertas («Todos los libros a cuarenta centavos. Tres por un dólar»), apagué las luces, salí, cerré la puerta, eché la llave, corrí las rejas plegables que protegían la entrada y las ventanas, les eché el cerrojo y dejé Barnegat Books preparada para la noche.

Mi librería estaba cerrada. Había llegado la hora de poner manos a la obra.

La librería está en la calle 11 Este, entre University Place y Broadway. A dos números en dirección este se encuentra La Casa del Caniche. Entré, anunciado por el campanilleo del timbre, y la cabeza de Carolyn Heiser surgió por detrás de la cortina que había al fondo.

—Hola, Bern —dijo—. Ponte cómodo. Salgo ahora mismo.

Me arrellané en un sofá con cojines y me puse a hojear un ejemplar de una publicación del ramo: *El vendedor de animales de compañía*, que era lo que uno podía esperar encontrarse allí. Se me ocurrió que tal vez pudiera ver una fotografía de un bouvier des Flandres, pero no tuve suerte. Todavía estaba en ello cuando Carolyn apareció con un perro pequeñísimo del color de un Old Crow con agua.

—Ese no es un bouvier des Flandres —le indiqué.

—Y que lo digas —contestó ella. Colocó al animalillo sobre una mesa y empezó a ahuecarle el pelo, pese a que ya lo tenía bastante ahuecado—. Te presento a *Príncipe Valiente*, Bernie. Es un caniche.

—No sabía que los caniches eran tan pequeños.

—Cada vez los hacen más pequeños. Este es una miniatura, pero es incluso más pequeño que una miniatura corriente. Creo que los japoneses han entrado en el sector. Me parece que están haciendo de las suyas con los transistores.

Carolyn no suele gastar bromas sobre personas bajitas por miedo a arrojar la primera piedra. Con zapatos de tacón es posible que se acercase a un metro cincuenta. Tiene el pelo castaño oscuro, con flequillo recto y melena corta, los ojos azules y un físico que recuerda a una boca de incendios, un aspecto muy a tener en cuenta cuando se trabaja en una peluquería canina.

—Pobre *Príncipe* —dijo—. Los criadores siguen escogiendo a los más enanos y cruzándolos para conseguir ejemplares como este. Y también los cruzan por el color, por supuesto. *Príncipe Valiente* no es sólo un caniche en miniatura; es además un caniche en miniatura de color albaricoque. ¿Dónde demonios estará su dueña, a todo esto? ¿Qué hora es?

—Las seis menos cuarto.

—Lleva un cuarto de hora de retraso. Un cuarto de hora más y cierro.

—¿Y qué vas a hacer con *Príncipe Valiente*? ¿Llévartelo a casa?

—Pero ¿qué dices...? Los gatos se lo comerían para desayunar. Tal vez *Ubi* accediera a convivir con él, pero *Archie* lo destriparía sólo para mantenerse en forma. No; si su dueña no aparece antes de las seis, lo siento por *Príncipe* pero tendrá que pasar la noche en una jaula.

Aquello debería haber sido motivo suficiente para que el perrillo soltase un pequeño y encantador aullido de protesta; sin embargo, se quedó como un pasmarote. Le comenté a Carolyn que su color se parecía más al del *whisky* con agua que al del albaricoque, y ella me respondió:

—Dios mío, no me lo recuerdes o voy a ponerme a babear como el perro de Pavlov.

En aquel momento sonó la campanilla de la puerta y una mujer de pelo canoso con reflejos azules entró contoneándose para recoger el animal.

Proseguí la lectura de *El vendedor de animales de compañía* mientras ellas liquidaban la cuenta de *Valiente*. Cuando hubieron acabado, su dueña le sujetó al collar una correa tachonada de diamantes de imitación y salió con él de la peluquería. En la acera, se encaminaron hacia el este, probablemente en dirección a Stewart House, un gran bloque de apartamentos por el que se ven muchas señoras de pelo canoso con reflejos azules con o sin caniches de color albaricoque a su lado.

—¡Vaya con los caniches...! —comentó Carolyn—. No tengo perro por los gatos, aunque si no tuviera gatos tampoco tendría perro. Y si lo tuviera, no sería un caniche.

—¿Qué tienen de malo los caniches?

—No lo sé. Los caniches normales y corrientes no tienen nada de malo. No tengo nada en contra de los típicos caniches negros y con el pelo sin cortar. Aunque, naturalmente, si todo el mundo tuviera un típico caniche negro y con el pelo sin cortar, más me valdría colgar las tijeras y cerrar el negocio, lo cual, pensándolo bien, no sería tan mala idea. ¿Podrías vivir con uno de esos, Bernie? ¿Con un caniche en miniatura?

—Bueno, yo no...

—Por supuesto que no —me interrumpió ella—. Ni tú ni yo podríamos. Sólo hay dos clases de personas que pueden tener un perro así, y nunca he conseguido comprenderlas.

—¿A cuáles te refieres?

—A los hombres homosexuales y las mujeres heterosexuales. ¿Por qué no nos largamos de aquí? Creo que me gustaría tomarme un licor de albaricoque; una vez tuve un amante al que le gustaba... Tampoco me importaría tomarme el *whisky* con agua del que acabas de hablar, aunque lo que realmente me apetece es un martini.

Lo que se bebió al final fue una Perrier con lima.

Aunque no sin protestar. La mayor parte de las protestas las soltó al aire libre, y para cuando dimos la vuelta a la esquina y llegamos a la mesa del Bum Rap en la que solemos sentarnos, Carolyn estaba más tranquila e incluso de buen humor. La camarera preguntó si queríamos lo de siempre, a lo que Carolyn respondió con una mueca y pidiendo un agua de Seltz francesa, que no era en absoluto lo que solía tomar. También yo pedí una Perrier, que no es lo que acostumbro a beber al final de una jornada de trabajo, pero el trabajo del día todavía no había acabado. La camarera se alejó rascándose la cabeza.

—¿Ves, Bern? Este comportamiento atípico despierta sospechas.

—No creo que sea motivo de preocupación.

—No entiendo por qué no puedo tomarme una copa como Dios manda. Para lo de esta noche todavía faltan muchas horas. Si me bebiese una copa, tendría tiempo de sobra para recuperarme.

—Ya conoces las reglas.

—Las reglas...

—Sin ellas la sociedad se vendría abajo y todo sería una anarquía. Las calles se llenarían de delincuentes.

—Bernie...

—Claro que siempre puedo hacerlo en solitario —añadí.

—Venga ya...

—El trabajo no resultaría mucho más complicado si lo hiciera uno en lugar de dos. Podría arreglármelas.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Tú —contesté—, y te vas a llevar el cincuenta por ciento suceda lo que suceda, incluso si prefieres quedarte en casa esta noche. ¿Qué motivo hay para correr riesgos adicionales? Además, así podrás beberte tu martini, incluso dos o tres y...

—Ya he comprendido el mensaje.

—Sólo pensaba que...

—Te repito que mensaje recibido, Bern.

Dejamos de hablar mientras la camarera depositaba las dos Perrier sobre la mesa. En el tocadiscos sonaba un dueto de Loretta Lynn y Conway Twitty cuya letra hablaba sobre una mujer de Misisipí y un hombre de Luisiana. O quizá fuera al

revés. Da igual.

Carolyn rodeó el vaso con la mano y me miró con gesto iracundo.

—Voy a ir —dijo.

—Si tú lo dices.

—Pues claro que lo digo, joder. Somos socios, ¿no? Estoy metida en esto hasta el final. ¿Te piensas que porque soy mujer tengo que encargarme de que parezca que nada altera la jodida normalidad?

—Yo no he dicho eso...

—¡Y no quiero un martini, coño! —exclamó. Levantó el vaso—. Por la delincuencia, joder.

Se la bebió como si fuera ginebra.

Todo el plan había sido urdido en el Bump Rap, en aquella misma mesa. Carolyn y yo tenemos costumbre de tomar una copa después de trabajar, a menos que uno de los dos tenga algo que hacer, y un par de semanas atrás habíamos brindado levantando también un par de vasos, con la diferencia de que ninguno de los dos contenía agua Perrier.

—Es gracioso el tipo de perros que elige la gente —había dicho Carolyn—. Tengo una clienta que se llama Wanda Colcannon y tiene un bouvier.

—Sí, es graciosísimo...

Ella me había mirado fijamente.

—¿Quieres que te lo cuente o no, Bernie?

—Lo siento.

—El asunto es que la primera vez que la vi entrar con el perro pensé que eran tal para cual. Ella es una rubia alta y seria que parece salida del sueño de un masoquista. Lleva vestidos de modista y tiene los pómulos típicos de la gente del registro social. Le sale la clase por los poros.

—Ya.

—El bouvier, por su parte, es un perro con mucha clase. Actualmente está muy de moda. Hace sólo un par de años que la Asociación Canina Norteamericana reconoció la raza. Son perros caros, y tienen un aspecto muy elegante incluso si no sabes lo que cuestan. Así que imagínatelos: una rubia de piernas largas con un abrigo de cuero y un bouvier negro azabache a su lado. Tal para cual.

—¿Y por qué resulta gracioso?

—Elegió al perro por el nombre.

—¿Cómo se llama el perro?

—Bueno, en realidad no es un perro sino una perra.

—Eso de ser una perra también está muy de moda.

—Eso nunca pasa de moda. Bueno, la perra se llama *Astrid*, aunque ese es el

nombre que le dio Wanda. Lo que le hizo inclinarse por ella fue el nombre de la raza.

—¿Por qué?

—Porque el apellido de soltera de Wanda es Flandres.

—El apellido de soltera de Jackie Kennedy es Bouvier —había comentado yo—, aunque no sé qué tipo de perro tiene... Bueno, lo cierto es que tampoco sé la importancia que tiene esto. Me he despistado. ¿Qué tiene que ver Flandres con Bouvier?

—Oh, creía que lo sabías. Los Bouvier son originarios de Bélgica. El nombre completo de la raza es bouvier des Flandres.

—Ah...

—De modo que eso fue lo que le llamó la atención de la raza. Acabó comprándose un cachorro hará un par de años. Resultó una elección perfecta. Está loca por *Astrid*, y la perra muestra verdadera devoción hacia ella. Por si fuera poco, *Astrid* no sólo es un animal con clase, sino que además es inteligentísima y un gran perro guardián.

—No sabes cómo me alegro por ellas —había dicho yo.

—Deberías alegrarte. Llevo casi un año cuidando a su perra. Ella la trae cada dos meses para el baño y el cepillado de rutina; cuando va a ir a una exhibición le hago todo el tratamiento. No la exhiben con frecuencia, sólo de vez en cuando, y aún así ya ha ganado un par de cintas, incluso una o dos azules.

—Me alegro por ella.

—Alégrate también por Wanda y Herb. A Wanda le encanta sacar a la perra a pasear. Se siente segura en la calle cuando va con *Astrid*. Y ella y su marido se sienten seguros cuando la perra está vigilando la casa. De ese modo no tienen que preocuparse por los ladrones.

—Lo comprendo perfectamente.

—Ajá... *Astrid* es su seguro antirrobo. Dentro de un par de semanas empezará a estar en celo, y ellos quieren aparearla. A Wanda le preocupa que la experiencia de la maternidad merme su habilidad como perro guardián, pero lo va a intentar de todos modos. El perro semental es un famoso campeón. Vive en el campo, en el condado de Berks, Pensilvania. Creo que eso queda por Reading. Le envían perras de todo el país y le pagan por ello. Es decir, pagan al dueño del perro.

—Aun así, el perro se pega la buena vida.

—¿Verdad que sí? Wanda no va a enviar a *Astrid*, sino que la va a llevar con su marido. Cuando se quiere que dos perros se apareen, se les deja juntos un par de días seguidos, para tener la seguridad de que coinciden en el momento culminante de la ovulación. De modo que van a llevar a *Astrid* en coche hasta el condado de Berks y se van a quedar a pasar la noche para dejarles copular por segunda vez al día siguiente. Luego volverán.

—Seguro que los tres disfrutarán del viaje.

—Sobre todo si hace buen tiempo.

—Eso es siempre un factor a tener en cuenta —había comentado yo—. Tengo la impresión de que me estás contando todo esto por un motivo concreto.

—No se te escapa ni una. Van a estar una noche fuera, y *Astrid* también. *Astrid* es su alarma antirrobo. Son lo bastante ricos para permitirse el lujo de comprar ropa de diseño y el perro pura-sangre que esté de moda. Y también para que él pueda darse la satisfacción de dedicarse a su pequeño pasatiempo.

—¿Cuál es su pequeño pasatiempo?

—Coleccionar monedas.

—Oh —había exclamado yo frunciendo el entrecejo—. Ya me has dicho su apellido. No es Flandres; ese es el apellido de soltera de Wanda, que coincide con el del perro... Colcannon. Pero no me has dicho su nombre de pila. Un momento; sí, sí que me lo has dicho: es Herb.

—Tienes buena memoria para los detalles, Bern.

—Herb Colcannon... Herbert Colcannon... Herbert Franklin Colcannon. ¿Se trata del mismo Herbert Colcannon que el que supongo?

—¿Cuántos te crees que hay?

—El otoño pasado estaba en una subasta de Bowers y Ruddy comprando ejemplares de prueba en oro y hace unos meses compró algo en una venta organizada en Stack's. No me acuerdo qué era. Leí algo sobre ello en *El mundo de la moneda*. De todos modos lo más probable es que lo guarde todo en el banco.

—Pero si tienen una caja de seguridad empotrada en la pared. ¿Qué tiene eso que ver con las «probabilidades»?

—Las reduce un poco. ¿Cómo te has enterado de todo esto?

—Wanda me lo mencionó en una ocasión. Me dijo que una noche había querido ponerse una joya y no había podido hacerlo porque estaba guardada en la caja de seguridad; se había olvidado de la combinación y Herb estaba fuera de la ciudad. Estuve a punto de decirle que tenía un amigo que podía ayudarle, pero decidí que sería mejor que no supiera nada sobre ti.

—Sabia decisión. Quizá no tenga todo guardado en el banco. Quizá tenga unas cuantas monedas haciendo compañía a sus joyas...

La cabeza estaba funcionándome a toda marcha. ¿Dónde vivían? ¿Cómo era el sistema de seguridad? ¿Cómo podía burlarlo? ¿Qué podía llevarme de allí y qué persona podía ofrecerme sus buenos oficios para transformarlo de la manera más ventajosa en dinero anónimo, limpio y en efectivo?

—Viven en Chelsea —había proseguido Carolyn—. En una casa discretamente alejada de la calle. Su nombre no figura en el listín telefónico, pero tengo su dirección. Y el número de teléfono.

—Siempre es conveniente tenerlo.

—Ajá. Disponen de toda la casa para ellos solos. No tienen niños y la asistenta no vive con ellos.

—Muy interesante.

—Eso mismo pienso yo. Y también que parece un trabajo perfecto para el Dúo Dinámico.

—Bien pensado —había dicho yo—. Te invito a una copa. Te la mereces.

—Ya iba siendo hora.

2

El allanamiento de morada suscita menos sospechas si se comete bajo la cálida y benevolente mirada del sol. Los vecinos entrometidos que telefonarían a la policía si te vieran por la noche simplemente piensan que ya era hora de que aparecieras para arreglar el goteo del grifo. Denme una tabla sujetapapeles o una caja de herramientas y una hora cualquiera entre las doce y las cuatro de la tarde y el ciudadano más comprometido en la lucha contra el crimen me abrirá la puerta y me deseará los buenos días. De no variar las circunstancias, la mejor hora para robar una vivienda es el mediodía.

Pero ¿cuándo no varían las circunstancias? El manto de la oscuridad es un atuendo cómodo para el ladrón de pisos (no así para el propietario), y cuando uno tiene un negocio legítimo, duda antes de cerrarlo abruptamente a mediodía sin razón justificada. Además, el horario de los Colcannon aconsejaba hacer una visita nocturna. Sabíamos que iban a pasar la noche fuera y también que en la casa no habría mujeres de la limpieza ni técnicos de averías en cuanto el sol se ocultara tras el horizonte.

Hacía tiempo ya que el sol se había ocultado tras el horizonte y desaparecido en algún lugar de Nueva Jersey cuando nos aventuramos a salir. Tras abandonar el Bum Rap habíamos cogido un par de metros y recorrido una manzana para ir a mi casa (situada entre la calle Setenta y uno y el West End), donde me quité los vaqueros y el jersey que me había enfundado para ir a la librería y me puse unos pantalones de franela, una corbata y una americana. Me llené los bolsillos de chismes que podrían serme de utilidad, metí un par de cosas más en mi maletín Ultrasuede y me tomé la molestia de coger unas tijeras de manicura y cortar las palmas de un par nuevo de guantes de goma. Llevando guantes de goma evitas dejar por ahí huellas deladoras, y con las palmas al descubierto se mitiga la sensación de haberte olvidado las manos en una sauna. Si cuando estás metido en cuestiones de amor las palmas sudorosas resultan molestas, cuando vas a robar pisos es mucho peor. Evidentemente siempre existe la posibilidad de dejar por ahí una huella de palma deladora, pero si uno no asumiera ciertos riesgos ya no estaría hablando de robo de pisos, ¿no es así?

Estábamos a punto de reemprender la marcha cuando me acordé de cambiarme los zapatos. Me había puesto unos baratos mocasines Weejun para ir a la librería, tanto por una cuestión de nostalgia como por comodidad, y me los cambié por unas zapatillas de deporte Puma de aspecto competente. Desde luego no tenía pensado ir más rápido que a paso ligero, pero nunca sabes lo que la suerte te reserva y las Puma, con sus suelas de goma y sus suaves plantillas, me permiten moverme tan silenciosamente como... bueno, como una pantera, supongo.

Carolyn vive en Arbour Court, en una de esas callejuelas oblicuas situadas en una

parte del West Village cuyo proyecto debió de hacerlo alguien que bebía algo más fuerte que agua de Perrier. Hasta hacía un par de meses había estado viviendo, por así decirlo, con otra mujer, una tal Randy Messinger; pero a principios de febrero había acabado la última de una serie de batallas y Randy se había trasladado con todas sus cosas a su piso de Morton Street. Ahora estábamos en marzo, finales de marzo para ser exactos, y cada tarde que pasaba al sol le costaba un poquito más ocultarse tras el horizonte, y la desavenencia no tenía visos de resolverse. De vez en cuando Carolyn conocía a alguien maravilloso en el Paula o el Duchess, pero el verdadero amor no había florecido todavía, y a ella no parecía importarle.

Preparó un poco más de café, aliñó una ensalada y calentó un par de porciones de quiche que le habían sobrado de alguna comida. Tanto ella como yo comimos frugalmente y bebimos abundante café. Los gatos dieron cuenta de su comida y se frotaron contra nuestros talones hasta que consiguieron que les diéramos los restos de quiche, que no tardaron en terminar. *Ubi* se tumbó sobre mi regazo y dio comienzo a una sesión de ronroneos. Su amigo *Archie* se puso a pasear por ahí con andares majestuosos y ejecutó unos cuantos estiramientos para lucir los músculos.

A eso de las ocho sonó el teléfono. Carolyn lo cogió y se enzarzó en una larga conversación llena de chismorreos. Cogí un libro y me puse a hojearlo, pero no logré concentrarme. Si me hubiera puesto a leer el listín telefónico habría dado lo mismo.

Cuando Carolyn colgó, me puse efectivamente a leer el listín de teléfonos, al menos durante el tiempo suficiente para encontrar un número. Lo marqué, y Abel Cornejo respondió cuando el teléfono sonaba por cuarta vez.

—Soy Bernie —dije—. He encontrado un libro que tal vez te guste. ¿Vas a estar en casa esta noche?

—No tengo ningún plan.

—¿Qué te parece si paso por ahí a eso de las once o las doce?

—Estupendo. Últimamente me acuesto tarde. —Podía oír el acento centroeuropeo por el teléfono. Hablando con él cara a cara, apenas se le notaba—. ¿Vas a venir con tu encantadora amiga?

—Probablemente.

—Os atenderé como corresponde. Cuídate, Bernie.

Colgué. Carolyn estaba sentada en la cama apoyada sobre un pie, cortando con esmero las palmas de su par de guantes de goma.

—Abel nos espera esta noche.

—¿Sabe que yo también voy a ir?

—Me lo ha preguntado expresamente. Le he dicho que es probable que vayas.

—¿Qué significa «es probable»? Le tengo mucho aprecio.

Se levantó de la cama y se metió los guantes en un bolsillo trasero. Llevaba unos pantalones de tela vaquera cepillada gris teja y una camiseta de terciopelo verde,

sobre la que se puso una chaqueta azul marino. Estaba estupenda, y se lo dije.

Ella me dio las gracias y se volvió hacia los gatos.

—No hagáis trastadas, ¿eh, chicos? Apuntad el nombre si telefonea alguien y decidle que ya le llamaré cuando vuelva.

Herbert y Wanda Colcannon vivían en la calle 18 Este, entre las avenidas Novena y Décima. Hasta hace poco visitar ese barrio era una idea estupenda si uno quería que le atracaran, pero en un momento dado Chelsea se convirtió en un barrio de moda, la gente empezó a comprar y adecentar las viejas casas de ladrillo rojizo, transformando así las pensiones en edificios de viviendas de planta entera y los edificios de viviendas en casas particulares. Las calles se llenaron de ejemplares recién plantados de gingkos, robles y sicomoros, hasta el punto de que los árboles impedían ver a los atracadores.

El número 442 de la Dieciocho era una bonita casa de ladrillo rojizo de cuatro pisos con tejado tipo mansarda y un mirador en la planta del salón. El número 444, era exactamente igual, y sólo se distinguía de ella por unos detalles arquitectónicos sin importancia y el par de faroles de latón que flanqueaban la puerta principal. Sin embargo, entre las dos casas había un pequeño soportal y una pesada puerta de hierro sobre la que se veía el número 442 bis. A un lado había un timbre y, bajo este, una tira de plástico azul con el nombre Colcannon escrito en relieve.

Había llamado previamente a la residencia Colcannon desde un teléfono público de la Novena avenida. Un contestador automático me había invitado a dejar mi nombre y número de teléfono, invitación que yo había rechazado. Llamé al timbre durante un buen rato, y a continuación esperé todo un minuto. Carolyn, que se encontraba a mi lado, estaba con las manos en los bolsillos y los hombros echados hacia adelante, descansando primero sobre un pie y luego sobre el otro.

Yo podía imaginarme cómo se sentía. Era sólo la tercera vez que lo hacía. Me había acompañado una vez a Forest Hill Gardens, un lujoso enclave situado en la zona más sombría de Queens, y, más recientemente, al robo de un piso de la calle 72 Este. Yo era un perro viejo en estos menesteres, ya que había pasado mi juventud metiéndome en las casas de los demás. A pesar de ello no había dejado de sentir el emocionante cosquilleo de inquietud que se apodera de uno en tales situaciones, y tengo la sospecha de que nunca dejaré de sentirlo.

Cambié el maletín a la mano izquierda y saqué el llavero con la derecha. La puerta de hierro no era moco de pavo. Una persona podía abrirla eléctricamente desde el interior de la casa apretando un botón o desde fuera con una llave. La cerradura era del tipo antiguo que acepta una llave maestra; llaves maestras no hay muchas y yo tenía un llavero lleno de ellas. Había examinado la cerradura unos días atrás y no me había parecido cosa del otro mundo, lo cual tuve ocasión de comprobar al instante. La

tercera llave que probé no entró de milagro, y la cuarta hizo saltar la cerradura como si la hubieran fabricado para aquel preciso propósito.

Borré mis huellas de la cerradura y la superficie metálica que la rodeaba y abrí la puerta empujándola con el hombro. Carolyn la cerró al pasar y me siguió por una galería cubierta. Se trataba de un túnel estrecho y largo, de paredes de ladrillo y ambiente húmedo; al fondo, sin embargo, brillaba una luz y nos encaminamos hacia ella como si fuéramos polillas. Cuando salimos, nos encontramos en un jardín ubicado entre la casa de ladrillo rojizo que daba a la calle y la casa de los Colcannon. La luz que nos había conducido hasta allí cumplía satisfactoriamente su cometido de iluminarlo. El jardín consistía en un conjunto de arriates que bordeaban un patio central de losas. Los narcisos tardíos y los primeros tulipanes daban un gran colorido al conjunto, y supongo que cuando las rosas florecieran el lugar tendría un aspecto bastante espectacular.

Había un banco semicircular al lado de lo que parecía un estanque de peces en el que caía el agua de una pequeña fuente. Me pregunté cómo era posible que pudieran tener peces allí sin que se los comieran los gatos del barrio, y pensé que habría disfrutado sentándome unos minutos en el banco a contemplar al estanque y oír el sereno gorgoteo de la fuente. Sin embargo, el lugar estaba un tanto desprotegido para consentirme semejante comportamiento.

Además, el tiempo volaba. Eran las diez menos veinte; había consultado mi reloj antes de abrir la puerta de hierro. En realidad disponíamos de toda la noche, pero cuanto menos tiempo pasáramos allí y antes saliéramos de la casa para dirigirnos a la de Abel Cornejo, más contento me sentiría yo.

—Está iluminada como un árbol de Navidad —indicó Carolyn.

Miré. Concentrado como estaba en las flores y los peces, no había prestado mucha atención a la casa; si no parecía un árbol de Navidad, tampoco parecía la típica casa vacía. Tenía tres pisos; supongo que la planta baja habría servido de caballeriza y en los pisos de arriba habría vivido el servicio antes de que la reformaran para que pudieran vivir en ella inquilinos humanos. Había luces encendidas en los tres pisos y, aunque no eran la única fuente de iluminación del jardín (a pocos pasos de la fuente había un farol eléctrico), ellas eran probablemente el origen de la mayor parte de la luz que llegaba a la galería.

La mayoría de la gente deja una o dos luces para confundir a los ladrones, un pequeño pero valiente faro que brilla a las cuatro de la mañana para proclamar al mundo entero que no hay nadie en casa. Hay algunas personas que se organizan algo mejor e instalan unos pequeños e ingeniosos temporizadores que encienden y apagan las luces. Sin embargo, Herbert y Wanda se habían pasado de la raya. Quizá se habían puesto nerviosos ante la idea de llevarse a la noble *Astrid* y dejar la casa desprotegida. Quizá Herb tuviera una tonelada de acciones de la Compañía Edison y

Wanda hubiera comprado una sobredosis de esas bombillas de cinco años de duración que los ciegos te venden por teléfono.

Quizá estaban en casa.

Subí al escalón de entrada y acerqué el oído a la puerta. Se oía ruido en el interior, una radio o una televisión, pero nada que pareciera una conversación real. Llamé al timbre y presté atención, pero no oí ningún sonido diferente en el interior. Dejé el maletín en el suelo, me puse los guantes de goma mientras Carolyn se ponía los suyos y recé una plegaria en silencio para que la casa no tuviera conectada una alarma antirrobo de cuya existencia no tuviera conocimiento. Dirigí la plegaria a san Dimas, que es el santo patrón de los ladrones y hoy en día debe de oír muchas plegarias.

Que no haya una alarma antirrobo, le supliqué al bueno de Dimas. Que el perro esté realmente en Pensilvania. Que lo que haya dentro sea el sueño dorado de todo ladrón, y a cambio te prometo que... Pero ¿qué voy a prometer yo?

Saqué mi anilla de ganzúas y sondas y puse manos a la obra.

Las cerraduras eran bastante buenas. En aquella puerta había tres, dos Segal y una Rabson. Dejé la Rabson para el final porque sabía que iba a ser la más difícil, aunque luego me sorprendí despachándola en menos de un minuto. Oí el suspiro de Carolyn cuando se corrió el cerrojo; ahora ya sabe un poco sobre cerraduras: ha logrado abrir la de su casa sin utilizar la llave y también ha estado a punto de volverse loca practicando con la Rabson que le he dejado. Parecía impresionada.

Giré el picaporte, entreabrí la puerta y me hice a un lado para dejar pasar a Carolyn. Ella meneó la cabeza y me hizo una señal para que entrara yo primero. ¿La edad antes que la belleza? ¿La muerte antes que la deshonra? ¿Margaritas a los cerdos...? Abrí la puerta del todo y cometí allanamiento de morada.

¡Dios santo, qué sensación!

Doy gracias por que no haya nada más despreciable que el robo de casas que me produzca esa sensación, porque si lo hubiera probablemente sería incapaz de resistirme a ello. Bien, soy un profesional, de acuerdo, y me dedico a esto por el dinero, no nos engañemos. Pero cuando lo hago siento una descarga tan intensa que resulta extraño que las farolas de toda la ciudad no se apaguen cada vez que entro en el domicilio de otra persona.

Dios sabe que no me enorgullezco de ello. Tendría un concepto más elevado de mí mismo si me ganara la vida en Barnegat Books. Nunca cubro los gastos con la librería, pero tal vez pudiera conseguirlo si me tomase la molestia de aprender a ser mejor empresario. El señor Litzhauer pudo mantenerse durante años gracias a la librería antes de jubilarse, vendérmela a mí y trasladarse a San Petersburgo. Yo también debería mantenerme gracias a ella. Al fin y al cabo no vivo a cuerpo de rey. No me chuto caballo ni esnifo coca ni ando por ahí con la gente guapa. Tampoco me asocio con delincuentes conocidos como tiene el buen gusto de decirlo la junta que

decide la concesión de la libertad condicional. No me gustan los delincuentes. No me gusta serlo yo.

Pero me encanta robar.

El programa de la radio era una de esas tertulias a la que llaman los oyentes para dar su opinión acerca de la fluoración, los dolores del parto y otros asuntos candentes. Al entrar me quedé allí parado, molesto porque me gritara de aquella manera. Las luces, en cambio, eran una muestra de amabilidad; estando encendidas no teníamos que encenderlas nosotros, lo cual hubiera podido llamar la atención, ni tampoco maldecir la oscuridad. Sin embargo me quedé parado en el vestíbulo y al final tomé la decisión de apagar la puñetera radio. Era una distracción. Hay que pensar de manera eficaz cuando se está robando una casa, y ¿quién podía hacerlo con todo ese ruido?

—Por Dios, Bern...

—¿Qué ocurre?

—Con lo elegante que viste, ¿quién se iba a imaginar que sería tal desastre en casa?

La seguí al salón para ver de qué estaba hablando. Parecía como si, a pesar de no ser la estación, una tormenta tropical se hubiera desviado de su curso con el único fin de colarse por la chimenea y ponerlo todo patas arriba. Los cojines estaban por los suelos. Alguien había sacado los cajones del escritorio y los había vuelto del revés, dejando su contenido desperdigado sobre una alfombra Aubusson. Los cuadros habían sido descolgados de las paredes y los libros arrojados de las estanterías.

—Ladrones —dije.

Carolyn tenía los ojos desorbitados.

—Se nos han adelantado —dije.

—¿Y si andan todavía por aquí? Será mejor que nos vayamos.

Volví a la puerta principal y eché un vistazo. Tras entrar en el piso había echado las llaves y había puesto la cadena que tenía el cerrojo de la puerta. Al llegar, sin embargo, nos habíamos encontrado con los tres cerrojos echados y la cadena suelta.

Qué extraño...

Si los ladrones habían entrado por aquella puerta y la habían cerrado con llave tal como yo lo había hecho, ¿por qué no habían puesto la cadena? Y si ya se habían ido, ¿se habían molestado en echar las llaves al salir? Yo suelo hacerlo por una cuestión de rutina, claro que no tengo la costumbre de salir de una habitación dejándola como si hubieran pasado por ella los cerdos poseídos de Gádara. La persona que había destrozado aquella habitación pertenecía a las que abren una puerta a patadas, no a las que se toman la molestia de cerrar con llave al salir.

A menos que...

Había un montón de posibilidades. Empecé a buscar la radio guiándome por el

sonido. Crucé el comedor, donde un aparador y un armario de caoba con estantes y puerta abatible habían sido objeto del mismo tipo de saqueo que el escritorio del salón, y entré en una cocina que también había sufrido aquella clase de trato. Sobre la encimera de madera había una Panasonic vaciándose los transistorizados pulmones a gritos. Me volví hacia Carolyn, me llevé un dedo a los labios en señal de silencio y apagué la radio interrumpiendo un enardecido discurso en torno a la última subida del precio del petróleo.

Se hizo el silencio. Cerré los ojos y agucé el oído. Habría podido oír el vuelo de una mosca, y llegué a la conclusión de que no había ninguna.

—Se han ido —dije.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Si estuvieran aquí los oiríamos. Sean quienes sean estos sujetos, no son del tipo silencioso.

—Será mejor que nos larguemos.

—Todavía no.

—Pero ¿estás loco, Bern? Si se han ido, significa que la poli tiene que estar al caer, y aunque no sea ese el caso, ¿crees que vamos a encontrar algo que nos podamos llevar? Los causantes de este estropicio ya lo habrán robado todo.

—No tiene por qué ser así.

—Bueno, pues se habrán llevado la cubertería de plata de ley. ¿Qué quieres? ¿Que birlemos la de acero inoxidable? —Me siguió hasta la cocina y subió conmigo un tramo de escaleras—. ¿Qué esperas encontrar, Bern?

—Una colección de monedas. Y quizá algunas joyas.

—¿Dónde?

—Buena pregunta. ¿En qué habitación está la caja de seguridad?

—No lo sé.

—Entonces tendremos que buscarla, ¿no te parece?

La búsqueda no nos supuso un gran esfuerzo, ya que nuestros predecesores en el delito habían descolgado los cuadros de las paredes. Echamos un vistazo en la biblioteca y otro en la habitación de invitados de la primera planta, luego subimos otro tramo de escaleras y encontramos la caja de seguridad en el dormitorio principal. El onírico paisaje pastoral que servía para ocultarlo a la vista se hallaba ahora en el suelo junto con el contenido de las dos cómodas y algunos fragmentos de cristal procedentes del tragaluz del techo. Aquel era el lugar, sin lugar a dudas, por el que habían entrado. Y también por donde, con toda seguridad, se habían ido, acarreando el botín por los tejados hasta perderse en la oscuridad de la noche. Aquellos payasos no habían cerrado la puerta principal con llave porque ni siquiera la habían abierto. Les habría crecido barba tratando de hacer saltar aquella Rabson.

Tampoco habían logrado abrir la caja de seguridad. No sé si se habían esforzado

mucho. En torno al disco de la combinación había marcas de alguien que había utilizado un punzón con la esperanza de acabar con la cerradura. No se veía ninguna huella que indicase que hubieran empleado un soplete, aunque de haberlo hecho, tampoco les habría servido de mucho. La caja era sólida como una roca y la cerradura una preciosidad.

Comencé a hurgar el disco. Carolyn se encontraba a mi lado, observando con algo más que mera curiosidad; sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que nos pusiéramos nerviosos y empezásemos a meternos el uno con el otro. Antes de que se me ocurriera sugerírselo, ella dijo que se iba a echar un vistazo por ahí. Le prometí que la llamaría en cuanto consiguiera abrir el chisme.

Me costó un poco de trabajo. Me quité los guantes de goma; aunque ese numerito que se monta Jimmy Valentine frotándose las manos con arena para sensibilizarlas es una estupidez, no tiene sentido complicar las cosas más de lo que ya lo están. Hice un poquito de esto y un poquito de lo otro, sirviéndome de esa combinación de conocimiento e intuición que uno ha de tener si desea aspirar a algo en el mundo de las cerraduras, y averigüé el último número en primer lugar, como siempre sucede cuando uno trabaja con cerraduras de combinación. Uno a uno saqué los otros tres números; volví a ponerme los guantes, limpié las superficies que había tocado, respiré hondo y llamé a Carolyn con un silbido.

Apareció con un grabado enmarcado en las manos.

—Es una litografía de Chagall —me explicó—. Firmada con lápiz y numerada. Supongo que valdrá unos cuantos cientos de dólares. ¿Merece la pena que nos la llevemos?

—Si le quitas el marco...

Me lo mostró y dijo:

—Creo que cabrá en el maletín. ¿Qué? ¿Sacas algo en claro con ese cacharro?

—Voy a probar un par de números al azar —contesté.

Marqué los cuatro números en el debido orden, oí un leve clic en mi cabeza y quizá también en el mecanismo de cierre en el momento en que las gachetas se alineaban, giré la manilla hacia la izquierda y abrí la caja de seguridad.

Salimos de la casa tal como habíamos entrado. Supongo que también podríamos habernos ido por el tejado, pero ¿qué sentido habría tenido? Al pasar por la cocina me detuve para encender la radio. Un anuncio estaba ofreciendo en aquel momento una colección de tres elepés con las cien rumbas y sambas de mayor éxito. Había un número de teléfono de llamada gratuita, pero se me olvidó apuntarlo. Descolgué la cadena y abrí las tres cerraduras; salimos, y mientras Carolyn me sostenía el maletín yo me serví de la anilla de ganzúas y sondas para dejar la puerta cerrada con llave. En el colegio me enseñaron la importancia de hacer bien las cosas, y las lecciones que se aprenden de pequeño no se olvidan nunca.

La fuente continuaba gorgoteando y el jardincito seguía tan encantador como antes. Me quité los guantes de goma y me los metí en un bolsillo trasero. Carolyn hizo lo mismo con los suyos. Cogí el maletín y atravesamos la galería hasta llegar a la pesada puerta de hierro. No hacía falta llave para salir, ya que para tal fin había un tirador que no se podía alcanzar desde la calle. Lo giré y salimos; la puerta volvió a su sitio y quedó cerrada con el pestillo.

En la acera de enfrente había un joven delgado con un pañuelo de papel en la mano que se estaba agachando para limpiar los excrementos que había dejado su airedale. No se fijó en nosotros, que echamos a andar en la dirección contraria.

Cuando llegamos a la esquina de la Novena avenida, Carolyn dijo:

—Las personas que han entrado sabían que los Colcannon se iban de viaje y que se iban a llevar el perro y todo lo demás, a no ser que alguien estuviera andando por los tejados y haya tenido suerte.

—Eso es poco probable.

—Cierto. Wanda ha debido de decírselo a otra persona. Yo no se lo he dicho, Bernie.

—La gente habla mucho —repuse—. Y un buen ladrón aprende a escuchar. Si hubiéramos sido los primeros en llegar, habríamos dado un golpe más importante, pero de este modo podemos viajar ligeros de equipaje. Además estamos sanos y salvos; míralo desde este punto de vista. Esos payasos han pasado por esa pobre casa como Cromwell por Drogheda; a la poli no le costará mucho dar con ellos. Nosotros no hemos dejado ni una huella, así que les echarán el muerto a ellos.

—Ya he pensado en eso. ¿Qué opinas del Chagall?

—Apenas me he fijado en él.

—Me pregunto cómo quedaría en mi piso.

—¿Dónde?

—Quizá encima de la silla de mimbre.

—¿Dónde tienes ahora el póster de Air India?

—Exacto. Estaba pensando que ya va siendo hora de que supere la época de los pósters de viajes. Tal vez tenga que ponerle un paspartú a la litografía, pero eso no tiene mucha importancia.

—A ver qué tal queda.

—A ver... —Tres taxis pasaron lanzados por nuestro lado, todos con la luz verde encendida—. La he cogido sólo porque quería llevarme algo, ¿sabes? No quería irme con las manos vacías.

—Lo sé.

—Tenía pensado registrar los cajones mientras tú abrías la caja de seguridad, pero esos cabrones se me han adelantado y me he quedado sin nada que hacer. He tenido la sensación de estar como excluida.

—Comprendo.

—Por eso he robado el Chagall.

—Ya verás qué bien queda encima de la silla de mimbre, Carolyn.

—Bueno, ya veremos.

3

Abel Cornejo vivía en uno de esos altísimos edificios de antes de la guerra que hay en Riverside Drive. Nuestro taxi nos dejó delante de la fachada, de modo que tuvimos que dar la vuelta a la esquina para llegar a la puerta, que estaba en la calle Ochenta y nueve.

El conserje, que estaba plantado en el vestíbulo, manteniendo su puesto como Horacio en el puente, tenía la cara negro brillante y lucía un uniforme de un vivo tono arándano adornado con más galones de oro que los que lleva un contraalmirante normal y corriente; por su porte, se diría que estaba por lo menos tan orgulloso de su rango como podría estarlo uno de estos. Echó un vistazo a Carolyn y luego me miró a mí de arriba abajo, incluidos el corte de pelo y las Puma. Al parecer no le habíamos producido una gran impresión. Mi nombre no le causó un efecto diferente, y aunque el de Abel Cornejo tampoco le suscitó la menor admiración, al menos limó parte de su hostilidad. Llamó al piso por el interfono y, tras decir unas palabras por el micrófono, nos informó que nos esperaban.

—Piso 10-D —dijo, indicándonos el ascensor con un gesto.

En muchos de estos edificios se ha prescindido del ascensorista con el propósito de reducir los gastos de la comunidad en nombre de la modernización; sin embargo, el edificio de Abel había pasado a ser de propiedad cooperativa unos años atrás y los inquilinos tenían el empeño de mantener las antiguas costumbres. El ascensorista llevaba un uniforme parecido al del conserje pero no tenía la misma percha. Se trataba de un joven pequeñajo y pálido con una cara que no había visto el sol en su vida, y en torno a él flotaba un aroma que desmentía al anunciante que asegura que el vodka te deja sin aliento. De todos modos, el joven hacía bien su trabajo, ya que nos elevó diez plantas por encima del nivel del mar y esperó a ver si íbamos al piso en cuestión y si su inquilino se alegraba de vernos.

De esto último no debió de quedarle ninguna duda.

—¡Mi querido Bernard! —exclamó Abel, agarrándome por los hombros—. ¡Y mi querida Carolyn! —Me soltó y abrazó a mi compañera de correrías—. Me alegro de que hayáis podido venir —añadió invitándonos a entrar—. Ya son las once y media. Empezaba a preocuparme.

—Te he dicho que pasaríamos entre las once y las doce, Abel.

—Lo sé, lo sé, Bernard, y aun así a las diez y media ya estaba mirando el reloj. Me parece que he estado mirándolo cada tres minutos... Pero pasad, pongámonos cómodos. Tengo la casa llena de delicias para comer. Querréis una copa, por supuesto.

—Por supuesto —dijo Carolyn con un gesto de asentimiento.

Tardó un segundo en cerrar, metiendo el enorme cerrojo de la cerradura Fox en la

armella de la jamba. La casa Fox fabrica dos cerraduras de seguridad. La que yo tengo consiste en una barra de acero de metro y medio colocada en un ángulo de cuarenta y cinco grados entre la placa instalada en el suelo y la armella de la puerta. La de Abel tenía un mecanismo más sencillo pero ofrecía prácticamente la misma seguridad que la mía frente a alguien que tratara de echarla abajo con algo más ligero que un ariete. Consistía en un cerrojo de acero templado de medio metro de largo y más de una pulgada de anchura, firmemente sujeto a la puerta; corría hacia un lado para encajar en la armella de la jamba, que estaba instalada con la misma solidez. Durante una visita anterior me había enterado de que la otra puerta del piso, la que conduce al área de servicios y al montacargas, estaba asegurada con una cerradura idéntica.

No creo que la mayoría de los inquilinos de la casa se hubiera tomado la molestia de instalar cerraduras de semejante calibre, sobre todo tratándose de un edificio cuyo personal se cuidaba tanto de proteger. Pero Abel tenía sus motivos para ello.

Para empezar, su trabajo. Abel era perista, probablemente el mejor de la zona de Nueva York en lo tocante a colecciones de monedas y sellos raros de primera categoría. También aceptaba otras cosas, como joyas y *objets d'art*, pero los sellos y las monedas eran el tipo de objetos que receptaba con mayor alegría.

Los peristas son un objeto apetecible para los ladrones. Lo normal sería que estuvieran al margen, que los delincuentes se abstuvieran de morder la mano que les alimenta, pero el asunto no funciona de esa manera. Por lo general un perista siempre tiene algo en casa que merece la pena robar, sea un objeto comprado recientemente o el dinero limpio con que lleva a cabo sus transacciones. Pero quizá lo más importante sea que no puede ir a quejarse a la policía. En consecuencia, la mayoría de los peristas que conozco viven en edificios con servicio de escalera completo, instalan cerraduras de seguridad y suelen tener un par de armas al alcance de la mano.

De todos modos, es posible que Abel hubiera sentido la misma preocupación por su seguridad si se hubiese ganado la vida de otra manera. Había pasado la Segunda Guerra Mundial en Dachau, no de guardia precisamente. No me resulta difícil de comprender que la experiencia pueda dejarle a uno con una saludable tendencia a la paranoia.

El salón de Abel, cuyas paredes estaban suntuosamente revestidas de paneles de madera oscura y cubiertas de estantes llenos de libros, da al oeste, a Nueva Jersey, y desde él se puede ver Riverside Park y el río Hudson. Casi un año atrás, el Cuatro de Julio, nos habíamos reunido los tres para ver desde su ventana el espectáculo de fuegos artificiales de Macy's, escuchar el programa de radio de música clásica con el que los fuegos artificiales estaban en teoría coordinados y zamparnos ingentes cantidades de pastas.

Ahora estábamos sentados de igual manera: Carolyn y yo con sendos vasos de

whisky escocés y Abel con una jarra de café exprés coronado con nata recién batida. La WNCN estaba emitiendo un cuarteto de cuerda de Haydn para nosotros, y en el exterior no había nada más espectacular para ver que los coches de la autopista del West Side y las personas que estaban dando vueltas al parque haciendo *jogging*. Seguramente alguna de estas tendría unas zapatillas iguales que las mías.

Cuando Haydn dio paso a Vivaldi, Abel dejó la jarra vacía sobre la mesa y se recostó en su butaca con sus rosadas manos entrecruzadas sobre su voluminoso abdomen. Sólo tenía la tripa gorda; las manos y los brazos los tenía delgados y en su cara no sobraba mucha grasa. Pero tenía una panza estilo Santa Claus y unos muslos que abultaban en su pantalón de gabardina azul, atributos acordes con el ilimitado entusiasmo que manifestaba hacia los postres dulces.

Según me había dicho, antes de la guerra nunca había estado gordo.

—Cuando estaba en el campo de concentración —me había explicado en una ocasión—, pensaba constantemente en carne y patatas. Soñaba con salchichas gordas, enormes solomillos de ternera, coronas de cerdo de primera, cabritos enteros asados en un espetón... Entretanto me fui quedando chupado y la piel se me encogió sobre los huesos como el cuero que se deja a secar al sol. Cuando las fuerzas americanas liberaron los campos, nos pesaron, Dios sabrá por qué. La mayoría de los gordos dicen tener los huesos grandes y no me cabe duda de que así es en algunos casos. Yo, en cambio, los tengo pequeños: según la balanza, pesaba cuarenta y dos kilos. En consecuencia, abandoné Dachau con una idea: iba a comer y engordar. Sin embargo, para mi asombro descubrí que no me apetecían nada la carne y las patatas con las que me había alimentado de pequeño. El hecho de que las culatas de las SS me hubieran dejado sin dentadura no era más que una de las causas, ya que lo que sentía hacia la carne era verdadera aversión: no podía hincarle el diente a una salchicha sin tener la sensación de estar mordiendo un dedo teutón regordete. No obstante tenía apetito: un apetito insaciable, aunque específico y selectivo. Yo quería azúcar. Me moría por los dulces. ¿Hay algo que cause la mitad de la satisfacción que produce saber con exactitud lo que uno desea y poder obtenerlo? Si pudiera permitírmelo, Bernard, contrataría a un pastelero para que se quedara a vivir en casa y estuviese ocupado las veinticuatro horas del día.

Se había comido un trozo de torta Linzer y nos había ofrecido una selección de media docena de pastas tan dulces como decadentes que nos habíamos abstenido de comer mientras dábamos cuenta de las copas.

—Ah, Bernard —dijo Abel entonces—. Y mi querida Carolyn. Me alegro tanto de veros... Pero se hace tarde, ¿verdad? ¿Me has traído algo, Bernard?

Tenía el maletín al alcance de la mano. Lo abrí y saqué un pequeño volumen de la *Ética* de Spinoza, una edición inglesa publicada en Londres en 1707 y encuadernada en piel de becerro azul. Se lo pasé a Abel, y él le dio varias vueltas en las manos,

acariciando el suave y viejo cuero con sus largos y estilizados dedos, observando la portada y hojeando las páginas.

Entonces dijo:

—Escuchad esto, si no os importa: «El hombre sabio ha de tener el talento de alimentarse con cantidades moderadas de alimentos y bebidas agradables y de disfrutar con los perfumes y la belleza de las plantas vivas, la indumentaria, la música, el deporte, los teatros y otros lugares similares que el hombre pueda emplear sin causar perjuicio alguno a sus prójimos». Si Baruch Spinoza estuviera en esta habitación le serviría un generoso trozo de torta Linzer; no me cabe duda de que le encantaría. —Volvió a la portada—. Esto está muy bien —reconoció—. Es de 1707. Yo tengo una edición temprana en latín publicada en Ámsterdam. La primera edición es de... ¿1675?

—De 1677.

—El ejemplar que yo tengo está fechado en 1683, si no me equivoco. El único ejemplar en inglés que poseo es la edición que publicó Everyman's Library de la traducción de Boyle. —Se humedeció el dedo y pasó unas páginas más—. Está muy bien... Tiene algún desperfecto a causa del agua, unas cuantas páginas manchadas, pero aparte de eso está muy bien. —Leyó durante un momento y luego cerró el libro de golpe—. Podría encontrarle un sitio en mi biblioteca —dijo como de pasada—. ¿Cuánto pides, Bernard?

—Es un regalo.

—¿Para mí?

—Si puedes encontrarle sitio en tu biblioteca.

Se sonrojó.

—¡Pero yo no esperaba una cosa así! ¡Y he sido lo bastante mezquino como para indicar que tiene desperfectos a causa del agua y alguna que otra página con manchas, preparando el terreno para un duro regateo! Tu generosidad me llena de vergüenza, Bernard. Es un librito espléndido, la encuadernación es preciosa... Estoy emocionado. ¿Estás seguro de que no quieres dinero por él?

Negué con la cabeza.

—Me ha llegado a la tienda junto con un montón de ofertas para decoradores con buenas encuadernaciones pero sin nada sustancioso entre las tapas. No te puedes imaginar lo que la gente ha considerado oportuno forrar con cuero en el transcurso de los años. Puedo vender cualquier cosa que tenga una buena encuadernación. Estaba ordenando el lote, me he fijado en el libro de Spinoza y he pensado en ti.

—Eres muy amable y considerado —dijo Abel—, y te lo agradezco. —Respiró hondo, dejó escapar el aire y se volvió para dejar el libro sobre la mesa al lado de la jarra vacía—. Pero no ha sido sólo Spinoza lo que te ha hecho venir aquí a esta hora. Me has traído algo más, ¿no es así?

—Tres cosas, en realidad.

—Y no son regalos.

—Pues no.

Saqué una pequeña bolsa de terciopelo del maletín y se la entregué. Él la pesó con una mano y luego dejó caer su contenido sobre la palma. Eran un par de pendientes de esmeraldas, sencillos y elegantes. Abel sacó una lupa de joyero del bolsillo del pecho y se la puso en el ojo. Mientras los miraba, Carolyn se acercó al aparador donde estaban las botellas y las pastas y se sirvió otra copa. Cuando Abel terminó de examinar los pendientes de esmeraldas, ella estaba sentada de nuevo en su butaca y ya había vaciado su tercera copa.

—Buen color —dijo—. Tienen algún defecto. No son ninguna porquería, aunque tampoco nada del otro mundo. ¿Tenías pensada alguna cifra?

—Nunca tengo pensada una cifra.

—Deberías quedártelos. Que se los ponga Carolyn. Haz de modelo y preséntanoslos, *liebchen*.

—No tengo agujeros en las orejas.

—Pues deberías tenerlos. Todas las mujeres deberían tener los lóbulos perforados y unos pendientes de esmeraldas para adornárselos. Bernard, yo no pagaría más de mil por estos pendientes. Y creo que es una cantidad elevada. Para sacar esa cifra me baso en una estimación del precio al por menor de cinco mil, aunque es posible que el verdadero precio se acerque a cuatro. Mil, Bernard.

—Pues mil y no se hable más.

—Hecho —dijo. Metió los pendientes en la bolsa de terciopelo y dejó esta sobre la *Ética* de Spinoza—. ¿Tienes algo más?

Asentí y saqué una segunda bolsa de terciopelo del maletín. Esta era azul (la de los pendientes era del mismo color que el uniforme del portero), más grande y provista de un cordón. Abel tiró de él y sacó un reloj de pulsera de mujer, con estuche rectangular, esfera redonda y una pulsera de malla de oro. No sé para qué necesitaría la lupa, pero el caso es que se la puso en el ojo y examinó el reloj minuciosamente.

—Un Piaget —dijo—. ¿Qué hora tienes, Bernard?

—Las doce y siete minutos.

—El señor Piaget coincide exactamente contigo. —No me sorprendió; había dado cuerda al reloj y lo había puesto en hora tras sacarlo de la caja de seguridad—. ¿Me perdonáis un momento? Quiero consultar un catálogo reciente. ¿No queréis una pasta? Tengo relámpagos de chocolate, tortas de Sacher y *Schwarzwälder Kuchen*. Venga, comed algo dulce. Vuelvo ahora mismo.

Me rendí y cogí un relámpago de chocolate. Carolyn escogió un trozo de tarta de siete capas con suficiente chocolate para que toda una clase de colegio hiciera novillos por ella. Llené dos jarras de café y dos copitas de un Armagnac color ámbar

oscuro que tenía más edad que todos nosotros. Abel regresó, visiblemente satisfecho de vernos comer, y anunció que el precio al por menor era de 4950 dólares. Aquello era algo más de lo que yo esperaba.

—Como puedo pasarlo rápidamente y sin problemas —dijo—, te puedo pagar mil quinientos. ¿Hecho?

—Hecho.

—Eso asciende a dos mil quinientos hasta el momento. Has dicho tres artículos, ¿no es así, Bernard? Los dos primeros son buen género, aunque espero que no representen una gran inversión de tiempo y dinero por tu parte. ¿Estás seguro de que no prefieres quedártelos? No cuesta nada perforar unas orejas, y no hace nada de daño, según tengo entendido. ¿No crees además que el reloj embellecería tu muñeca, Carolyn?

—Tendría que quitármelo cada vez que lavara un perro.

—No había pensado en eso. —Nos dirigió una sonrisa de oreja a oreja y añadió —: Lo que debería hacer es guardar estos dos artículos y regalároslos cuando os caséis. También tendría que encontrar algo para ti, Bernard, aunque los regalos de boda son en realidad para la novia, ¿no crees? ¿A ti qué te parece, Carolyn? ¿Los guardo?

—Tendrás que esperar mucho tiempo, Abel. Sólo somos buenos amigos.

—Y socios, ¿verdad?

—También.

Soltó una carcajada, volvió a sentarse y una vez más entrecruzó las manos sobre la tripa con cara de expectación. Dejé que esperara. Entonces dijo:

—Has dicho tres artículos.

—Dos pendientes y un reloj.

—Ah, me he equivocado. Creía que los pendientes contaban como una unidad. Entonces queda por dos mil quinientos dólares.

—Bueno, hay algo más que tal vez te interese mirar —dije como de pasada, y saqué del maletín un sobre marrón de papel de estraza de unos diez centímetros cuadrados.

Abel me lanzó una mirada y cogió el sobre de mis manos. En su interior había una pequeña caja de plexiglás con bisagra en cuyo interior había a su vez un taco de papel de seda. Abel lo deshizo con prudencia, moviendo los dedos con la precisión de alguien acostumbrado a manipular monedas raras. Cuando se sabe que una muesca o un arañazo puede reducir el valor de una moneda sustancialmente y una marca de dedo puede desencadenar el fatídico proceso de la corrosión, uno aprende a coger monedas por el canto y a sujetarlas con suavidad y firmeza a un tiempo.

El objeto que Abel Cornejo sujetaba con suavidad y firmeza entre el pulgar y el índice izquierdos era un disco metálico de un diámetro inferior a la séptima parte de

una pulgada o a dos centímetros, si vamos al sistema métrico. Era, en resumidas cuentas, del tamaño y forma de una moneda de cinco centavos, el tipo de moneda que cuesta el cigarro puro de calidad que este país supuestamente necesita. También tenía el mismo color que una moneda de cinco centavos, aunque su grabado mate y su fondo pulimentado estaban muy lejos de parecerse a cualquier cosa que uno pueda llevar alguna vez en el bolsillo.

En resumen, se asemejaba a una moneda de cinco centavos. Y bien que podía asemejarse, ya que eso era precisamente lo que era.

Lo único que le faltaba era la cabeza de Thomas Jefferson en una cara y su casa en la otra. La cara que Abel había mirado en un primer momento mostraba una gran V nimbada por una corona de laurel abierta por la parte superior y la palabra «centavos» inscrita justo debajo de la V. En torno a la corona se podía leer el nombre y la leyenda de la nación que la había emitido: «Estados Unidos de América» arriba y «*E Pluribus Unum*» debajo.

Abel enarcó las cejas y, tras lanzarme una nueva mirada, dio diestramente la vuelta a la moneda entre sus dedos. El anverso mostraba la cabeza de una mujer vuelta hacia la izquierda; en su diadema estaba inscrita la palabra «Libertad».

—*Gross Gott* —exclamó Abel Cornejo.

Cerró los ojos y dijo una larga frase que no comprendí, posiblemente en alemán, aunque también podría haber sido otro idioma.

Carolyn me miró con cara de perplejidad.

—¿Eso es bueno o malo? —inquirió.

Le contesté que no estaba seguro.

Abel no dijo nada más hasta que acabó de examinar minuciosamente ambas caras de la moneda con su lupa de joyero. Entonces la envolvió en el papel de seda y la metió en la caja, la cual introdujo a su vez en el sobre de papel de estraza. Tras dejar este a su lado, sobre la mesa, se levantó trabajosamente de la butaca y fue a coger otro trozo de pesadilla de nutricionista y otra jarra de café *mit schlag*. Se sentó, tomó un bocado, dejó el plato con su contenido a medio acabar, bebió un sorbo de café a través de la gruesa nata batida y me miró ceñudamente.

—¿Y bien? —preguntó en tono conminatorio—. ¿Es auténtica?

—Acabo de robarla —respondí—. No he comprobado su autenticidad. Supongo que podría haber pasado por casa de Walter Breen o Don Taxay para pedirles su opinión profesional, pero he pensado que sería tarde.

La mirada de Abel se posó en Carolyn.

—¿Sabes qué moneda es esta?

—Nunca me cuenta nada.

—Es una moneda de cinco centavos con la cara de la Libertad. La primera vez que se emitieron monedas de cinco centavos en este país fue en 1866. En el modelo original aparecía un escudo. En 1883 el gobierno se inclinó por este modelo, aunque en la primera tirada de monedas no figuraba la palabra «centavos» en el reverso. Por tanto hubo cierta confusión en torno a la denominación de la moneda, que aumentó gracias a aquellos que, ingeniosamente, limaron el canto de la moneda para remedar la gráfila de una moneda de oro y luego la bañaron en oro para hacerla pasar por una pieza de cinco dólares. —Se interrumpió, bebió otro sorbo de café y se limpió con una servilleta una delgada línea de nata en el labio superior—. La moneda fue emitida de forma ininterrumpida hasta 1912 —prosiguió—. En 1913 fue sustituida por la moneda de cinco centavos *Búfalo*. La Casa de la Moneda también tuvo problemas con esa pieza el primer año. En un principio el montículo al que está encaramado el bison tenía un relieve demasiado marcado y resultaba difícil apilar las monedas. El problema fue resuelto, pero entonces se descubrió que la fecha de la moneda tenía tendencia a desgastarse prematuramente. El diseño del modelo era de baja calidad... Pero seguramente no estéis interesados en todo esto. Las últimas monedas de cinco centavos con la cara de la Libertad o *Nickel-V*, como a veces se las llama, fueron acuñadas en Filadelfia, Denver y San Francisco en 1912. —Respiró hondo y expulsó el aire—. El ejemplar que habéis tenido la amabilidad de traerme esta noche está fechado en 1913.

—Eso la convierte en algo especial —comentó Carolyn.

—Por decirlo de alguna manera... Existen cinco ejemplares del *Nickel-V*, que se sepa. Evidentemente son obra de la Casa de la Moneda de Estados Unidos, aunque

esta siempre ha negado haberlas emitido. Parece bastante claro lo que debió de ocurrir: seguramente se preparó un cuño para el *Nickel-V* de 1913 antes de que se tomara la decisión de sustituirlo por el modelo del búfalo. Es posible que se acuñaran unas cuantas piezas para probar el cuño, y también que un empleado emprendedor hiciera esas piezas de prueba por iniciativa propia. Fuera como fuese, el caso es que hubo cinco ejemplares que salieron de la Casa de la Moneda por la puerta de servicio.

Abel suspiró, se quitó una zapatilla y se dio un masaje en el empeine.

—Peso demasiado —comentó—. Dicen que es peligroso para el corazón, aunque lo cierto es que mi corazón no pone reparos y mis pies no dejan de protestar. Pero qué importa. Volvamos al año 1913. En aquel entonces un caballero llamado Samuel Brown trabajaba en la Casa de la Moneda de Filadelfia. Al cabo de poco tiempo se fue de la ciudad; el siguiente lugar donde se tuvo noticia de él fue North Tonawanda, un barrio residencial de Buffalo, donde publicó anuncios para comprar monedas de cinco centavos de 1913 en los que apareciera la cara de la Libertad, monedas de las que naturalmente nadie había oído hablar por aquellas fechas. Posteriormente informó que había conseguido comprar cinco monedas de tales características, las cuales fueron las únicas que llegarían a ver la luz del día. Quizá podáis imaginaros cómo se las arregló para hacerse con ellas.

—Se marchó de la Casa de la Moneda —dije—, y los anuncios fueron su manera de explicar que las monedas obraban en su poder.

Abel hizo un gesto de asentimiento.

—Y su manera de darles publicidad al mismo tiempo. ¿Os suena el nombre de E. H. R. Green? ¿El coronel Edward Green? Su madre era Hetty Green, la conocida bruja de Wall Street. Cuando su hijo heredó la fortuna de su padre, pudo dar rienda suelta a sus excentricidades, una de las cuales era la numismática. No le bastaba con tener sólo un ejemplar de una rareza; quería todas las que pudiera conseguir. En consecuencia, compró los cinco *Nickel-V* de Samuel Brown. Las monedas permanecieron en su poder hasta su muerte; espero que disfrutara de ellas. Cuando murió, sus bienes se dispersaron y las monedas acabaron en manos de un tratante llamado Johnson. Creo que vivía en el medio oeste, en San Luis, o tal vez en Kansas City.

—No tiene importancia —comenté yo.

—Probablemente no —dijo Abel haciendo un gesto de asentimiento—. Fuera como fuese, el caso es que Johnson las vendió una a una a coleccionistas privados. Mientras hacía esto, un tratante de Fort Worth llamado B. Max Mehl se encargaba de convertir el *Nickel-V* de 1913 en la moneda rara más famosa del siglo por el mero hecho de ofrecerse a comprarla. Publicó anuncios en todas partes en los que ofrecía cincuenta dólares por la moneda y daba a entender que uno podía encontrársela entre los cambios del bolsillo. Esto lo hizo con idea de captar clientes para un catálogo de

monedas raras que estaba vendiendo de casa en casa. Aunque no me cabe duda de que vendió un buen número de esos catálogos, lo cierto es que al hacerlo aseguró el futuro del *Nickel-V* de 1913. Jamás una moneda norteamericana ha sido objeto de tanta publicidad. Los estadounidenses que no sabían nada de monedas sabían sin embargo que el *Nickel-V* de 1913 era valioso. Prácticamente todo el mundo lo sabía.

Yo lo sabía. Me acordaba de los anuncios de los que Abel estaba hablando. Todavía los publicaban cuando yo era un muchacho, y fui uno de los ingenuos que pidió el catálogo. Ninguno de nosotros encontró un *Nickel-V* de 1913 entre los cambios del bolsillo, ya que no estaban ahí para que alguien los encontrara, pero muchos empezamos a coleccionar monedas y al hacernos mayores engrosamos las filas de la fraternidad numismática. Otros nos convertimos en ladrones al hacernos mayores, y buscamos nuestra fortuna en el cambio existente en los bolsillos de los demás, por así decirlo.

—El valor de la moneda no tiene una explicación lógica —prosiguió Abel—. En el mejor de los casos se trata de una pieza de muestra, y en el peor de un capricho no autorizado. Como tal no debería valer más de unos miles de dólares. La Casa de la Moneda emitió monedas de cinco centavos regulares en 1881 y 1882 en diferentes metales y con modelos diversos. Algunas son tan raras como el *Nickel-V* de 1913 o más, y sin embargo uno puede comprarlas por unos cientos de dólares. En 1882 se emitió una moneda regular cuyo modelo era idéntico al del *Nickel-V* y que estaba hecha del mismo metal, pero con fecha de aquel año. Es una moneda muy rara y en cualquier caso debería ser más apetecible que la de 1913, aunque sólo fuera porque su existencia es legítima. Con todo, bastan un par de miles de dólares para comprarla, suponiendo que puedas encontrar un ejemplar en venta.

El rostro de Carolyn reflejaba en aquel momento una gran emoción, lo cual no me extrañaba. Si había una moneda que valía un par de miles de dólares y que en comparación con la que nosotros estábamos ofreciendo sólo era de segunda categoría, entonces nuestra situación era inmejorable. Sin embargo, Carolyn no sabía en qué medida lo era, y esperaba que Abel se lo dijese.

Ella hizo esperar. Acercó la mano a su plato, se comió su pasta, cambió de plato para coger la jarra y bebió café. Carolyn se sirvió más Armagnac, bebió un poco, observó cómo Abel bebía café, cerró las manos, se puso los puños sobre las caderas y dijo:

—Venga, Abel. ¿Cuánto vale?

—No lo sé.

—Pero...

—Nadie lo sabe. Tal vez deberíais echarla a un parquímetro, Bernard. ¿Por qué me habéis traído esto?

—Bueno, al verla me pareció que sería buena idea, Abel. Si quieres me la llevo a

casa.

—¿Y qué harás con ella?

—Como no tengo coche, supongo que no la echaré a un parquímetro. Tal vez le haga un agujero en el centro para que Carolyn la lleve colgada al cuello.

—Casi preferiría que lo hicieras.

—También cabe la posibilidad de que me la compre otra persona.

—¿Quién? ¿A quién se la ofrecerías? Nadie te ofrecerá un trato más equitativo que el que te ofrezco yo, Bernard.

—Por eso te he traído a ti la moneda, Abel.

—Sí, por supuesto. —Dejó escapar un suspiro, sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente—. La moneda me ha puesto nervioso. ¿Que cuánto vale? ¿Quién sabe lo que vale eso? Sólo existen cinco ejemplares. Si no recuerdo mal, cuatro de ellas se encuentran en colecciones de museos y sólo una está en manos de un particular. Recuerdo haber visto un *Nickel-V* de 1913 una sola vez en mi vida, hará quizá quince años. La tenía un caballero llamado J. V. McDermott; le gustaba exhibir su tesoro. La exponía en ferias de numismática siempre que se lo pedían, y el resto del tiempo solía llevarla en el bolsillo y enseñársela a la gente. Pocos coleccionistas obtienen tanto placer de la posesión de sus monedas como el que obtenía McDermott de su *Nickel-V*. Cuando la moneda pasó a otras manos, su precio ascendió a cincuenta mil dólares, si no recuerdo mal. Ha habido otras ventas desde entonces. Creo que fue en 1976 cuando un *Nickel-V de 1913* cambió de propietario por el precio de ciento treinta mil dólares. No me acuerdo de si se trataba de la moneda de McDermott o no. Es posible que lo fuera. En fecha más reciente se ha efectuado una venta privada; la cifra que se ha hecho pública es de doscientos mil dólares.

Carolyn se llevó la copa a los labios. No parecía haberse dado cuenta de que no había nada en ella. Tenía los ojos puestos en Abel; yo jamás se los había visto tan grandes.

Dejó escapar un suspiro.

—¿Cuánto quieres por esta moneda, Bernard?

—Riqueza superior a los sueños de la avaricia.

—Una frase acertada. ¿Es tuya?

—No. Samuel Johnson la dijo antes.

—Ya decía yo que tenía cierto aire clásico. Spinoza dijo que la avaricia no es más que «una especie de locura, pese a no estar incluida entre las enfermedades». ¿Estás lo bastante loco para tener un precio en mente?

—No.

—Es difícil poner precio a la puñetera moneda. Cuando vendieron la colección de John Work Garrett, un doblón Blasher alcanzó la suma de setecientos veinticinco dólares. ¿A cuánto podría llegar esta moneda en una subasta? ¿A medio millón? Es

posible. Es una insensatez, se mire como se mire, pero aun así es posible.

Carolyn se sirvió más Armagnac. Tenía los ojos vidriosos.

—Pero no puedes enviar esta moneda a una subasta para que la vendan — prosiguió Abel—. Y yo tampoco. ¿A quién pertenecía?

Titubeé, aunque sólo por un instante.

—A un hombre llamado Colcannon. Hasta hace un par de horas.

—¿Herbert Franklin Colcannon? Lo conozco, aunque no sabía que hubiera comprado el *Nickel-V*. ¿Cuándo la adquirió?

—No tengo idea.

—¿Qué más le habéis sacado?

—Dos pendientes y un reloj. No tenía nada más en la caja de seguridad, aparte de documentos y títulos de acciones, que se han quedado donde estaban.

—¿No había más monedas?

—Ni una más.

—Pero... —Abel frunció el entrecejo—. El *Nickel-V*... ¿no la tenía enmarcada o guardada en el típico estuche portamonedas de plexiglás?

—Estaba tal como te lo he dado: envuelta en papel de seda dentro de una caja con bisagra que había en un sobre de papel de estraza.

—Asombroso.

—Eso mismo pensé.

—Realmente asombroso. Debe de haberla comprado. ¿Y dices que la has encontrado en su caja de seguridad? Seguramente tendrá sus posesiones valiosas en una cámara acorazada. ¿Sabes si se trata de la moneda de McDermott? Tal vez se la haya vendido uno de los museos. Los museos no se quedan con las obras de forma indefinida, ¿sabíais? No sólo compran, también venden de vez en cuando, aunque ellos prefieren llamarlo «desadquisición», lo cual es todo un ejemplo de neologismo, ¿no te parece? ¿Dónde consiguió esta moneda Herbert Colcannon?

—No sabía que la tenía hasta que la encontré en su caja de seguridad.

—Ya. —Cogió el sobre, lo abrió y desenvolvió la moneda de cinco centavos que valía medio millón de dólares. Con la lupa en un ojo y el otro cerrado, dijo—: No creo que sea falsa. Los ejemplares falsos existen, ¿sabíais? Se coge una moneda de cinco centavos de 1903, por poner un ejemplo, o de 1910, se borra la cifra que sobra y se suelda en su lugar el número apropiado, el cual ha sido extraído previamente de otra moneda. Pero tal manipulación deja marcas visibles en una moneda de prueba acuñada con troqueles limpios, y aquí no veo ninguna marca de este tipo. Además, costaría cientos de dólares retocar un *Nickel-V* de prueba con fecha normal. Estoy prácticamente seguro de que es auténtica. Una radiografía serviría de ayuda, o el consejo de un numismático experto. —Dejando escapar un suave suspiro, añadió—: A una hora más propicia podría determinar la legitimidad de la moneda sin salir del

edificio. Pero, dada la hora que es, será mejor que supongamos simplemente que es auténtica. ¿A quién podría vendérsela? ¿Y a qué precio? Tendría que quedársela un coleccionista dispuesto a guardarla en el anonimato o que aceptara que una venta pública sería imposible. Los coleccionistas de arte de esta ralea abundan; el placer que obtienen de sus cuadros parece incrementarse por la ilegitimidad de su procedencia. En cambio, los coleccionistas de monedas no atienden tanto a la belleza estética de una pieza como al prestigio y a los beneficios que la acompañan. ¿Quién podría comprar esta moneda? Oh, hay coleccionistas que estarían encantados de poder adquirirla, sin embargo, ¿a cuál de ellos podría dirigirme y cuánto podría pedirle por ella?

Me serví más café. Empecé a echarle un chorro de Armagnac para aderezarlo un poquito, pero entonces me dije que el Armagnac era demasiado bueno para recibir semejante trato. A continuación me recordé que acababa de robar una moneda que valía medio millón de dólares, así que, ¿por qué habría de contenerme con un coñac francés de treinta dólares la botella? Reforcé el café con el coñac, bebí un sorbo y me templé de la cabeza a los pies.

—Tienes tres opciones —dijo Abel.

—¿Ah, sí?

—La primera: llevarte la moneda a casa y disfrutar de la secreta posesión de un objeto que vale más de lo que posiblemente llegues a ganar jamás. Esta moneda vale al menos un cuarto de millón, quizá el doble de eso y es posible que aún más. Y pensar que la he tenido en mi mano... Es algo extraordinario, ¿verdad? Por unas horas de trabajo, puedes tener el placer de sostenerla en tus manos siempre que quieras.

—¿Y las otras dos?

—La segunda: vendérmela a mí esta noche. Te daré dinero en efectivo, billetes limpios de cincuenta y cien. Saldrás de aquí con el dinero en el bolsillo.

—¿Cuánto, Abel?

—Quince mil dólares.

—¿A cambio de una moneda que vale medio millón?

Abel pasó por alto mi pregunta.

—La tercera: dejarme la moneda. La venderé por el precio que pueda y te daré la mitad de lo que obtenga. Lo haré con calma, aunque por supuesto me esforzaré por deshacerme de ella lo antes posible. Quizá encuentre un cliente. Quizá esté asegurada por una compañía de seguros con una póliza para objetos robados revendidos. Es un asunto delicado negociar con esas compañías. Uno no se puede fiar siempre de ellas. Si se trata de una adquisición reciente, es posible que Colcannon aún no la haya asegurado. Quizá no asegure nunca sus monedas y considere que su caja de seguridad es suficiente protección. —Extendió las manos y soltó un profundo suspiro—. Quizá,

quizá, quizá... Docenas de quizá. Soy un hombre mayor, Bernard. Llévate la moneda y ahórrame un dolor de cabeza. ¿De qué me sirve complicarme la vida ahora? Ya tengo bastante dinero.

—¿Por cuánto intentarás venderla?

—Ya te he dicho que no lo sé. ¿Quieres una estimación aproximada? Voy a darte una cantidad elegida al azar: cien mil dólares. Una bonita cifra exacta. El precio final podría ser mucho más o mucho menos, según las circunstancias, pero me estás pidiendo una cantidad y esa es la que me viene a la cabeza.

—Cien mil.

—Quizá.

—Y nuestra parte sería cincuenta mil.

—Vaya, has conseguido hacer la cuenta sin lápiz y papel...

—¿Y si nos llevamos el dinero esta noche?

—¿Qué suma os he ofrecido? Quince mil. Más los dos mil quinientos de los pendientes y el reloj: diecisiete mil quinientos dólares. —Él tampoco había necesitado lápiz y papel. Éramos un par de genios de las matemáticas—. Bien, negociemos con números redondos esta noche: veinte mil dólares por todo.

—O dos mil quinientos ahora más lo que consigas por la moneda, ¿correcto?

—Si consigo algo por ella. Hay que demostrar su autenticidad y encontrar a alguien que la quiera.

—¿Qué te parecería tres mil por el reloj y los pendientes y la mitad de lo que saques por la moneda?

Abel consideró la propuesta por un momento.

—No —respondió—. No me parece bien, Bernard.

Miré a Carolyn. Podíamos marcharnos de allí con diez mil cada uno por una noche de trabajo o quedarnos con algo más del diez por ciento de aquella cantidad más una cifra indeterminada superior a los sueños de la avaricia, etcétera... Le pregunté qué opinaba.

—La decisión es tuya, Bernard.

—Me preguntaba simplemente si...

—No. La decisión es tuya.

Coge el dinero y corre, susurró una voz en mi cabeza. Coge el dinero en efectivo y olvídate de los plazos. Más vale pájaro en mano que ciento volando. La voz que susurra en mi cabeza no es precisamente original, pero suele ir al grano.

Pero ¿quería que se me conociera por ser el hombre que había sacado diez de los grandes por el *Nickel-V* de Colcannon? Lo feliz que me iba a sentir con mis diez mil dólares cada vez que pensara en que Abel Cornejo se había embolsado una cantidad de seis cifras...

Podría haber redondeado la cita de Spinoza diciendo: «El orgullo, la envidia y la

avaricia son las tres chispas que han prendido fuego a los corazones de todos». Es del sexto canto del *Infierno* de Dante.

En mi corazón ardía el fuego de las tres chispas, sin contar el relámpago de chocolate y Armagnac.

—Nos llevamos los dos mil quinientos —dije.

—Si quieres tiempo para pensártelo...

—Si hay algo que no quiero es tiempo para pensármelo.

Abel sonrió. Volvía a tener aspecto de abuelo benevolente, tan honrado como el que más.

—Tardo un segundo —dijo poniéndose en pie—. Hay más comida y café. Y bebida en abundancia. Servíos vosotros mismos.

Mientras él estaba en la otra habitación, Carolyn y yo brindamos con una pequeña copa por el trabajo de aquella noche. Abel volvió a continuación y contó un fajo de billetes. Nos preguntó si nos importaba que nos diera billetes de cien. En absoluto, le aseguré. Ojalá tuviera un millón de ellos. Él rio educadamente.

—Cuida de nuestro *Nickel-V* —le insté—. Hay ladrones por todas partes.

—Nunca podrán entrar en esta casa.

—Gordio pensaba que nadie podía desatar el nudo, ¿recuerdas? Y los troyanos se dejaron engañar con un caballo.

—Y el orgullo precede a la caída, ¿no? —Abel apoyó una mano tranquilizadora sobre mi hombro—. Los porteros de este edificio son muy meticulosos en cuestiones de seguridad. En el ascensor siempre hay alguien de servicio. Y ya has visto las cerraduras de seguridad que tengo en las puertas.

—¿Y qué me dices de la salida de incendios?

—Está en la fachada del edificio, donde cualquier persona que la utilice puede ser vista desde la calle. La ventana por la que se sale a ella tiene rejas de hierro reforzadas. Te aseguro que nadie podría entrar por ahí; sólo espero que pueda salir yo el día que se produzca un incendio. —Sonrió—. En cualquier caso, Bernard, voy a esconder la moneda en un lugar al que no se le ocurriría a nadie ir a buscarla.

No estoy completamente seguro de por qué acabé pasando el resto de la noche en casa de Carolyn. Todo el azúcar, la cafeína y el alcohol, así como el hecho de haber sentido más nervios y emoción que una noche cualquiera, nos habían dejado algo tensos y borrachos. Menos mal que ninguno de los dos teníamos que tomar ninguna decisión de vida o muerte en aquel preciso momento. Yo hubiera preferido que Carolyn subiese a mi piso para repartir el dinero, pero ella quería ir al centro porque tenía una cita a primera hora con un cliente que le iba a traer un schnauzer gigante. Vete tú a saber qué puede ser eso. Como no conseguimos que ningún taxista se detuviera en West End Avenue, fuimos a Broadway andando, y de allí al Village en taxi, donde el conductor fue incapaz tanto de encontrar Arbour Court como de seguir las indicaciones de Carolyn. Finalmente nos dimos por vencidos y recorrimos un par de manzanas andando. Espero que el taxista no se malgastara la propina. Es posible que dentro de veinte años tenga valor.

Al llegar al piso de Carolyn sacamos la litografía de mi maletín y la colocamos en la pared encima de la silla de mimbre. (Ahora que lo pienso, esa fue otra razón por la que la acompañé al centro: para que la litografía pudiera bajar al sur en mi maletín). Quedaba bien, pero había que cambiar el color del paspartú, así que decidí llevarlo a un enmarcador antes de colgarlo. Se sirvió la última copa de la noche mientras yo dividía el dinero. Cuando le di el fajo de billetes que le correspondía, ella lo meneó, le dirigió un silencioso silbido y dijo:

—No está mal por una noche de trabajo, ¿eh? Ya sé que no es mucho para un robo, pero todo cambia cuando tu punto de referencia es el dinero que se gana en una peluquería para perros. ¿Sabes cuántos chuchos tengo que bañar para ahorrar todo esto?

—Muchos.

—No puedes hacerte una idea... Oye, creo que me debes unos cuantos pavos. ¿O acaso vas a cobrarme por el Chagall?

—Por supuesto que no.

—Pues bueno, me has dado mil doscientos, así que faltan cincuenta para llegar a la mitad. No quiero parecer tacaña, pero es que...

—Te olvidas de los gastos.

—Pero ¿de qué coño de gastos me estás hablando? ¿De lo que nos ha costado el taxi? Tú has pagado el de ida y yo el de vuelta. ¿A qué gastos te refieres?

—A los de la *Ética* de Spinoza.

—Creía que te había llegado con ese lote de libros que compraste por metros. ¿O acaso has calculado la cantidad basándote en el valor y no en el precio? Me parece justo, y al fin y al cabo me da igual, pero...

—Compré el libro en Bartfield, en la calle Cincuenta y siete. Me costó cien pavos, libre de impuestos porque soy vendedor de libros de segunda mano.

—¿Pagaste cien pavos por ese libro?

—Sí. ¿Qué sucede? No es un precio excesivo.

—Pero si le has dicho a Abel...

—Que casi no tuve que pagar nada por él. Creo que él también me ha creído, y además nos hemos sacado quinientos dólares extra por el reloj y los pendientes.

—Jesús... —exclamó—. Hay un montón de cosas que no sé sobre este negocio.

—Hay un montón de cosas que nadie sabe.

—¿Sabes de alguien que compre regalos a los peristas?

—¿Sabes de algún perista que cite a Spinoza?

—Tienes razón. ¿Estás seguro de que no quieres la última?

—Completamente seguro.

—¿Sabías que la moneda de cinco centavos valía tanto?

—Tenía una idea aproximada.

—Como estabas tan tranquilo cuando nos dirigíamos a su casa... No tenía ni idea de que valiera una fortuna.

—Sólo parecía tranquilo.

—No me digas —dijo ladeando la cabeza—. Me alegro de no haber zanjado el asunto aceptando los diez mil por cabeza. ¿Qué motivo tenemos para no arriesgarnos? No necesito diez mil dólares para pagarle a mi hermanito pequeño una operación. ¿Cuánto tiempo crees que le costará venderla?

—Vete tú a saber. Podría deshacerse de ella mañana o tardar medio año.

—Ya, pero tarde o temprano el teléfono sonará y nos enteraremos de que acaba de tocarnos la lotería.

—Más o menos.

Ahogó un bostezo y dijo:

—Creía que tendría ganas de celebrarlo esta noche, pero el asunto no ha acabado todavía, ¿verdad? Probablemente sea mejor así. Me parece que no tengo fuerzas suficientes para celebrar nada. Además, estoy segura que por la mañana voy a tener una resaca de azúcar de mil demonios.

—¿Una resaca de azúcar?

—Sí, por las pastas.

—¿Crees que el azúcar es el motivo de que vayas a tener resaca?

—¿Qué va a ser si no? —Cogió el gato del sofá y lo dejó en el suelo—. Lo siento, compañero —le dijo—. Pero es hora de que mamaíta se vaya a la cama.

—¿Estás segura de que no quieres la cama, Carolyn?

—Pero si no cabes en el sofá. Tendríamos que partirte por la mitad.

—Es que me fastidia sacarte de tu cama.

—Bern, tenemos esta discusión cada vez que te quedas a dormir. Algún día te dejaré dormir en el sofá: ya verás como no vuelves a hacerme la misma propuesta.

Así pues, ella se quedó con el sofá y yo con la cama. Yo dormí en ropa interior, y ella en su Dr. Denton. *Ubi* subió al sofá y durmió con ella. *Archie*, el gato birmano, estuvo inquieto al principio y se dedicó a pasear por las habitaciones del piso al abrigo de la oscuridad como si fuera un ranchero vigilando el vallado de su rancho. Cuando hubo dado varias vueltas, se subió a la cama, se dejó caer pesadamente sobre mí y encendió la máquina de los ronroneos. Le funcionaba de maravilla, aunque debe tenerse en cuenta que ha tenido toda la vida para ponerla a punto.

Carolyn había bebido unas tres copas por cada una de las que había bebido yo, lo cual le evitó pasarse mucho tiempo dando vueltas entre las sábanas. Al cabo de pocos minutos, su respiración me anunció que se había quedado dormida; unos minutos más tarde comenzó a emitir unos elegantes ronquidos.

Me tumbé boca arriba, con las manos debajo del cuello y los ojos abiertos, y me puse a repasar los acontecimientos ocurridos aquella noche. Dejando aparte el tiempo que le costara a Abel vender la moneda de cinco centavos y el dinero que acabáramos recibiendo, el robo de los Colcannon había concluido y estábamos sanos y salvos. Teniendo en cuenta lo poco prometedor que me había parecido a primera vista, cuando había comprendido que no éramos los primeros ladrones en visitar el piso, las cosas habían salido bastante bien. Los objetos robados ya no obraban en nuestro poder, excepto una anónima litografía de Chagall sin importancia, cuyo robo quizá ni siquiera llegara a ser denunciado dado el caos reinante en la casa de los Colcannon. Además, si lo denunciaban, ¿qué podía ocurrir? La litografía pertenecía a una serie de doscientas cincuenta. ¿Quién iba a buscarla en la pared de Carolyn?

Aun así, la metí en su armario cuando me desperté a la mañana siguiente. Eran aproximadamente las nueve y media y ella ya había desayunado, había dado de comer a los gatos y se había ido a su cita con el schnauzer. Tomé una taza de café y un bollo, escondí la litografía y dejé que mi maletín le hiciera compañía para no tener que llevarme las herramientas al trabajo.

Brillaba el sol y el aire era fresco y límpido. En lugar de luchar con el metro, podía ir andando a la librería. Podría haber corrido, si vamos a eso, ya que tenía el calzado adecuado para ello, pero ¿qué razón había para echar a perder una hermosa mañana? Avancé a grandes zancadas, inhalando bocanadas de aire para llenarme los pulmones y dejando que los brazos oscilaran como péndulos. Hubo un momento en que me sorprendí silbando. No me acuerdo de la melodía.

Abrí la librería a eso de las diez y cuarto y atendí a mi primer cliente unos veinte minutos más tarde, un fumador de pipa con barba que se llevó un par de volúmenes sobre la historia de Inglaterra. Luego vendí unos cuantos ejemplares del mostrador de ofertas, tras lo cual las ventas descendieron lo suficiente para poder reanudar la

lectura del libro que había estado leyendo el día anterior. El bueno de Spenser seguía buscando la manera de herniarse. Esta vez estaba haciendo flexiones boca arriba en una máquina Universal. Aún estoy esperando que me aclaren qué son ambas cosas.

Dos hombres de cuarenta y pico años entraron en la librería poco antes de las once. Los dos llevaban traje oscuro y zapatos fuertes. A uno de ellos no le habría venido mal afeitarse las patillas un poco más cortas. Fue él quien se dirigió al fondo de la tienda, mientras su compañero mostraba un interés repentino pero poco convincente en la sección de poesía.

Tenía los mil trescientos dólares de Abel en la cartera, así como los mil dólares que siempre llevo cuando voy a trabajar por si tengo que sobornar a alguien. Esperaba que se conformaran con el dinero de la caja. Y también que el bulto que tenía el de las patillas en la chaqueta no fuera una pistola y, si lo era, que no tomara la decisión de dispararme. Dirigí una oración breve y urgente a san Juan de Dios, el santo patrón de los libreros; el señor Litzhauer había dejado una imagen enmarcada de él en la oficina. No tenía sentido rezar a san Dimas ahora. Estaba vendiendo libros, no robando casas.

No había nada que pudiera hacer excepto esperar a que dieran el primer paso. No tuve que hacerlo durante mucho rato. El de las patillas volvió del fondo de la tienda y se acercó al mostrador junto con su compañero, que todavía tenía en la mano un volumen de los poemas de Robert W. Service. Por un fugaz instante imaginé que uno me disparaba mientras el otro recitaba «La incineración de Sam McGee».

Llegaron al mostrador juntos. El aficionado a Service dijo:

—¿Eres tú Rhodenbarr? ¿Bernard Rhodenbarr?

No lo negué.

—Será mejor que cojas la chaqueta. Queremos hablar contigo en el centro.

—Gracias a Dios —dije.

Y es que, como ya habrás adivinado y yo debería haber adivinado, no eran ladrones. Eran polis. Aunque es posible que los polis te roben alguna que otra vez, no es habitual que lo hagan a punta de pistola, y si algo no me gusta es que me apunten con una pistola.

—Se alegra de vernos —dijo el de las patillas.

Su compañero hizo un gesto de asentimiento.

—Probablemente sea una carga que se quita de encima.

—Claro. Seguro que se ha pasado toda la noche en vela por culpa de los sentimientos de culpabilidad, muriéndose por confesar.

—Creo que estás en lo cierto, Phil. Este ladronzuelo ha perdido los papeles. Basta con mirar sus antecedentes para comprender que el muy mamón se ha asociado con un tipo duro.

—Tienes razón, Dan. Malas compañías.

—Es siempre lo mismo. Seguro que ahora se siente consumido por la culpabilidad y los remordimientos. Puede entregarnos al socio, cargarle el muerto a él, aportar pruebas que le condenen y llegar a un acuerdo con el fiscal para obtener una sentencia favorable. Si consigue a un buen abogado y se comporta como corresponde, ¿qué te apuestas a que está de nuevo en la calle dentro de tres años?

—No hace falta apostar, Phil. Cuatro años a lo sumo. ¿Quieres cerrar la puta librería, Bernie? Daremos un paseo hasta el centro.

La niebla se levantó lentamente. Me había sentido tan aliviado al comprender que no me iban a robar que me había costado un par de minutos darme cuenta de que me estaban arrestando, lo cual no es ningún placer se mire por donde se mire. Estaban hablando como si yo no estuviera en la tienda, pero era evidente que yo era el tema central de su alegre charlita de tú a tú. (Phil era el de las patillas y Dan el amante de la poesía). Según su guión particular, yo debía de estar temblando en aquel mismo momento.

Pues bien, así era.

—¿A qué viene todo esto? —conseguí decir.

—Hay unas personas que quieren hablar contigo —contestó Dan.

—¿Sobre qué?

—Sobre la visita que hiciste anoche a una casa de la calle Dieciocho —dijo Phil —. Una visita sorpresa.

Mierda, pensé. ¿Cómo habían conseguido relacionarnos con los Colcannon? Los primeros síntomas de desesperación me retorcieron las tripas. Resulta especialmente descorazonador que te acusen de un delito cuando se trata de uno que has cometido tú. Hay bastantes menos oportunidades de salir bien librado.

—Vamos, en marcha —dijo Dan. Dejó el libro de poemas sobre el mostrador.

De pronto deseé que se apellidara McGrew y que Phil le pegara un tiro. Acababa de abrir la tienda y ya estaba cerrándola.

—¿Estoy arrestado? —pregunté.

—¿Quieres estarlo, tío listo?

—No sufro insomnio por ello.

—Pues bien, si nos acompañas como un buen chico no tendremos que arrestarte.

Parecía razonable. Phil me ayudó a meter el mostrador de las ofertas dentro del local, por lo que supuse que Dan era su superior. Cerré la puerta con llave y corrí la reja; mientras lo hacía ellos hicieron las previsibles bromas sobre el ladrón que cierra la puerta de su casa pero que no tiene que preocuparse si se le olvidan las llaves. Para desternillarse, os lo aseguro.

Su coche era un bólido azul y blanco de la policía. Phil se puso al volante y yo me senté detrás con Dan. Cuando ya nos habíamos alejado dos manzanas de la librería, pregunté:

—A todo esto, ¿qué se supone que he hecho?

—Como si no lo supieras, tío...

—Exacto, como si no lo supiera. Da la casualidad de que no lo sé, así que portaros bien conmigo. ¿De qué se me acusa?

—Ya se ha calmado —le comentó Dan a Phil—. ¿Te fijas en cómo ha puesto en juego la actitud profesional? Antes estaba temblando y ahora está como si nada. —Se volvió hacia mí y dijo—: No se te acusa de nada, tío. ¿Cómo te vamos a acusar de algo si no te hemos arrestado?

—Si me arrestarais, ¿de qué se me acusaría?

—¿Sólo hipotéticamente?

—Sí.

—Robo con escalo y homicidio con premeditación. —Meneó la cabeza—. Pobre gilipollas... —añadió—. Es la primera vez que matas a alguien, ¿verdad?

6

Al final resultó que Herbert y Wanda Colcannon no se habían quedado a dormir en Pensilvania. Habían ido en coche a Berks County, donde habían apareado a su querida bouvier con el campeón elegido. Seguidamente habían alojado a *Astrid* en casa del propietario del semental, que era el procedimiento recomendado, y habían vuelto a Nueva York para cenar con unos socios de Herbert y pasar la velada en el teatro. Las copas que habían tomado a la salida del teatro les habían entretenido hasta tarde, por lo que habían regresado a casa después de las doce, con intención de dormir el resto de la noche y volver a Pensilvania a primera hora de la mañana.

Lo que habían hecho en cambio había sido sorprender a unos ladrones *in fraganti*. Los ladrones habían sustraído a Herbert el dinero y a Wanda las joyas que llevaba, tras lo cual habían intentado atarles. Al protestar, Herb se había llevado un puñetazo en la boca por listillo. Esto había dado lugar a una enérgica protesta por parte de Wanda, lo cual le había valido un par de mamporros en la cabeza. Herb la había visto caer y quedarse inmóvil, y aquello era lo último que había visto, ya que en aquel momento le habían golpeado igualmente en la cabeza.

Tras recuperar el sentido y descubrir que estaba atado, le había costado un buen rato hallar la manera de soltarse. Wanda también estaba atada, pero no había podido hallar la manera de soltarse porque estaba muerta. Le habían golpeado en la cabeza con algo más duro que su cráneo y la fractura resultante había resultado mortal.

—Eso ha sido obra de tu socio —me dijo Sam Richler. Richler, en cuyas manos me habían dejado Phil y Dan al llegar a la comisaría de policía, era el detective que al parecer se encargaba del caso—. Sabemos que no eres un tío violento ni por naturaleza ni por costumbre, Rhodenbarr. Antes siempre trabajabas solo. ¿Qué te ha hecho pensar que necesitabas un jodido socio?

—No tengo ningún socio —contesté—. Ni siquiera trabajo solo. Soy un hombre de negocios con todas las de la ley. Tengo una tienda y vendo libros.

—¿Quién es tu socio? Coño, tío, no irás a protegerle, ¿verdad? Es él quien te ha metido en esta mierda. Mira, puedo imaginarme cómo ha sido todo. Abandonas el oficio y tratas de salir adelante vendiendo libros... —Eso no se lo creía, pero estaba contemporizando conmigo—. Y entonces aparece un tipo duro y te convence de que hagas un trabajito más. Quizá ya tiene la casa elegida y sólo necesita a alguien de tu talento para hacer saltar las cerraduras. Tú piensas que puedes hacer un último trabajo para mantenerte a flote el tiempo que la tienda tarde en empezar a funcionar. Pero de pronto hay una mujer muerta, tu socio desaparece para gastarse su dinero y tú te encuentras con la cabeza metida en el retrete. ¿Sabes qué puedes hacer? Sacarla del agujero antes de que alguien tire de la cadena.

—No es una imagen agradable...

—¿Que no es...? Oye, fantoche, te vas a enterar de qué es una imagen desagradable...

Abrió un cajón del escritorio, rebuscó entre los papeles y sacó una fotografía de veinte por veinticinco. Una mujer, rubia y ataviada con un vestido de noche, aparecía sentada contra una pared en lo que parecía el salón de los Colcannon. No llevaba zapatos, estaba atada por los tobillos y al parecer tenía las manos atadas por detrás. La fotografía no era en color (todo un detalle), pero incluso en blanco y negro se podía ver el cráneo hundido justo en el nacimiento del pelo, en el punto donde había recibido un golpe con un objeto contundente. Tenía un aspecto espantoso, sin lugar a dudas. Aunque Carolyn me había asegurado que Wanda Colcannon era una belleza, resultaba difícil demostrarlo con aquella fotografía.

—Tú no has hecho esto, ¿verdad? —dijo Richler.

—¿Que si he hecho esto? Pero si ni siquiera puedo mirarlo.

—Entonces entréganos al hijoputa que lo ha hecho, Rhodenbarr. Si lo haces, saldrás bien parado. Incluso es posible que te defienda un buen abogado. —Eso habría que verlo—. Vamos a echarle el guante de todos modos, tanto con tu ayuda como sin ella. Se irá de la lengua en algún bar, le oirá la persona adecuada y lo tendremos entre rejas antes de que caiga la noche. O si no Colcannon reconocerá su fotografía en los libros de fichas. Sea como sea le vamos a coger. La única diferencia que supondrá que nos ayudes es que te harás un favor a ti mismo.

—Tiene sentido.

—Eso es precisamente lo que tiene, joder. Además tú no le debes nada. ¿Pero quién cojones te ha metido en este lío?

—Esa es una buena pregunta.

—¿Y bien?

—Es que hay un problema —dije.

—¿Ah, sí?

—Yo no estaba allí, nunca he oído hablar de ningún Colcannon y anoche ni siquiera me acerqué por la calle Dieciocho. Dejé de robar cuando compré la librería.

—¿Vas a plantarte en esa mierda de historia?

—No tengo otro remedio, porque da la casualidad de que es verdad.

—Tenemos una prueba fehaciente de que estabas en la casa.

—¿Qué prueba?

—Eso no voy a decírtelo, tío listo. Te enterarás en su debido momento. Además tenemos a Colcannon. Supongo que no reparaste en que la mujer estaba muerta, porque de lo contrario no lo habrías dejado con vida. O tu cómplice, mejor dicho. Sabemos que es un tipo duro. Quizá ella aún seguía con vida cuando tú te fuiste. Es posible que muriera mientras Colcannon estaba sin conocimiento. Todavía no hemos recibido el informe forense. Mira, el caso es que tenemos a Colcannon y que él puede

identificaros. Así pues, ¿qué dices?

—Ya he dicho lo único que puedo decir.

—Supongo que también tendrás una jodida coartada.

Aquello no habría estado mal, pero no se puede tener todo en esta vida.

—Anoche me quedé en casa viendo la televisión —dije.

—Conque pasaste toda la noche en casa, ¿eh?

En aquel momento se disparó una pequeña alarma.

—Toda la noche no —corregí—. Salí de casa después de las noticias de las once.

—Y fuiste a desplumar el piso de los Colcannon...

—No. Había quedado tarde.

—¿Con alguien en concreto?

—Con una mujer.

—Con la clase de mujer a la que uno puede ir a visitar a las once de la noche.

—Ya eran casi las doce cuando nos vimos.

—¿Y tiene nombre esa mujer?

—Ajá. Pero no voy a decirlo a menos que sea necesario. Ella es mi coartada para toda la noche, porque estuve con ella desde las doce hasta la hora del desayuno. La utilizaré si no me queda otro remedio, pero sólo en ese caso. Se ha separado de su marido y tiene un par de niños, por lo que no es necesario mezclar su nombre en este asunto. Pero el caso es que estuve con ella.

Sam frunció el entrecejo con aire pensativo.

—Anoche no regresaste a casa —dijo—. Eso lo sabemos.

—Acabo de decirlo.

—Ya lo sé. Fuimos a echar un vistazo a tu piso a las cuatro y media y lo dejamos bajo vigilancia. No apareciste en toda la noche. Pero eso no basta para que me crea lo de tu divorciada secreta.

—No está divorciada; está separada.

—Ya...

—Y no tiene que creerlo. Póngame simplemente en la rueda de sospechosos, a ver si Colcannon me identifica o no. Luego me iré a casa.

—¿Quién ha mencionado una rueda de sospechosos?

—No es necesario mencionarlo. Me habéis traído aquí en lugar de a la central porque es aquí donde tenéis las fotos de los fichados y porque le habéis pedido a Colcannon que les eche un vistazo. No me habéis arrestado porque le habéis enseñado mi fotografía y, al verla, él ha negado con la cabeza. Bueno, quién sabe, es posible que yo no sea fotogénico y merezca la pena que me eche un vistazo en persona. Esta es la razón por la que estoy aquí. Ahora me pondréis en una rueda de sospechosos, él confirmará su negativa y yo volveré a mi librería e intentaré vender algún libro. Es difícil hacer negocio cuando la tienda está cerrada.

—Así que estás seguro de que no te va a reconocer. Te crees un tipo listo, ¿eh?

—Exacto.

—Vamos —dijo poniéndose en pie—. Iremos a dar un paseo.

Dimos un paseo por el pasillo y llegamos a una puerta con una ventana de cristal esmerilado sin distintivo.

—No sé si merece la pena que perdamos el tiempo con una rueda de sospechosos —comentó sujetando la puerta para que yo pasara—. ¿Por qué no te sientas aquí mientras yo hablo con unas personas y me entero de qué quieren hacer?

Entré y él cerró la puerta. En la habitación había una silla colocada de cara a un cristal de gran tamaño, y como la señora Rhodenbarr no educó a sus hijos para que fueran tontos, comprendí que lo que me tocaba hacer era exhibirme en aquel pequeño cubículo. Lo que se había organizado era una rueda de sospechosos consistente en un único sospechoso, una rueda oficiosa de la cual, en caso de que su resultado fuera negativo, no quedaría constancia alguna.

El espejo, tal como pude adivinar en una muestra de mi proverbial sagacidad, era del tipo unidireccional, es decir, Herbert Franklin Colcannon estaría colocado al otro lado de modo que podría verme sin que yo pudiera verle a él.

Muy bien, adelante.

Por mí era más que estupendo, concluí tras un momento de reflexión, ya que si había algo que deseaba era que me observase bien, lo suficientemente bien para convencerse de una vez de que no me había visto en toda su vida. Así pues, me acerqué al cristal todo lo que pude, colocándome delante de él como si realmente fuera un espejo y nada más que un espejo. Me resultó difícil contener el impulso de hacer muecas, pero me limité a arreglarme el nudo de la corbata.

Los cristales unidireccionales tienen un fallo: cuando uno se acerca mucho a ellos puede ver lo que hay al otro lado. La vista que se obtiene es imperfecta, ya que se produce un efecto espejo y uno ve una especie de doble imagen, como un trozo de película fotográfica con doble exposición en la que se ve a un mismo tiempo lo que hay delante y detrás de uno. Lo que yo vi fue una habitación vacía; luego, al cabo de un momento, vi a Richler haciendo pasar a un hombre vestido con un traje gris que tenía la cabeza vendada y hematomas y cardenales en la cara.

Se acercó al espejo y me miró fijamente; yo hice lo mismo. Tuve que realizar un verdadero esfuerzo para evitar guiñar un ojo, sacar la lengua, poner los ojos en blanco o hacer alguna idiotez similar. Al final lo que hice fue mirarle detenidamente.

No era un hombre muy impresionante que se diga. Medía unos diez centímetros por debajo de la media y rondaría los cincuenta y cinco años de edad. Tenía cara ovalada, pelo gris pizarra, un bigotito veteado de blanco, nariz respingona, boca pequeña y ojos entre el marrón y el verde. Se diría que era un banquero o un inspector de hacienda. Desde luego no parecía un hombre que acabara de perder una

atractiva esposa y una moneda por valor de medio millón de dólares, aunque lo cierto es que tampoco parecía un hombre que hubiera llegado a tener ninguna de las dos.

Me miró y yo le miré; entonces él movió la cabeza de un lado a otro en un gesto de negación, más solemne que un búho.

No recuerdo haber sonreído, al menos en aquel momento, pero cuando se volvió para salir de la habitación detrás de Richler, sonreí como una calabaza de Halloween. Cuando al cabo de unos minutos Richler regresó, yo estaba sentado en la silla limpiándome las uñas con la punta de un palillo. Alcé la vista y, de buen humor, le pregunté si iban a ponerme en la rueda de sospechosos.

—Te queda muy bonita, tío listo —dijo él.

—¿Cómo?

—La puñetera corbata... No, no habrá rueda de sospechosos, Rhodenbarr. Puedes irte a casa.

—¿La policía asume su equivocación?

—No creo que hayamos cometido ninguna. Creo que fuiste tú quien dio el golpe. Creo que estabas en el piso de arriba metiéndole mano a la caja de seguridad mientras tus socios daban un repaso a los Colcannon. Por eso él no llegó a verte. Pero no creas que eso te servirá para salvar el culo. Todavía tenemos a tus amiguitos y la prueba contra ti, de modo que la caída será el doble de dura que si hubieras cooperado. Pero, bueno, ya te las apañarás, tío listo.

—Sólo soy un vendedor de libros usados.

—Y yo soy Robert Redford. Mira, lárgate de aquí ahora mismo. ¿No sabes ver cuándo alguien intenta echarte un cable? Si dentro de un par de horas se te han abierto los ojos, llámame. Eso sí, no tardes mucho: si pillamos antes a uno de tus socios, será él quien llegue a un acuerdo con el fiscal para una sentencia favorable. Entonces no nos harás ninguna falta y te endilgaremos el muerto. Y ya me dirás qué puto beneficio obtendrás de eso... ¿Estás seguro de que no quieres cantar ahora?

—Ya he cantado.

—Vale, de acuerdo... Largo de aquí, Rhodenbarr.

Cuando me disponía a salir de la comisaría oí una voz pronunciar mi nombre.

—Pero si es Bernie Rhodenbarr... Date una vuelta por la jefatura, que nunca adivinarás con quién te tropezarás.

—Hola, Ray.

—Lo mismo digo, Bernie. —Ray Kirschmann me miró con una sonrisa torcida. El traje no le sentaba muy bien, lo cual no es ninguna sorpresa tratándose de él, pese a que con todo el dinero que gana con sobornos debería vestir mejor—. Una mañana preciosa, ¿eh, Bern?

—Preciosa.

—Aunque ya pasa de las doce. Ya veo que he ganado la pequeña apuesta que hice

conmigo mismo: te han soltado.

—¿Estás al corriente del asunto?

—Pues claro. El caso de los Colcannon. Ya decía yo que tú no lo habías hecho. ¿Cuándo has trabajado tú con un socio? ¿Y cuándo has hecho algo violento? Si olvidamos la vez que me derribaste de un directo al mentón... —añadió mirándome con ceño—. ¿Lo recuerdas, Bern?

—Me entró pánico, Ray.

—Ya.

—Y no tenía intención de hacerte daño. Sólo intentaba huir.

—Ya... Todavía creen que lo has hecho tú, ¿sabes? Richler piensa que te tiene pillado, pero que es mejor no encerrarte en una celda, porque a la larga tendrá argumentos más convincentes para hacerlo.

Estábamos en la acera, fuera del edificio de ladrillo rojizo de la comisaría, mirando al arco central del Municipal Building, que quedaba al otro lado de la plaza. Ray ahuecó una mano para encender un cigarrillo, dio una calada, tosió y dio otra.

—Un día precioso —comentó—. Realmente maravilloso.

—¿Por qué creen que estoy enredado en el robo de los Colcannon?

—Por tu manera de actuar, Bern.

—Vamos, no me tomes el pelo. ¿Cuándo he vuelto yo un piso patas arriba y lo he dejado todo hecho un desastre? ¿Cuándo he hecho daño a alguien? Jamás he hecho nada que no sea huir por piernas si los dueños del piso me sorprenden con las manos en la masa. ¿Cuándo he entrado en un piso rompiendo un tragaluz? ¿Se parece esto algo a mi manera de actuar?

—Ellos creen que tus socios son unos chapuceros. De todos modos tienen una prueba que te queda como un guante.

—¿A qué te refieres?

—A esto.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y, cogiéndolo con el pulgar y el índice, sacó un guante Playtex Vivo, aunque, por la manera en que se bamboleaba, se diría que estaba muerto.

Le faltaba la palma.

—¿Esa es tu prueba?

—Su prueba, no la mía. Está en tus antecedentes, Bern: «Lleva guantes de goma exentos de palmas». Me gusta la palabreja «exentos»... Lo único que significa es que les recortas las palmas, pero, claro, si no lo dicen de la manera más complicada no se quedan tranquilos.

—Por amor de Dios —exclamé—. ¿Dónde lo han encontrado?

—Justo fuera de la casa de los Colcannon. Tienen un jardín a la salida, y allí lo han encontrado.

—¿Puedo verlo?

—Es una prueba.

—También lo era el zapato de cristal —dije cogiéndole el guante de la mano—. Y yo debo de ser una de las hermanas feas de Cenicienta, porque el guante no es de mi talla. Ni siquiera puedo meter la mano. Estos guantes los hacen por tallas, Ray, y esta no es la mía.

Ray miró el guante fijamente.

—¿Sabes qué? Creo que tienes razón.

Le devolví el guante.

—Que no se te pierda. Podrías decirles que el guante es de la talla equivocada, así podrán buscar un ladrón chapucero de manos pequeñas.

—Lo haré. ¿Vas a volver a la tienda ahora? Te llevo.

—¿Forma parte del servicio?

—Coño, me viene de camino, eso es todo.

Esta vez fui en un coche sin distintivos. Charlamos sobre el nuevo base de los Mets, la inminente huelga de basureros y la reorganización de la oficina del fiscal del distrito de Queens. Los policías y los ladrones siempre tienen mucho de qué hablar una vez han logrado superar el antagonismo básico que distingue su relación. Los dos colectivos tienen más cosas en común de lo que a los miembros de cualquiera de ellos nos gustaría admitir. Phil y Dan difícilmente habrían podido parecerse menos a un par de polis, pero sí a un par de ladrones, como me lo había parecido a mí al verlos entrar en mi tienda.

Ray me dejó delante de Barnegat Books, me dijo que me cuidara, me guiñó un ojo y se alejó. Empecé a abrir, pero me volví para ver si se había ido y dije qué demonios para mis adentros, y luego volví a echar los cerrojos que había abierto. Tenía cosas que hacer más importantes que vender libros.

Yo no formaba parte de la banda que había matado a Wanda Colcannon. Su marido no sólo no me había identificado, sino que había dado una respuesta negativa clara y firme durante la ronda de reconocimiento. Si el guante de goma era todo lo que tenían, la prueba de la que me habían hablado era una ridiculez.

Pero Richler seguía pensando que yo estaba involucrado en el asunto. Y había algo más, algo curioso en lo que había reparado justo al llegar a la librería. Ray Kirschmann también lo pensaba.

Carolyn y yo solemos comer juntos. Los lunes y los miércoles compro alguna cosa y comemos en la Casa del Caniche. Los martes y los jueves es ella quien lleva la comida a la librería. Los viernes vamos a algún restaurante étnico y económico y nos jugamos la cuenta a cara y cruz. Naturalmente, todo esto está sujeto a cambios si surgen imprevistos; Carolyn debió de adivinar que esta era precisamente la situación. Era miércoles, de modo que debería de haberse ido a alguna parte al ver que eran las doce y yo no aparecía. La Casa del Caniche estaba cerrada, y de la puerta colgaba un cartel de cartón en el que se leía: «Volveré a:» y debajo había unas manecillas de reloj que indicaban la una y media.

Miré en la cafetería de la esquina de Broadway, pero no la vi. En la pared del fondo había un teléfono público, pero me pareció poco discreto. Recorrí una manzana y miré en el establecimiento que servía *falafels*. Tampoco se encontraba allí, aunque el teléfono público ofrecía mayor intimidad. Pedí una taza de café y un sándwich de *hummus*. No tenía mucha hambre, pero no había comido nada en todo el día excepto el bollo del desayuno. Comí la mayor parte del sándwich, me bebí el café y me aseguré de que me daban alguna moneda de diez centavos con el cambio.

La primera persona a quien llamé fue Abel Cornejo. El *Post* ya había salido, y no tenía que abrirlo para saber que Wanda Colcannon ocupaba toda la página tres. Su asesinato podría incluso ser merecedor de la primera plana, a menos que alguna noticia más urgente le hubiera quitado el sitio, como por ejemplo la prevista invasión de unas abejas asesinas procedentes de Sudamérica. (En una ocasión, durante el exagerado asunto del hijo de Sam, la primera plana había sido dedicada íntegramente a una foto de David Berkowitz dormido en su celda. «¡Sam duerme!», rezaba el llamativo titular).

En cualquier caso, todo el mundo debía de estar al tanto del asesinato en aquel momento y era evidente que Abel acabaría enterándose. Aunque cualquier objeto robado por un valor de seis cifras es lo bastante apetecible para calentarle a uno la cabeza, lo cierto es que la bofia nunca se ha quedado de brazos cruzados ante un homicidio. Abel no estaría nada contento. Yo no podía darle ninguna satisfacción, pero al menos podría asegurarle que Carolyn y yo éramos ladrones, no asesinos.

Dejé que el teléfono sonara doce veces. Cuando recuperé la moneda de diez centavos, aguardé un minuto y volví a marcar. A veces uno se equivoca en alguna cifra, y a veces la compañía de teléfonos no se porta como debe.

No obtuve respuesta. Había marcado el número de memoria y no tenía una guía telefónica a mano para comprobarlo, por lo que llamé a Información para que lo comprobara por mí. No me había equivocado, pero llamé una vez más para cerciorarme. Finalmente me di por vencido. Quizá Abel había salido para vender la

moneda. Quizá estaba en su pastelería favorita de la calle 72 Oeste, comprando todo lo que hubiese a la vista. Quizá estaba durmiendo una siesta con el audio del teléfono desconectado.

Llamé de nuevo a información y pedí el número de la galería El Estrecho, en West Broadway, Soho. El teléfono sonó cuatro veces, el tiempo suficiente para llegar a la conclusión de que aquella tarde estaba condenado a permanecer incomunicado. Entonces contestó Denise Raphaelson, con la voz gangosa por la descomunal cantidad de cigarrillos que fumaba al día.

—Hola —dije—. ¿Estás preparada para salir a cenar esta noche?

—¿Bernie?

—¿Sí?

Se produjo un silencio.

—Estoy un tanto confusa —dijo finalmente—. No sé ni el tiempo que llevo pintando; creo que los vapores se me están subiendo a la cabeza. ¿Habíamos quedado para cenar esta noche?

—Pues sí... Quedamos aunque sin concretar mucho, como de pasada. Muy de pasada, supongo, si no te acuerdas.

—Debería anotar este tipo de cosas, pero al final nunca lo hago. Lo siento, Bernie.

—Si tienes otros planes...

—Me parece que no. Aunque si puedo olvidarme de que tenía una cita para cenar contigo, puedo olvidarme de otras cosas con la misma facilidad. Si no recuerdo mal, he organizado una fiesta para esta noche. Vendrán Truman y Gore, y Hilton quería echar un vistazo a mi último cuadro antes de escribir su columna del *Times* del domingo. Andy me ha dicho que si Marlene está en la ciudad vendrá con ella. ¿Cómo se sentirán las personas a las que la gente conoce sin necesidad de preguntarles cuál es su apellido? Apuesto a que si yo fuera Jackie todavía tendría que enseñar el carnet de conducir para que me aceptaran un cheque en D'Agostino's.

Las divagaciones telefónicas son la especialidad de Denise. Nos habíamos conocido por teléfono en una ocasión en que yo intentaba encontrar a un artista del que sólo sabía el apellido. Ella me había dicho cómo hacerlo, y una cosa había conducido a otra, que es lo que suele ocurrir en tales ocasiones. Desde entonces nos hemos visto alguna que otra vez y todo ha seguido siendo sumamente desenfadado y superficial, que no es lo peor que se puede decir acerca de las relaciones personales.

—Lo que debería haber hecho —decía ella en aquel momento— es fingir. Cuando me has preguntado si teníamos una cita para cenar esta noche debería haber dicho sí y seguir como si nada. Es una pena que no tome drogas. Así podría atribuir esta pereza mental al último porro que me hubiera fumado. ¿Si te digo que se debe a los vapores de la pintura me creerás?

—Claro.

—Bien, sólo porque no logre acordarme de nuestra cita no voy a dejar de acudir a ella. ¿Habíamos quedado en algún sitio?

—Pues no.

—¿Quedamos entonces?

—¿Por qué no paso por tu casa a eso de las siete y media?

—Eso, ¿por qué no?

—Creo que lo haré.

—Creo que deberías. ¿Quieres que cocine alguna cosa?

—¿Por qué no salimos?

—Esto pinta cada vez mejor. Es posible que para entonces ya haya acabado este cuadro y puedas verlo. Aunque también es posible que no lo haya acabado y no puedas verlo... «Bernie a las siete y media». Ya lo tengo apuntado. Ahora ya no puedo olvidarme.

—Confío en ti, Denise.

—¿Me pongo algo especial?

—Sólo un vestido bonito y una sonrisa.

—Vale.

Volví a llamar a Abel y cuando el teléfono hubo sonado doce veces me di por vencido. Para entonces ya era la una y media. Regresé a la Casa del Caniche y encontré a Carolyn haciendo tiempo a la espera de que llegara el próximo cliente.

—Dichosos los ojos que te ven —dijo—. Como no venías fui a buscarte, pero la librería estaba cerrada y pensé que habías salido a comprar la comida; volví aquí a esperarte, pero como seguías sin aparecer te mandé a la porra y me fui a comer.

—No has ido a la cafetería —respondí—, y tampoco a Mamoun's.

—Fui a comer un poco de curry. He pensado que algo de comida muy picante neutralizaría todo el azúcar que ingerí anoche. ¡Dios mío, qué mañana he pasado!

—¿Mala?

—Tenía la cabeza como el balón con el que jugó Pelé su último partido. ¿Tienes idea de lo que significa lidiar con un schnauzer gigante en medio de una resaca de azúcar?

—No.

—Pues puedes considerarte afortunado. Así que has ido a la cafetería y a Mamoun... ¿Has estado buscándome o qué?

—Más o menos.

—¿Por algún motivo especial?

No me apetecía fastidiarle el día, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Sólo quería decirte que se te ha perdido un guante —dije—. Uno de los de

goma con la palma recortada.

—Hijo de perra.

—¿No te acuerdas que ibas a dejar de decir eso? Ibas a empezar a decir «cachorro de perro» porque «hijo de perra» es sexista.

—Mierda. Me di cuenta de que me faltaba anoche, cuando vacié los bolsillos. Tiré el que tenía, pero el otro no logré encontrarlo. Le estuve dando vueltas al asunto y al final decidí no decírtelo. ¿Cómo te has enterado? ¿Qué has estado haciendo, mirando en mi cubo de la basura?

—Siempre miro en tu cubo de la basura. Al principio era una perversión, pero ha acabado convirtiéndose en un pasatiempo.

—Suele ocurrir.

—Pero esta vez no he mirado en tu cubo de la basura. Se te cayó en el jardín, por si te interesa saberlo.

—¿De veras? Por Dios, deberían encerrarme por esto. ¿Cómo te has enterado? No habrás vuelto a la casa, ¿verdad? No, por supuesto que no.

—Alguien me ha enseñado el guante.

—¿Pero quién puede...? —Se hizo la luz y su cara se ensombreció—: ¡Oh, mierda! —exclamó—. La poli.

—Exacto.

—¿Te han arrestado?

—No de manera oficial.

—¿Qué ha sucedido?

—Me han dejado libre. Tengo las manos más grandes que tú. No me entraban en el guante. Y Herbert Colcannon no me ha reconocido.

—¿Por qué habría de reconocerte? Si no te conoce...

—Exacto. Apuesto a que no has leído el periódico durante la comida.

—He leído el *Times*. ¿Por qué?

—Es algo complicado —dije—, pero importante. Será mejor que te lo cuente todo.

El teléfono sonó en un par de ocasiones mientras se lo contaba. Carolyn conectó el contestador automático y dejó que las personas que llamaban grabaran sus mensajes. En una ocasión fuimos interrumpidos por un hombre de ojos tristes. Saltaba a la vista que llevaba un peluquín; si su perro se le parecía, probablemente se trataría de un basset.

Cuando hube terminado, Carolyn meneó la cabeza.

—No sé qué decir —dijo—. Lamento lo del guante, Bern. No sabes lo mal que me siento.

—Son cosas que ocurren...

—Pensaba que te serviría de ayuda y mira lo que ha pasado. Es como si hubiera

dejado un rastro de migas de pan.

—Los pájaros se las habrían comido.

—Y que lo digas... No puedo creerme que Wanda Flandres Colcannon esté muerta. No me lo puedo creer.

—Te lo creerías si vieres la fotografía.

Se estremeció e hizo una mueca.

—Robar es divertido —añadió—, pero el asesinato...

—Lo sé.

—No entiendo cómo pudo pasar. Los otros ladrones, los chapuceros, llegaron antes que nosotros.

—Exacto.

—Y pusieron la casa patas arriba, robaron Dios sabe qué y se largaron.

—Exacto.

—¿Y luego regresaron? ¿Por qué? ¿No me irás a decir que es verdad eso de que los criminales vuelven al lugar del crimen?

—Sólo para cometer otro crimen. Recuerda, nosotros no sabíamos que los Colcannon planeaban dejar a *Astrid* sola en Pensilvania. Pensábamos que iban a quedarse a pasar la noche.

—También lamento eso.

—No tienes por qué. No lo sabías. Lo que importa es que probablemente los otros ladrones partieron de la misma base. Supongamos que cogieron del piso todo lo que pudieron y luego decidieron intentar una vez más abrir la caja de seguridad. Tenían tiempo para ir a buscar un soplete o un taladro. Puede que la primera vez no trajeran el equipo apropiado porque no sabían que había una caja de seguridad; sin embargo, si tenían tiempo para ir por el soplete y toda la noche para tratar de abrir la caja de seguridad, ¿por qué no habrían de probar suerte?

—Entonces los Colcannon abrieron la puerta y les cogieron con las manos en la masa.

—Evidentemente.

—Si así fue, ¿no sería lógico que los ladrones les obligaran a decirles la combinación de la caja de seguridad?

—Es probable. A menos que ya la hubieran abierto.

—Si ya la habían abierto, ¿qué les retuvo en la casa?

—Nada. Los Colcannon entraron justo cuando los ladrones se disponían a salir.

—¿No sería más lógico que hubiesen salido por donde habían entrado: por el tragaluz?

—Tienes razón —dije. Fruncí el entrecejo—. De todos modos, hay otra posibilidad: puede que haya una tercera banda de ladrones.

—¿Una tercera banda? ¿Cuánta gente sabía que ese jodido perro se iba a

Pensilvania a echar un polvo?

—Quizá estos no eran unos ladrones de verdad —sugerí—. Quizá fuesen unos chavales o unos drogatas que andaban merodeando por los tejados atentos a la ocasión de robar algo. Puede que vieran el tragaluz roto y bajaran a echar un vistazo. En la casa todavía quedaba un buen número de cosas que un aficionado podía robar. ¿Te acuerdas de la radio? De esa radio se puede sacar suficiente dinero para comprar una bolsa de heroína.

—Había al menos un televisor. Y también varios aparatos de alta fidelidad en la primera planta.

—¿Ves lo que quiero decir? Un montón de cosas apetitosas para un ladrón de poca monta. Pero no había mucho dinero, y a veces los ladrones aficionados se toman ese tipo de cosas como algo personal. ¿Sabías que muchos atracadores dan palizas a las personas que no llevan dinero encima?

—He oído hablar de eso.

—Pues bien, hay una clase de ladrones de casas para los que eso es una ofensa. No me extrañaría que un par de matones hubieran entrado por el tragaluz roto y, tras coger una radio y un televisor portátil, hubiesen decidido esperar a que volvieran los dueños para robarles el dinero. —Seguí pensando en aquella posibilidad, pero luego lo dejé y me encogí de hombros—. En realidad da igual. Es posible que tenga que pasarme la próxima semana mirando por encima del hombro para ver si me sigue algún poli, pero a fin de cuentas estamos fuera de peligro, ya que van a coger a los tipos que lo han hecho. Por culpa del asesinato va a estar todo infestado de polis. Richler tiene razón: según él, alguien se va a ir de la lengua en un bar y otra persona va a oírlo por casualidad. Así es como suelen ocurrir estas cosas y como suele resolverse la mayoría de crímenes.

—¿Así que en tu opinión estamos fuera de peligro?

—Claro. Colcannon puede identificar a los hombres que han asesinado a su esposa. Ya ha quedado demostrado que a mí no puede identificarme. Lo único que tienen que me señale es un guante de goma, pero el guante no es de mi talla. Si alguien tenía que perder el jodido guante, me alegro de que fueras tú.

—Ojalá eso me hiciera sentir más tranquila.

—Tienes que mirar el lado positivo. Recuerda además que Colcannon no ha sido asesinado. Si los ladrones hubieran sabido que Wanda estaba muerta, probablemente también le habrían asesinado, y yo no habría tenido a nadie que me sacara del apuro.

—No me había parado a pensar eso.

—Yo sí. —Cogí el teléfono de su escritorio—. En cualquier caso, será mejor que llame a Abel.

—¿Por qué?

—Para decirle que no hemos matado a nadie.

—Eso ya lo sabe, ¿no crees? Es una pena que ninguno de los dos se haya molestado en leer el *Post*. ¿No crees que pondrá a qué hora la mataron?

—Es probable.

—Pues bien, nosotros llegamos a casa de Abel a eso de las once y media. Eran las doce y siete minutos cuando comparó la hora del Piaget con la de tu reloj. Y ya eran pasadas las doce cuando los Colcannon sorprendieron a los ladrones, de modo que Abel no tiene motivo para pensar que fuimos nosotros.

—Dios mío —exclamé—. Abel es nuestra coartada.

—Exacto.

—Ruego a Dios que no tengamos que pedirle ayuda. Imagínate que tuvieras que impugnar una acusación de asesinato insistiendo en que te encontrabas con un perista intentando deshacerte de los objetos que le habías sustraído previamente a la víctima.

—Puestas así las cosas, suena realmente extraño.

—Lo sé. —Empecé a marcar el número—. De todos modos voy a ponerle al corriente de la situación. Es posible que no se haya fijado en la hora y crea que nosotros somos los asesinos de la mujer, y eso es algo que prefiero evitar.

—¿Se negaría entonces a vender la moneda?

—¿Por qué habría de hacer algo así?

—Si fuéramos los asesinos...

No contestaban al teléfono. Insistí.

—Abel es un perista —dije—, no un juez. Además, no fuimos nosotros, y me creerá si se lo digo. Si es que decide coger el puñetero teléfono alguna vez.

Colgué. Carolyn frunció el entrecejo y dijo:

—Wanda está muerta, pero nada ha cambiado. Abel venderá la moneda en unos días o unos meses y nosotros recibiremos nuestra parte como si nada le hubiera sucedido a ella.

—En efecto.

—Pues no encaja, no sé por qué.

—Nosotros no la matamos, Carolyn.

—Ya lo sé.

—Ni hicimos nada que causara su muerte.

—Eso también lo sé. Fueron otros, alguien que no tiene ninguna relación con nosotros. Todo eso lo entiendo, Bern. Lo que pasa es que tengo una sensación extraña, eso es todo. ¿Cuánto crees que vamos a sacar?

—¿Mmm?

—Por la moneda.

—Oh... No lo sé.

—¿Cómo vamos a enterarnos del precio por el que la venda?

—Nos lo dirá él.

—Crees que no nos engañará, ¿verdad?

—¿Abel? Es posible...

—¿En serio?

—Bueno, se dedica a receptar objetos robados —dije—. Supongo que en el transcurso de su larga vida habrá contado un par de mentiras, así que no creo que contar otra le suponga un dilema moral. Además se trata de la mentira más fácil de contar, ya que no hay forma de que nosotros nos enteremos de la verdad.

—¿Entonces cómo podemos confiar en él?

—En cierto modo me temo que no podemos. Al menos en el sentido de confiar en que sea totalmente sincero. Si tiene suerte y vende el *Nickel-V* por, digamos, medio millón de dólares, supongo que nos dirá que ha conseguido doscientos mil dólares. Nosotros nos llevaríamos la mitad, de modo que nos habría birlado una buena suma. Pero si así fuera, ¿tendríamos realmente motivos de queja? A mí me resultaría difícil sentir indignación si la parte que me llevo al final de una noche de trabajo es de cincuenta mil dólares.

—¿Y si nos dice que la ha vendido por cincuenta mil dólares? ¿Qué ocurrirá entonces?

—Entonces es probable que sea verdad. En mi opinión, nos engañará si logra vender la moneda por un precio elevado y será sincero si la vende por un precio bajo. Creo que podemos tener la certeza de que nuestra parte no estará por debajo de los diecisiete mil quinientos dólares, ya que, si ayer nos ofreció esa misma cantidad en efectivo, se asegurará de que nos llevemos una cantidad mayor tras la espera. A menos que la moneda resulte falsa.

—¿Es una posibilidad real?

—No. La moneda es auténtica. Creo que acabaremos repartiéndonos cincuenta mil dólares.

—Dios Santo... ¿Y todo lo que tenemos que hacer es esperar sentados?

—En efecto. ¿Qué les dice el oficial alemán a los prisioneros de guerra en las películas?: «Amigo, para ti la guerra ha terminado». Creo que voy a celebrar el final de la guerra abriendo la librería durante un par de horas. ¿Vas a hacer algo especial esta noche?

—Probablemente iré de bares, como siempre. ¿Por qué? ¿Quieres ir a cenar?

—No puedo. Tengo una cita.

—¿Con alguien que yo conozca?

—Con Denise.

—¿La pintora? ¿La que no sabe mantener la boca cerrada?

—Tiene un ingenio muy vivo y un sentido del humor muy mordaz.

—Si tú lo dices, Bern.

—¿Acaso critico yo tu gusto con las mujeres?

—A veces.

—Casi nunca —dije levantándome—. Voy a vender unos cuantos libros. Te llamaré más tarde si me entero de algo. Pásatelo bien en los bares de lesbianas.

—Esa es mi intención —contestó ella—. Recuerdos a Denise.

Denise Raphaelson es delgada y de piernas largas, por mucho que Carolyn insista en calificarla de huesuda y desgarbada. Tiene el pelo castaño oscuro, rizado y cortado a media altura, y la tez blanca salpicada con discretas pecas. Sus ojos gris azulado son de artista, siempre midiendo, evaluando y viendo el mundo como una serie de rectángulos enmarcados.

Había un sinfín de rectángulos, aunque sin enmarcar, en las paredes de la galería El Estrecho que era donde ella vivía y trabajaba. La galería se encuentra en el segundo piso de un edificio abuhardillado situado en el West Broadway entre Grand y Broome y recibe su nombre de la insólita forma de su desván, que tiene el fondo estrecho y la parte delantera más ancha. Una vez instalada en él Denise se enteró de que «estrecho» es un término despectivo que los irlandeses emplean para referirse a los parientes que han emigrado a Estados Unidos. Nadie ha conseguido todavía explicarle el significado del término, si bien las conjeturas en torno al tema han dado pie a un buen número de conversaciones de borrachos en el bar de Broome Street.

Miré un par de cuadros que Denise había pintado desde la última vez que había subido al desván y también el que la había mantenido ocupada aquel día. Cambié un par de palabras con Jared, el genio de doce años de edad que tenía por hijo, y le di la pila de novelas de ciencia ficción de bolsillo que le había reservado en la librería. (No despacho libros de bolsillo en la librería; los que me llegan los vendo al por mayor a una tienda especializada en ese formato). Tuve la impresión de que a Jared le hacía ilusión lo que le traía, sobre todo una de las primeras novelas de Chip Delaney, que hacía tiempo que quería leer, y mantuve con él el tipo de conversación artificial que uno mantiene con el hijo precoz y enteradillo de la mujer con la que uno se acuesta de vez en cuando.

Había pasado por casa para afeitarme y cambiarme de ropa antes de bajar al Soho. Me había calzado nuevamente los Weejun, y el Levi's y la camisa de franela que me había puesto me daban un aire de comodidad y desenfado. Denise llevaba un jersey de cuello vuelto color lima y un vaquero de esos que cuestan cuarenta dólares y exhiben el autógrafo de un famoso en uno de los bolsillos traseros. ¿Quién se acuerda ahora de cuando la ropa tenía las etiquetas por la parte interior?

Tras beber un vaso de vino en la galería, fuimos al restaurante etíope que hay en Tribeca, donde uno lleva su propio vino y come unos platos de nombre impronunciable asumiendo el consabido riesgo. Llevamos un rosado para comprobar si realmente va bien con todo y lo comprobamos, aunque no se puede decir que quedáramos muy satisfechos. Nuestros platos (yo había pedido pollo y ella cordero) estaban condimentados de forma idéntica y eran lo bastante picantes para levantar ampollas en una pared pintada. Los servían acompañados de un disco de pan

esponjoso del tamaño de una pizza pequeña; teníamos que arrancar trozos de aquella pegajosa masa para llevarnos a la boca raciones de la picante manduca. En nombre de la autenticidad étnica, un montón de neoyorquinos están volviendo a aprender los modales de mesa que gastan los niños maleducados.

Cuando salimos del restaurante (sin detenernos ni un segundo para lamentarlo), dimos un paseo y acabamos escuchando un trío de jazz en Wooster Street. Allí bebimos un par de *whiskys*, Denise se liquidó todo un paquete de Virginia Slims y yo llamé a Abel en un par de ocasiones. Luego echamos a andar en dirección norte y al cabo de un rato llegamos al Village Corner para ver la actuación de las diez de Lance Hayward. Denise lo conoce, por lo que cuando acabó la actuación fuimos a charlar con él y nos enteramos de que en un bar recientemente abierto en mi barrio tocaba un pianista que no podíamos perdernos por nada del mundo. Volví a marcar el número de Abel y nos tomamos una copa rápida con Lance (a estas alturas ya apestábamos a alcohol) antes de coger un taxi.

El nuevo bar estaba en Columbus Avenue, a la altura de los ochenta, y el pianista era un chaval negro cuyo estilo no dejaba de recordarme a un disco de Lennie Tristano que hacía años que no escuchaba. Nos marchamos cuando acabó la actuación y fuimos a mi piso en taxi, donde desenterré el disco en cuestión y lo puse. Nos bebimos la última copa, arrojamos la ropa al suelo y saltamos a la cama.

Denise no me pareció desgarbada y huesuda, sino más bien cálida, suave, rápida y ansiosa; las excéntricas armonías y el insólito ritmo de la música no interfirió en el placer que obtuvimos el uno del otro. Si acaso, introdujo un curioso y precario aire de apremiante atonalidad en nuestra relación sexual.

El brazo del tocadiscos acababa de caer sobre el disco para que sonara por tercera vez cuando Denise bostezó, se estiró y alargó el brazo para coger el inevitable cigarrillo. Lo encendió y dijo que se iba a casa.

—¿Por qué no te quedas? —sugerí.

—No le he dicho nada a Jared. Creí que íbamos a acabar en mi casa.

—¿Y si no estás allí cuando se despierte qué ocurre?

—Pensaré que estoy aquí, lo cual no tiene la menor importancia, pero si lo hubiera sabido le habría llamado antes. Le llamaría ahora si no estuviese dormido.

Pensé en llamar a Abel una vez más, pero habría tenido que moverme para hacerlo.

—Creo que me quedaré —dijo Denise tras un momento de reflexión—. ¿Te importa si cambio el disco?

—En absoluto.

Se agachó delante de la estantería de los discos, dirigiendo su desnudo trasero hacia donde yo estaba de una manera encantadora. ¿Huesuda? ¿Desgarbada? Pero bueno...

Cuando volvió a la cama la abracé y le dije que me alegraba de que se quedara.

—Yo también —dijo ella.

—Antes has dicho que anoche fuiste al cine.

—Exacto. Fui con mi hijo a ver la última de Woody Allen.

—Y a ti te encantó pero a él le pareció superficial.

—Sí, eso es lo que dijo el muy listillo...

—¿Hiciste algo después?

Denise se dio media vuelta y me miró:

—Fuimos a bailar un rato —contestó—, pero no nos enrollamos mucho... ¿Qué importancia tiene?

—Fuisteis al cine y luego tú y Jared volvisteis a casa y os quedasteis allí.

—Exacto, aunque nos detuvimos en el camino para comprar helado de yogurt. ¿Por qué?

—¿Cuándo se fue él a la cama?

—A eso de las once, quizá algo más tarde.

—No será necesario —añadí—, pero si lo es, anoche estuve en tu casa. Llegué a las doce aproximadamente, después de que el chico se acostara, y me fui a primera hora de la mañana.

—Ya veo.

—¿Qué ves?

Se sentó y encendió otro Virginia Slim.

—Ya veo por qué me has llamado esta tarde.

—No es lo que piensas...

—¿Cómo que no? Anoche fuiste a robar la casa de alguien y necesitas una coartada, y la persona premiada ha sido Denise. Creí que habías dejado de robar; me juraste que lo habías dejado, aunque, claro, ¿qué valor tiene la palabra de un ladrón? La buena de Denise... Sácala a cenar, hazle beber unas copas, llévala a unos cuantos bares donde toquen jazz y échale un amistoso polvo...

—Denise, por favor...

—¿No es así más o menos como ha sido todo?

Por Dios, ¿por qué lo habría sacado a colación? Parece como si fuera incapaz de cerrar la boca en el momento adecuado.

—Te equivocas —respondí—, aunque posiblemente estés demasiado enfadada para oír una explicación. Te he llamado porque teníamos una cita esta noche. —La mejor defensa es el ataque, ¿no es así?—. No me culpes por tu mala memoria. Yo no tengo remedio para eso.

—Yo no...

—Es cierto que he dejado de robar y, aunque no estoy metido exactamente en un lío, alguien cometió un crimen anoche y usó el tipo de guantes que yo solía utilizar.

La policía ha encontrado uno en el lugar del delito y piensa que yo estoy metido en el asunto. Da la casualidad de que no tengo una coartada porque resulta que pasé la noche solo. ¿Cómo iba a saber que me iba a hacer falta una coartada? Cuando uno no comete actos delictivos no se molesta en preparar una coartada de antemano.

—¿Y todo lo que hiciste fue quedarte en casa delante del televisor?

—A decir verdad estuve leyendo a Spinoza.

—Supongo que nadie se inventaría algo así, excepto tú. —Me clavó su mirada de artista y añadió—: No sé en qué medida puedo fiarme de tu palabra. ¿Dónde se cometió el robo? Oh, un momento. ¿No será el robo al que se refería el periódico? ¿El de esa pobre mujer de Chelsea?

—Ese mismo.

—Tú no lo hiciste, ¿verdad, Bernie? —Sus ojos escudriñaron los míos. Entonces cogió una de mis manos entre las suyas y me miró los dedos—. No —dijo, más para sí misma que para mí—. Eres una persona demasiado pacífica. Tú no podrías matar a nadie.

—Por supuesto que no.

—Te creo. ¿Y dices que han encontrado un guante? ¿Significa eso que estás metido en un lío?

—Probablemente no. Lo más seguro es que pillen a los tipos que lo hicieron en un par de días. Pero he pensado que mientras tanto no estaría de más que alguien respaldara mi historia, por si alguien quisiera echarla por tierra.

Me preguntó qué historia les había contado y yo le repetí la conversación que había mantenido con Richler.

—Entonces no les has dicho mi nombre —dijo ella—. Menos mal. De ese modo no me veré envuelta a menos que te sigan molestando y necesites mi respaldo.

—Exacto.

—¿Por qué no les has contado la verdad? ¿Por qué no has dicho que estuviste en casa viendo la televisión?

—Suelo mentir a la poli.

—¿Ah, sí?

—Es la fuerza de la costumbre.

—Entiendo.

Se dio media vuelta para apagar la colilla en el cenicero de la mesilla de noche. En aquella posición la curva que describían sus pechos resultaba especialmente atractiva, de modo que extendí una mano y la acaricié. ¿Huesuda? ¿Desgarbada?

—Tengo la sensación de que me estás manipulando —dijo perezosamente—. Y de que me has engañado un poco.

—Quizá un poquito —confesé.

—Bueno, nadie es perfecto.

—Esa es la opinión más extendida.

—Y yo tengo un poquitín de sueño y estoy cachondísima. ¿No te parece divino Duke Ellington? ¿Por qué no me robas un buen beso como el buen ladrón que eres?

—Dios sabe a dónde podría conducir eso.

—No es el único que lo sabe.

Me desperté a las siete para que Denise pudiera salir. Tengo varias cerraduras en la puerta aparte del cerrojo de seguridad, y las estaba pasando canutas con ellas. Abrí la puerta y le dije que la llamaría, a lo que ella me contestó que sería todo un detalle. A continuación nos dimos uno de esos conatos de besos que se dan dos personas cuando al menos una de las dos no se ha cepillado los dientes recientemente.

Cuando salió cerré la puerta con llave y fui al cuarto de baño, donde me cepillé los dientes y me tragué un par de aspirinas. Pensé en desayunar, me lo pensé dos veces y tomé la decisión de echarme durante un minuto para que las aspirinas surtieran efecto.

No sé el tiempo que transcurrió, pero cuando me desperté alguien estaba aporreando la puerta. Al principio pensé que sería Denise, que regresaba por algo que había olvidado. Pero no parecía ella. Ni tampoco la señora Hesch, mi única amiga en aquella casa de desalmados. La señora Hesch me llama de vez en cuando para invitarme a una taza de café de primera calidad y despotricar contra el administrador del edificio por ser incapaz de mantener las lavadoras y secadoras en buen estado. Pero la señora Hesch es una mujeruca y no tiene costumbre de aporrear puertas.

Y vuelta a aporrear. Ya estaba de pie y parte de la niebla que me ofuscaba la mente había empezado a levantarse. Era la poli, por supuesto, como comprendí en cuanto me despabilé lo suficiente para ser capaz de comprender algo. Ninguna persona llama a la puerta de ese modo, como si debieras estar esperándola y tu obligación fuera salir presuroso a recibirla.

Me acerqué a la puerta y pregunté quién era.

—Santa Claus no, desde luego —dijo una voz reconocible—. Abre, Bern.

—Mierda...

—¿Qué clase de actitud es esa?

—Has escogido un mal momento —dije—. ¿Por qué no quedamos en el vestíbulo dentro de cinco minutos?

—¿Por qué no abres la puerta en diez segundos?

—Es que no estoy vestido —insistí.

—¿Y?

—Necesito un minuto.

¿Qué hora era? Encontré mi reloj y vi que eran las nueve y unos minutos, lo cual significaba que iba a llegar tarde para abrir la librería. Como consecuencia iba a dejar de vender unos cuantos libros de a tres por dólar, y si bien resulta difícil tomarse eso en serio cuando uno acaba de robar algo con un valor de seis cifras, hay que mantener las formas.

Me puse algo de ropa, me eché un poco de agua a la cara y abrí una ventana para

ventilar el piso. A continuación abrí todas las cerraduras por segunda vez en lo que iba de mañana y vi a Ray Kirschmann mirarme con gesto de desaprobación al tiempo que atravesaba pesadamente el umbral de mi puerta.

—Lo que hay que ver... —dijo—. ¿No crees que tienes bastantes dispositivos de seguridad en la puerta, Bern?

Dispositivos de seguridad. Cualquier persona excepto un poli habría llamado cerraduras a los jodidos chismes.

—Dicen que la seguridad nunca está de más —dije.

—Eso dicen. El cerrojo de seguridad es nuevo, ¿no? ¿Te estás volviendo paranoico con los años?

—Bueno, hemos sufrido una racha de robos en el barrio. En este mismo edificio hemos tenido cuatro o cinco.

—¿Incluso teniendo portero?

—No pertenece exactamente al servicio secreto —respondí—. A todo esto, no he debido de oír su aviso de que subías.

—Le he sugerido que no se molestara. Le he dicho que iba a ponérselo fácil y que iba a subir directamente.

—¿Le has dicho también que eras Santa Claus?

—¿Por qué habría de decirle eso?

—Porque es Santa Claus quien va a ocuparse de él cuando llegue la Navidad. Yo no pienso ponerle ni siquiera carbón en el calcetín.

—Muy gracioso. ¿Has tenido compañía esta noche?

—Eso no te lo ha dicho el portero.

Ray pareció complacido.

—Soy detective —dijo—. Así que lo he detectado. Mira alrededor, Bern. Un cenicero lleno de colillas, y tú no fumas. Dos vasos, uno en cada mesilla. Si se ha escondido en el cuarto de baño, dile que salga a divertirse con nosotros.

—Ya se ha ido a casa, aunque estoy seguro de que agradecería la invitación.

—¿No está aquí?

—No. Si hubieras venido hace un par de horas la habrías visto.

—Bueno, doy gracias a Dios por ello.

—¿Mmm?

—Es que así puedo entrar en el cuarto de baño.

Cuando salió yo estaba bebiendo un vaso de zumo de naranja y me sentía más despierto, aunque no en plena forma.

—Sólo has venido para utilizar el retrete, ¿verdad?

—He venido a verte. No nos vemos con frecuencia.

—Lo sé. Hace una eternidad que no hablamos.

—Parece como si sólo te viera cuando se comete un asesinato... De modo que

has tenido compañía toda la noche, ¿eh? No está mal: dos noches seguidas.

—Anteanoche estuve en su piso.

—La misma señorita.

—Exacto.

—Muy práctico...

—Ray, siempre es un placer verte —dije—, pero me he quedado dormido y se me ha hecho tarde para abrir la librería. Además...

—Los negocios son los negocios, ¿eh?

—Más o menos.

—Claro, no creas que no lo comprendo, Bern. Yo no estaría aquí si tuviera un negocio. Nadie tiene tiempo para las visitas de los amigos, ¿verdad?

—Verdad.

—Entonces he de suponer que tienes una coartada para la noche pasada: la chiquita que se ha fumado todos esos cigarrillos.

—No es tan chiquita, aunque hay quien dice que es desgarbada. De todos modos ya le he contado a Richler todo esto. Revelaré su nombre sólo si es estrictamente necesario, si se hacen acusaciones contra mí y se me ficha, pero mientras tanto...

—Eso fue anteanoche, Bern. El asunto Colcannon. Yo me refiero a anoche.

—¿Qué pasó anoche?

—Dímelo tú. Para ser más exactos, empieza desde el mediodía, desde el momento en que te dejé en la tienda. Cuéntamelo.

—¿Pero qué tiene que ver anoche con nada?

—Tú primero, Bern.

Me escuchó atentamente, y casi pude ver humo salir de su cabeza. El mero hecho de que su integridad esté a la venta no significa que Ray Kirschmann no sea un policía excelente. Por algo será que se le conoce como el mejor poli que se puede comprar con dinero.

—Esto no es una coartada —concluí—, sino lo que hice ayer. Una coartada sólo es posible cuando ha ocurrido algo y uno tiene que probar que no ha sido quien lo ha hecho.

—Exacto.

—¿Qué ha ocurrido?

—Han asesinado a un amigo tuyo. O al menos era un amigo tuyo antes de que te reformaras y cambiaras el robo por los libros.

Sentí un escalofrío. Podría referirse a cualquiera, pero sin que mediara un solo momento de duda supe exactamente a quién se refería.

—Un perista de primera. Lo que los periódicos llamarán «un conocido receptor de objetos robados», aunque más vale que digan «presunto», porque nunca le cogieron por ello. Alguien entró en su piso anoche y lo mató a golpes.

—No eres sospechoso —me aseguró Ray—. Ninguno de los agentes relacionados con el caso se ha parado a pensar en ti. Lo que pasa es que cuando he llegado esta mañana a la comisaría me han dicho lo de Cornejo y la primera persona en quien he pensado has sido tú: Pero si ayer mismo vi a mi viejo amigo Bernie Rhodenbarr, me dije. El hombre que han asesinado resulta que es un viejo amigo suyo, y el punto en común que tienen Cornejo y la mujer de Colcannon es que los dos han muerto de una paliza. Así que se me ha ocurrido que tal vez tú supieras algo. ¿Sabes algo, Bern?

—Nada.

—Vale. ¿Qué sabes aparte de eso?

Íbamos en el mismo coche en que Ray me había llevado un día atrás, y una vez más me estaba llevando a la librería. Le respondí que no había visto a Abel Cornejo desde hacía casi un año cuando una amiga y yo habíamos ido a su casa para contemplar los fuegos artificiales por la ventana de su salón.

—No me extraña que fuerais. Tiene una vista estupenda. De camino a tu piso he pasado por el suyo para ver qué podía ver y lo que he podido ver es la mitad de Jersey por la ventana de su salón. Allí es donde han encontrado su cadáver, en el suelo junto a la ventana, hecho un ovillo. ¿Y dices que no lo veías desde el Cuatro de Julio?

—Puede que habláramos en un par de ocasiones por teléfono, aunque no recientemente. Repito: no lo veía desde julio.

—Ya. Lo que ocurrió anoche fue que una vecina llamó a su puerta a las seis y media de la tarde. Al ver que no respondía, se alarmó y fue a preguntar al conserje, y este le dijo que no recordaba haber visto a Cornejo salir del edificio. Como era un hombre entrado en años, la vecina tuvo miedo de que hubiera sufrido un ataque o una caída o algo por el estilo. Tenía setenta y un años.

—No sabía que fuera tan mayor.

—Pues sí, ni más ni menos que setenta y un años. Así que el conserje subió o, mejor dicho, mandó a alguien que subiera, el ascensorista, un mozo o alguien así, e intentaron abrir la puerta. Sin embargo no consiguieron nada, porque tenía cerraduras de seguridad como las que tú has instalado en tu puerta. Un modelo diferente, del tipo que tiene un pasador corredero.

—Lo sé.

—¿No me digas? ¿Te acuerdas de las cerraduras que tenía en julio del año pasado?

—Pues ahora que lo mencionas, sí. Si tienes en cuenta el negocio en el que andaba metido, lo normal es que me fijara en las cerraduras.

—No me extraña... Lo que hicieron entonces fue aporrear la puerta a ver si obtenían alguna respuesta. Luego llamaron a la comisaría, y allí les dijeron que

mandaban a un agente. Pero ¿qué podía hacer un agente? Con un cerrojo así poco iba a conseguir tratando de forzar la puerta. Finalmente a alguien se le ocurrió la brillante idea de llamar a un cerrajero. Para cuando encontraron a uno que pudiera ir y consiguiera abrir la puerta, debían de ser ya cerca de las diez.

Esa hora debía de ser, en efecto, porque no habría sido mucho antes cuando había llamado yo a su número por última vez. Si hubieran entrado antes, algún poli habría contestado mi llamada.

—Estaban preparados para encontrarse al anciano muerto —prosiguió Ray—. Lo que no esperaban era encontrarlo asesinado.

—¿No hay ninguna duda de que fue un asesinato?

—Ninguna. Eso dijo el forense que fue al lugar del crimen, aunque no hacía falta ser médico para verlo. No fue sólo un coscorrón. Le dieron un buen repaso en la cara y la cabeza.

—Dios...

—Todavía no se sabe con precisión la hora de la muerte, pero fue aproximadamente a primera hora de la tarde de ayer. De modo que pudiste correr hasta allí después de que te dejara en la librería, matar al anciano y volver a toda prisa para abrir. Un pequeño homicidio de sobremesa. El problema es que ese no es tu estilo; los dos lo sabemos, y además me he fijado en la cara que has puesto cuando te he dicho que Cornejo había muerto, Bern. Estoy seguro de que no lo sabías. — Llegamos a un semáforo en la calle Treinta y siete y Ray frenó—. El problema es que es una coincidencia, ¿verdad? Primero lo de la mujer de Colcannon y ahora esto; los dos han recibido un nuevo moldeado en la cabeza y los dos han muerto en menos de veinticuatro horas. Mejor dicho, en algo más de doce horas.

—¿Han desvalijado el piso de Cornejo?

—No lo han puesto patas arriba. Si alguien ha robado algo, no lo parece. Llegué allí cuando los del laboratorio ya se habían ido, pero aun así no parecía muy desordenado. De todos modos es posible que el asesino supiera dónde buscar. ¿Guardaba Cornejo mucho dinero en su piso?

—No lo sé.

—Claro que lo sabes, pero dejémoslo. Quizá se trate de un simple robo con homicidio. Es posible que el asesino obligara al anciano a que le soltase la pasta y luego lo asesinara. O también que se trate de alguien que tuviera una razón para asesinarle, un móvil. ¿Tenía enemigos?

—No que yo sepa.

—Tal vez engañó a alguien y ayer pagara por ello. Vivió una larga vida. Uno puede granjearse muchos enemigos en setenta y un años.

—Era un buen hombre. Comía pasteles y leía a Spinoza.

—Y compraba cosas a las personas que no eran sus dueños.

Me encogí de hombros.

—¿Quién asesinó a la mujer de Colcannon?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—No sé cómo, pero estás relacionado con este asunto, Bern. Y Colcannon está vinculado a Abel Cornejo de alguna manera.

—¿Cómo?

—Es posible que el viejo lo tuviera todo previsto. Es una forma de actuar entre los peristas: eligen un sitio y buscan a un ladrón para que lo limpie. Puede que lo hiciera y luego se enzarzase en una disputa sobre el reparto. Es posible que cuando Wanda Colcannon fue asesinada pensara que tenía que lidiar con demasiados polis y se negara a comprar lo que hubiera robado el ladrón o a pagar el precio estipulado de antemano. Algo así.

—Supongo que es posible.

Estuvimos dándole vueltas hasta que llegamos a la acera de Barnegat Books. Al pasar por delante de la Casa del Caniche, eché un vistazo y pude ver que Carolyn había abierto al público. Empecé a darle las gracias a Ray por haberme llevado, pero él me interrumpió apoyando una pesada mano en mi hombro.

—Sabes más de lo que aparentas.

—Ya sé que es difícil ganarse la vida vendiendo libros usados, pero es imposible si no abres la librería.

—Hay un asesino suelto por ahí —dijo—. Más te valdría recordarlo. Ha matado a la mujer de Colcannon y a Abel Cornejo, lo cual, en mi opinión, lo convierte en un peligroso hijoputa.

—¿Y?

—Pues que vamos a cogerlo antes de que pase mucho tiempo. Mientras tanto, no hay que olvidar que todo lo que le robaron a Colcannon está flotando por ahí, y vete tú a saber si no habrá algo más a lo que se le pueda echar la mano... Tú siempre has tenido dedos muy largos, Bern.

—No sé a dónde quieres ir a parar.

—Claro, ¿cómo ibas a saberlo? Te sugeriré un par de cosas: si sabes quién es el asesino o si te llega un soplo, yo soy la persona con la que tienes que hablar. ¿Entendido?

—Entendido.

—Me gustaría encerrar a ese malnacido. Cornejo era un anciano afable y caballeroso. Aunque las dos veces que traté con él no logramos llegar a ningún acuerdo, era un caballero y, aún más importante, un hombre generoso. —En otras palabras: no le dolían prendas cuando se trataba de sobornos—. Y una cosa más.

—¿Ah, sí?

—Hay dinero tras todo esto, Bern. No puedo evitarlo, pero sé que está ahí, lo

noto. ¿Sabes a lo que me refiero? Es como si pudiera olerlo, pero no se trata de un olor, sino de algo que siento en el aire. ¿Sabes de qué estoy hablando?

—Sé de qué estás hablando.

—Es como lo que se siente en el aire antes de que empiece a llover... En resumidas cuentas, Bern, si andas por ahí y empieza a lloverte dinero, no te olvides de que tienes un socio.

Carolyn pasó por la librería a las doce y cuarto con una bolsa de comida que había encargado en Mamoun's. Comimos un sándwich de *falafel* cada uno y nos repartimos una ración de pimientos asados. En Mamoun's también preparaban un té de menta muy bueno, y tomamos cada uno una taza. El brebaje te lo ponen con el azúcar incluido, lo cual recordó a Carolyn la resaca de azúcar que había sufrido el día anterior, lo cual a su vez le recordó a Abel. Se preguntó en voz alta qué estaría almorzando: ¿qué deliciosa clase de pastel estaría ingiriendo mientras hablábamos?

—No está comiendo nada —dije.

—¿Cómo lo sabes?

—Está muerto —contesté, y mientras ella me miraba fijamente, le conté lo que había averiguado gracias a Ray Kirschmann.

Él me había pedido que recordara que tenía un socio, y así había sido, pero por algún motivo no había tenido el valor de acercarme a la Casa del Caniche y aguarle el día a Carolyn. Así pues, lo que había hecho había sido abrir la tienda y pasar el tiempo holgazaneando y pensando que se lo diría en cuanto la viera. Pero ella había aparecido con la comida y yo había retrasado el momento de la revelación para que no nos quitara el apetito. Sin embargo, una vez había surgido el tema, se lo había soltado de sopetón.

Ella me escuchó de principio a fin, y según se lo contaba, el ceño se le fue frunciendo cada vez más. Cuando hube terminado, y después de que hubiéramos invertido unos minutos diciéndonos qué gran hombre había sido Abel y lo espantoso que era su asesinato, me preguntó quién lo había hecho.

—No tengo ni idea.

—¿Crees que fueron los mismos que asesinaron a Wanda Colcannon?

—No sé por qué habrían de ser los mismos. La policía no sospecha que haya relación entre el robo de la casa Colcannon y la muerte de Abel. Ray sí, en cambio. Está convencido de que hay un vínculo. Pero lo único que hay en común entre Colcannon y Abel somos nosotros, y nosotros no estamos relacionados con ninguno de los dos asesinatos. Así pues, no hay un verdadero nexo entre la casa de la calle Dieciocho y el piso de Riverside Drive si exceptuamos el hecho de que nosotros cogimos un par de cosas de un lugar y las llevamos al otro.

—Tal vez ese sea el nexo.

—¿La moneda?

Ella asintió.

—Doce horas después de que se la diésemos, Abel estaba muerto. Tal vez le asesinaron por ella.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Quién podía saber que la tenía?

—Alguien a quien intentara vendérsela.

Pensé en ello.

—Quizá. Pongamos que ayer por la mañana se despertó y llamó a alguien para que fuese a su casa y echara un vistazo a la moneda. La persona en cuestión llega, le echa un vistazo y le coge gusto a lo que ve. Es más, en cuanto ve la moneda decide que ha de hacerse con ella.

—Pero no tiene dinero para pagarla.

—Exacto. No tiene dinero, pero ha de hacerse con ella; pierde los estribos y agarra algo contundente. Por ejemplo...

—Vete tú a saber. Un sujetalibros...

Era natural que le hubiera venido aquel objeto a la cabeza, dado el lugar en que se encontraba. En aquel mismo lugar había cogido ella en una ocasión un busto de bronce de Kant que yo había utilizado de sujetalibros en la sección de filosofía y religión para dejarlo caer sobre el cráneo de un asesino que estaba encañonándome con una pistola.

—Es posible que fuera un sujetalibros —dije asintiendo—. Pierde los estribos, le rompe la crisma a Abel con el sujetalibros, se mete el *Nickel-V* en el bolsillo y adiós muy buenas. Por cierto, al salir cierra la puerta con llave.

—¿Mmm?

—La puerta estaba cerrada con llave. ¿Te acuerdas de los cerrojos de seguridad que tenía? El asesino se ocupó de echarlos al salir. Yo suelo echarlos después de cometer un robo, pero ¿qué otra persona conoces que lo haga? ¿A qué apasionado numismático se le ocurriría hacerlo? Es más, ¿qué numismático tendría la habilidad necesaria para ello?

—¿No podría cerrar la puerta con las llaves de Abel?

—Oh —exclamé.

—¿He dicho algo malo, Bern?

—Se me habría ocurrido tarde o temprano —refunfuñé—. No habría tardado un minuto en pensar en ello.

—Lo que pasa es que no estás acostumbrado a la idea de abrir y cerrar puertas con una llave.

—Quizá.

—Sea como sea, es interesante que se le ocurriera hacerlo. La mayoría de la gente saldría al pasillo y se daría por satisfecha cerrando de un portazo.

—Con el pestillo quieres decir.

—Eso, con el pestillo. Pero seguramente quería evitar que descubrieran el cadáver, y como era algo que le preocupaba se tomó la molestia de buscar las llaves

de Abel.

—Tal vez no tuviera que buscarlas.

—Eso da igual.

—Es cierto —dije—. De todos modos, ¿qué importa? Seguimos sin saber nada que no supiéramos antes de empezar a darle vueltas a todo esto, salvo que se trata de alguien bastante listo que no permite que una nimiedad como un asesinato le haga perder los nervios. No encuentro ninguna razón para sospechar de las dos bandas de ladrones que entraron en casa de los Colcannon. Los que llegaron allí antes que nosotros son unos chapuceros. No conocían a Abel y no hubieran sido capaces de entrar en su piso. Evidentemente robaron una tonelada de cosas de la casa de los Colcannon y habrán tenido que vendérsela a algún perista, pero no creo que intentaran emplear los servicios de Abel. Incluso si unos ineptos como ellos lo conocían, él no les habría aceptado los objetos robados. Seguramente se llevaron un cargamento de pieles y plata, todas las cosas que Colcannon no guardaba en la caja de seguridad, y Abel limitaba sus compras fundamentalmente a sellos, monedas y joyas.

—¿Y los que llegaron después de nosotros?

—¿Los que mataron a Wanda Colcannon? Hemos de suponer que entraron simplemente porque el tragaluz roto les pareció una tarjeta de invitación. ¿Qué capricho del destino crees que les pudo llevar hasta Riverside Drive?

—Me parece que hay que descartarlos.

—Sí, a mí también me lo parece. Y también me parece que la poli tendrá que resolver esto por sí sola, porque estoy realmente confundido. Lo único que tenemos hasta el momento es un numismático homicida que cierra con llave al salir. ¿Cuántos tipos así has conocido en tu vida? Supongo que hay que incluirlos en la categoría de los dientes de gallina y el *Nickel-V* de 1913... Lamento que haya muerto, joder. Me caía bien.

—Y a mí.

—Y también lamento que Wanda Colcannon esté muerta, pese a que no la llegara a conocer. Ante todo, lamento que nos hayamos metido en este lío; si de algo me alegro es que estemos a salvo. Creo que ya va siendo hora de que vuelva a abrir mi propia puerta e intente vender algunos libros.

—Será mejor que vuelva yo también. Tengo que bañar un perro.

—¿Nos vemos luego?

—Claro.

Cinco horas más tarde reanudamos nuestra conversación en el Bum Rap, ella con un martini y yo con un *whisky* con agua. La tarde se me había hecho lenta y larga: por la librería había pasado una enorme cantidad de clientes que se habían dedicado a ojear

libros pero no habían comprado nada. En días como ese es imposible estar al tanto de los rateros; estoy seguro de que una joven de aspecto estudioso y pelo lacio se fue de la librería con un ejemplar de *El ser y la nada* de Sartre. Si lo ha leído, supongo que habrá recibido el castigo que se merecía.

—Sólo espero que la policía se dé prisa en pillar a los dos asesinos —le dije a Carolyn—. Por el momento estamos a salvo, y si cierran ambos casos, seguiremos estándolo, lo cual me parece estupendo.

—¿Y si no los cierran?

—Bueno, es cierto que estuvimos en casa de Abel anteanoche, y si llevan a cabo una investigación concienzuda quizá le enseñen mi fotografía al conserje, y es posible que se acuerde de mí. Le he dicho a Ray que no pasaba por casa de Abel desde julio. No hay ninguna ley que impida contar mentiras a un policía, aunque el hecho de contarlas no mejora la impresión que puedan tener de ti. Tengo una coartada, aunque no sé si consistente.

—¿Qué coartada?

—Denise.

—Eso te sirve para anoche, pero nosotros fuimos a casa de Abel anteanoche.

—Denise es mi coartada para ambas noches.

—Espero que lo sepa.

—Ya hemos hablado de ello.

—¿Sabe lo del robo de los Colcannon?

—Sabe que sospechan de mí. Le he dicho que no tengo nada que ver con el asesinato, pero no le he mencionado que casualmente antes había entrado en la casa para robar.

—Porque piensa que lo has dejado.

—Más o menos. Al menos quiere creer que lo he dejado. Dios sabe qué piensan las mujeres.

—Así que la huesuda charlatana es tu coartada. Ya me extrañaba a mí que hubieras quedado con ella anoche.

—Esa no es la razón.

—¿De veras?

—No es la única razón. No sé qué tienes contra Denise. Ella siempre habla bien de ti.

—Anda ya... Pero si no me soporta.

—Bueno...

—No sé qué tipo de coartada puede preparar. No me parece el tipo de persona que mienta convincentemente. Espero que no te haga falta.

—Yo también.

Carolyn hizo una señal para que nos trajeran otra ronda. La camarera nos trajo las

copas a la mesa y, cuando se alejó, sus ojos la siguieron.

—Es nueva —comentó—. ¿Cómo se llama? ¿No te habrás fijado por casualidad?

—Creo recordar que alguien la ha llamado Ángela.

—Bonito nombre.

—Supongo.

—Y es guapa además. ¿No te parece?

—No está mal.

—Probablemente será heterosexual. —Bebió un sorbo de martini y me preguntó —: ¿Tu qué piensas?

—¿De la camarera?

—Sí, de Ángela.

—¿Que qué pienso? ¿Te refieres a si es heterosexual o lesbiana?

—Sí.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Bueno, alguna impresión te habrá causado.

—Pues no. Lo único en que me he fijado es en las canciones que pone en el tocadiscos. Enamórate de ella y te pasarás el resto de la vida escuchando *country*. Acabarás hasta las narices de Barbara Mandrell. ¿Podemos olvidarnos de Ángela por unos segundos?

—Tú seguro que sí. Yo en cambio no sé si puedo...

—Estaba pensando en Abel y en el coleccionista de monedas asesino.

—¿Y?

—Y no me lo creo —dije—. No habría tenido tiempo. Pongamos que Abel se va a la cama nada más irnos nosotros, se levanta a primera hora de la mañana y llama al coleccionista. El sujeto llega a su piso casi de inmediato, lo mata y se va. Así poco más o menos tuvo que ocurrir. El problema es que Abel no hacía las cosas de ese modo. Querría vender la moneda rápidamente, pero no tanto. En primer lugar querría cerciorarse de que la moneda era auténtica. Además ¿no mencionó la posibilidad de hacerle una radiografía? Eso es lo que habría hecho en primer lugar; luego habría esperado a ver cuánta bofia ponía en movimiento el robo de los Colcannon y si el robo del *Nickel-V* salía en la prensa. Eso le habría servido para determinar el precio que podía pedir por ella. Así pues, no pudo venderla sin obtener antes tal información. No creo que su asesinato tenga nada que ver con la moneda de las narices. Y te diré por qué: me extrañaría que hubiera alguien en el mundo aparte de nosotros que sospechara que el *Nickel-V* obraba en su poder. Nadie nos siguió hasta su piso. Nadie nos vio entrar. Y no le dijimos nada a nadie, al menos yo no.

—¿A quién se lo podría decir yo? Tú eres la única persona que sabe que hago algo aparte de bañar perros.

—Entonces no es esa la razón por la que han matado a Abel. Quizá fue un robo a

secas. Quizá otra persona trató de venderle algo y se enzarzaron en una discusión. O quizá sea alguien perteneciente a su pasado.

—¿Te refieres a Dachau? ¿Alguien que conoció en el campo de concentración?

—Es posible, o quizá alguien de su pasado más reciente. No sé mucho de él. Sé que Cornejo no era su apellido de nacimiento; una vez me dijo que su verdadero apellido era Amsel, que significa mirlo en alemán. De mirlo a corneja no hay más que un paso. Sin embargo, en otra ocasión me contó la misma historia, con la excepción de que su apellido no era Amsel, sino Schwarzvogel, que significa pájaro negro, como un mirlo. Lo lógico sería que supiera exactamente cómo se apellidaba. A menos que ninguno de los dos apellidos fuera el verdadero.

—Era judío, ¿no?

—No lo creo.

—¿Entonces qué pintaba en Dachau?

—¿Has visto ese anuncio que dice: «No tienes que ser judío para que te encanten los Levi's»? Pues bien, uno no tenía que ser judío para ir a Dachau. Abel me dijo que era un prisionero político, un socialdemócrata. Quizá fuera verdad, aunque también es posible que fuese a parar allí a causa de algún delito común: receptar objetos robados, por ejemplo. O quizá era homosexual. Ese era otro buen motivo para entrar en Dachau.

Carolyn se estremeció.

—El problema —proseguí— es que no sé mucho sobre el pasado de Abel. Y es posible que las personas que lo conocían se encuentren en la misma situación. De todos modos puede que se granjeara algún enemigo en un momento dado. O quizá fue un robo o una disputa o vete tú a saber... Por ejemplo, si era homosexual, quizá metió a un gigoló en casa y murió por culpa de cualquier tontería o por el dinero que llevaba en la cartera.

—Es algo que suele ocurrir con frecuencia. ¿Realmente piensas que podía ser marica? Siempre insistía en que nos casáramos. Si era realmente marica, ¿no se habría dado cuenta de que yo no parezco la típica mujer cuyo destino es el altar? —Acabó su martini—. ¿Y todo no resulta una coincidencia demasiado grande? Primero la muerte de Wanda y luego la suya, una justo después de la otra...

—Sólo porque nosotros somos el vínculo entre las dos. Pero nosotros no estamos relacionados con sus muertes. La moneda, tú y yo somos el único vínculo que existe entre ellos, si es que podemos considerarnos realmente un vínculo.

—Supongo que tienes razón.

Dibujé dos anillos unidos sobre la mesa con el fondo húmedo de mi vaso de *whisky*.

—Quizá me esté diciendo esto a mí mismo sólo porque es lo que quiero creer —comenté—. Aunque, de todos modos, tampoco estoy seguro de que quiera creérmelo

a la vista de las consecuencias que se derivan de ello.

—Me he perdido.

—Me refiero a la moneda —dije—. Al *Nickel-V* de 1913, a la moneda de los Colcannon, a la que nos habría reportado diecisiete mil dólares si no nos hubiéramos creído el cuento de la lechera.

—No me lo recuerdes.

—Si no le han matado por la moneda —añadí— y quien le ha asesinado es un imbécil que ni siquiera sabe de su existencia, ¿a qué conclusión llegamos?

—Pues...

—Exacto. La moneda sigue allí.

Pasé el resto de la tarde en mi casa. Mi cena consistió en una lata de chile revuelto con un poco de comino y pimienta de cayena que añadí para aderezarlo. Lo comí delante del televisor y lo acompañé con una botella de Carta Blanca. Mientras estaba calentando el chile, logré ver el final del noticiario local, en el que hicieron una referencia breve y poco informativa a la muerte de Abel. Del robo de los Colcannon no dijeron nada. Vi a John Chancellor mientras comía y me quedé sentado hasta la mitad de *Disputas de familia*, momento en que logré vencer la inercia, me levanté y apagué el aparato.

Lo puse todo en orden, apilé en el tocadiscos una mezcla de discos de jazz y música clásica y me puse cómodo con el último número de *El librero de viejo*, una revista dedicada casi exclusivamente a las listas de los libros que los vendedores desean adquirir para reventa. Eché un vistazo a los anuncios perezosamente, haciendo una marca cada vez que veía algún ejemplar que recordaba tener en el almacén. Algunas de las marcas que hice indicaban libros que en aquel momento reposaban sobre el mostrador de las ofertas, de modo que, si lograba vendérselos a alguien que tenía verdadero interés en ellos, a buen seguro podría ganar más de los cuarenta centavos que pedía por cada ejemplar en la librería.

Eso sí me tomaba la molestia de escribir a los anunciantes, esperar a que me llegaran los pedidos, envolver los libros y enviarlos. Ese era el problema del negocio del libro usado. Había demasiadas nimiedades a las que prestar atención y eran muchos los granos de arena que necesitaba para hacer un montón. No me ganaba la vida decentemente con Barnegat Books, no obtenía beneficios con ella, aunque probablemente habría podido de haber tenido el infinito espíritu de sacrificio que al parecer exige el éxito.

El problema es que me encanta el negocio de los libros. Pero me gusta llevarlo a mi manera, que es como decir de un modo marcadamente despreocupado. El robo de pisos me ha echado a perder. Cuando uno se acostumbra a ganarse un montón de dinero en un par de horas mediante el allanamiento de morada, resulta difícil reunir el

entusiasmo necesario para trabajos rutinarios que no rinden más que lo suficiente para una entrada de cine.

Con todo, era divertido leer los anuncios y marcar los títulos. Incluso a pesar de que probablemente no fuera a hacer nada al respecto.

Llamé a Denise a las nueve. Contestó Jared, quien tras contarme que *Babel-17* no le había defraudado informó a su madre que la llamada era para ella. Hablamos durante unos minutos sobre trivialidades. En un momento dado se mencionó el nombre de Carolyn, no recuerdo por qué, y Denise se refirió a ella calificándola de «lesbiana enana» y «gordita que siempre huele a perro mojado».

—Qué curioso —respondí—. Ella siempre habla bien de ti.

Carolyn llamó algo más tarde.

—He pensado en el asunto del que hemos hablado —dijo—. No vas a hacer nada al respecto, ¿verdad?

—Creo que no.

—Es que es imposible, Bern. ¿Te acuerdas de la conversación que mantuvimos con Abel? La escalera de incendios está en la fachada del edificio y las ventanas de su piso tienen rejas. Además el conserje se toma su trabajo tan seriamente como san Pedro, y las puertas tienen esas cerraduras de seguridad...

—Eso era antes —dije—. La poli llamó a un cerrajero para abrir una.

—¿Y qué más da? Aun así no puedes entrar en el edificio.

—Lo sé.

—Pero te está sacando de quicio, ¿verdad?

—¿Cómo lo has adivinado?

—Porque a mí también me está sacando de quicio. Bernie, pongamos que no hubiéramos robado la puñetera moneda y todo lo que supieras sobre ella fuese que podría estar en algún lugar de ese piso, un piso que probablemente la policía ha precintado porque ayer se cometió en él un asesinato, y conocieras el tipo de sistema de seguridad que hay instalado en el edificio, y además supieses que es probable que la moneda esté escondida en el piso pero no tuvieras ni idea de dónde, suponiendo que se encuentra allí, algo de lo cual no podrías estar completamente seguro...

—Ya sé a dónde quieres llegar, Carolyn.

—Pues bien, suponiendo todo eso, ¿considerarías la posibilidad de robar la moneda?

—Por supuesto que no.

—A eso me refería.

—Pero ya la hemos robado en una ocasión.

—Lo sé.

—Lo cual me lleva a considerarla como algo mío —le expliqué—. Dicen que los ladrones no respetan la propiedad privada. Pues bien, yo tengo un profundo sentido

de la propiedad privada, siempre que estemos hablando de *mi* propiedad. Y no se trata sólo del dinero. He tenido una extraordinaria rareza en mis manos y ahora no tengo nada. Piensa en el varapalo que supone eso para mi querido amor propio.

—¿Entonces qué vas a hacer?

—Nada.

—Muy bien.

—Porque no hay nada que pueda hacer.

—Exacto. Eso es lo que quería saber, Bern. Ahora iré al Duchess. Quizá tenga suerte y conozca a alguien sensacional.

—Buena suerte.

—Últimamente tengo una inquietud que no paro, joder. Debe de ser por culpa de la luna llena. Quizá me encuentre allí con Ángela. Seguro que estará metiendo monedas en el tocadiscos y poniendo todos los discos de Anne Murray. Aunque debe de ser heterosexual, ¿no crees?

—¿Quién? ¿Anne Murray?

—No, Angela. ¿Crees que será heterosexual?

—Probablemente.

—Si es heterosexual y Abel era marica, podrían haber criado caniches juntos.

—Y tú podrías haberles esquilado.

—Y también podría haber esquilado a los caniches... Dios mío, ¿cómo puedo salir de esta conversación?

—No lo sé. ¿Por dónde has entrado?

—Adiós, Bern.

El noticiario de las once no deparó ninguna revelación nueva. Apagué el televisor en cuanto anunciaron los invitados de Johnny, cogí una chaqueta y salí de casa. Subí por West End Avenue, doblé hacia la derecha al llegar a la Ochenta y seis e hice el resto del camino por Riverside Drive.

El aire era más fresco ahora, pero el ambiente estaba cargado y amenazaba lluvia. No se podían ver las estrellas, aunque esto es lo más habitual en Nueva York, incluso en noches de cielo despejado. La contaminación es siempre lo bastante espesa para eclipsarlas. Lo que sí vi fue una luna, una luna creciente rodeada de un halo. Eso significa que va a llover o todo lo contrario, nunca consigo acordarme.

Había un sorprendente número de personas en la calle: hombres haciendo *jogging* penosamente por Riverside Park, dueños de perros paseando a sus animales, gente que había ido a comprar un litro de leche y la primera edición del *Times*... Crucé la calle para ver mejor, miré el edificio de Abel y conté las plantas hasta encontrar su piso. Estaba a oscuras, como era de suponer. Dejé que mis ojos doblaran la esquina y se fijasen en la escalera de incendios que había en el lado de la calle Ochenta y

nueve. Parecía bastante sólida, pero estaba allí fuera, a la vista de todo el mundo, y no se podía llegar a los peldaños de abajo desde la acera a menos que se dispusiera de una larga escalera de mano.

De todos modos daba igual. Carolyn lo había explicado claramente.

Eché a andar en dirección a la calle Noventa. El edificio adyacente al de Abel era tres plantas más alto, lo cual significaba que no podía bajar de su tejado al de la casa de Abel a menos que dispusiera de una cuerda para hacerlo. Ese no era el caso, y además no tenía ningún motivo para suponer que su sistema de seguridad fuera menos rígido que el de su vecino. Regresé a la calle Ochenta y nueve y seguí andando hasta distanciarme unos pocos números del edificio de Abel. A aquella altura estaba limitado por una larga hilera de casas de ladrillo rojizo de finales del siglo XIX, todas ellas de cuatro plantas. Las ventanas del edificio de Abel que daban a estas casas estaban demasiado altas como para tener fácil acceso a ellas desde el tejado, y además estaban protegidas con rejas de hierro reforzado.

Anduve en dirección a West End Avenue y luego volví sobre mis pasos para echar otro vistazo sintiéndome como un criminal irresistiblemente fascinado por el lugar donde otro criminal ha cometido un crimen. El conserje era el mismo negro envarado que había estado de servicio durante nuestra anterior visita y tenía un aspecto formidable. Le observé desde la acera de enfrente. Una pérdida de tiempo, me dije. No iba a conseguir nada de aquella manera. Estaba tan inquieto como Carolyn, pero, en lugar de irme al Duchess, estaba haciendo lo que cabía esperar de mí.

Crucé la calle y me acerqué a la entrada. El edificio era una enorme pila de ladrillos viejos, seguro como una fortaleza y sólido como el Banco de Inglaterra. Las puertas dobles de la entrada estaban flanqueadas por sendas columnas embutidas de mármol rojo mate. En unas placas de bronce situadas a cada lado se indicaban los profesionales que trabajaban en el edificio. Había tres psiquiatras, un dentista, un oftalmólogo, un pedicuro y un pediatra, lo cual suponía una mezcla bastante representativa del Upper West.

No vi ninguna placa en que se leyera «Abel Cornejo, receptor de objetos robados» y meneé la cabeza. A poco que se me deje puedo ponerme lacrimógenamente sensible.

El conserje se acercó y me preguntó si podía servirme de ayuda. Tuve la impresión de que aquel hombre acababa de sacar una matrícula de honor en un cursillo para aprender a hablar con tono imperioso.

—No —respondí—. Es demasiado tarde para eso.

Di media vuelta y me fui a casa.

El teléfono sonó en el momento en que abría todos mis cerrojos y enmudeció justo

cuando entraba en el piso. Si es importante, me dije, ya volverán a llamar.

Me duché (más vale tarde que nunca), me metí en la cama y me quedé dormido. Cuando estaba soñando con un descenso peligroso (una escalera de incendios, una pasarela, algo impreciso...), sonó el teléfono. Me incorporé, pestañee un par de veces y respondí.

—Quiero la moneda —dijo una voz masculina.

—¿Cómo?

—La moneda de cinco centavos. La quiero.

—¿Quién es?

—No importa. Tú tienes la moneda y yo la quiero. No te deshagas de ella. Me pondré en contacto contigo.

—Pero...

La llamada se cortó. Colgué el auricular a tuestas. El reloj de la mesilla marcaba las dos menos cuarto. No llevaba mucho tiempo dormido, pero sí lo suficiente para haberle cogido el gustillo. Me tumbé, repasé mentalmente la llamada y me puse a pensar si debía levantarme y hacer algo al respecto.

Mientras trataba de tomar una decisión, me quedé de nuevo dormido.

La perilla de Murray Feisinger tenía unas cuantas canas a poca distancia del centro. Por su aspecto andaría por los cuarenta años de edad, tenía cara ovalada, entradas en el cabello y unas enormes gafas de carey que aumentaban el tamaño de sus ojos marrones. Ahora estaba de rodillas y mirándome, con un zapato en una mano y mi pie descalzo en la otra. Mi calcetín estaba a su lado, en el suelo, como una rata de laboratorio muerta.

—Tiene los pies estrechos —dijo—, estrechos y largos.

—¿Eso es malo?

—Sólo en casos extremos, y el suyo no lo es. Los tiene un tanto más estrechos que la media, pero lleva zapatillas Puma, que son algo más anchas que la media, aunque no tanto como las de anchura especial. De todos modos, a usted no le sirve que se fabrique calzado de anchura especial, pues tiene el pie estrecho. Sus pies acaban teniendo demasiado espacio, lo cual aumenta la tendencia del talón a la pronación. Eso significa que se vuelve para adentro, de esta manera —dijo moviendo el pie para mostrármelo—, y ahí está la causa de todos sus problemas.

—Ya veo.

—New Balance fabrica calzado de diferentes anchuras. Podría probarse un par. Luego está Brooks. Los zapatos de Brooks son de calidad y más bien del tipo estrecho, por lo que deberían quedarle bien.

—Estupendo —dije. Me habría levantado de la silla, pero eso resulta algo difícil cuando alguien te tiene cogido del pie—. Voy a comprarme un par y, hala, a correr.

—No tan rápido, amigo. ¿Cuánto tiempo lleva corriendo?

—No mucho.

—En realidad, acaba de empezar. ¿Tengo razón?

Ni siquiera había empezado, y no tenía intención de hacerlo. Aún le dije que tenía razón. A continuación emití una risilla tonta, no porque algo me hubiera parecido gracioso sino porque mi querido doctor Feisinger me estaba haciendo cosquillas en el pie.

—¿Le hace cosquillas?

—Un poco.

—Inhibición —dijo—. Esa es la causa de las cosquillas. Hago cosquillas a la gente todos los días. Es inevitable cuando tienes las manos llenas de pies durante seis u ocho horas seguidas. ¿Se ha hecho cosquillas en los pies alguna vez?

—Ni se me había ocurrido.

—Pues bien, fíese de mí: no podría hacerlo incluso si lo intentara. No funcionaría. Las cosquillas son una respuesta a una determinada manera de tocarnos de otra persona. En eso consisten.

—Eso es muy interesante —mentí.

—Con el paso del tiempo a mis pacientes les hago menos cosquillas. Y no es que les toque de manera diferente, sino que se acostumbran a mi manera de tocarles. Están menos inhibidos. En eso consisten las cosquillas. De todos modos el problema que usted tiene en los pies consiste en algo muy diferente. ¿Sabe qué tiene?

Cinco dedos en cada uno de ellos, pensé, y la compañía de un pedicuro locuaz. Pero al parecer se trataba de algo más serio que eso. Yo no me esperaba aquello.

—Tiene el pie de Morton —dijo.

—¿De veras?

—Sin lugar a dudas. —Curvó el dedo índice y me golpeó fuertemente en mi dedo índice del pie—. El pie de Morton. ¿Sabe lo que significa?

La muerte, pensé. O una amputación. O treinta años en una silla de ruedas o, como poco, una inhabilitación para tocar el piano.

—Pues realmente no lo sé —reconocí—. Supongo que tendrá algo que ver con la sal.

—¿Con la sal? —Me miró con perplejidad, aunque sólo por un momento—. El pie de Morton... —dijo entonces, golpeándome nuevamente el dedo del pie. No me hizo cosquillas, por lo que debía de estar superando mis inhibiciones—. No parece nada bueno, ¿eh? Significa únicamente que este dedo de aquí —otro golpe— es más largo que el dedo gordo. Morton es el médico que describió por primera vez el síndrome, el cual viene a suponer una debilidad estructural del pie. Yo creo que se trata de una reversión a cuando vivíamos en los árboles y empleábamos el dedo gordo del pie como pulgar y el resto para agarrarnos a las ramas. La próxima vez que vaya al parque zoológico del Bronx, no se olvide de ir a la casa de los monos y de mirar los pies de esos animalillos.

—No lo olvidaré.

—No vaya usted a pensar que tener el pie de Morton es como haber nacido con cola, por el amor de Dios. De hecho, es más normal tenerlo que no tenerlo, lo cual es una desgracia para los atletas y una ventaja para los pedicuros. En resumidas cuentas, su dolencia, amigo mío, no sólo tiene un nombre insulso sino que además es de lo más corriente.

La única vez en mi vida que había tenido un problema en el pie había sido cuando el idiota de turno me había dado un pisotón en el metro. Naturalmente nunca había intentado subirme a un árbol con ayuda de los dedos del pie. Le pregunté a Feisinger si era grave.

—No si hace vida normal. Pero los atletas... —añadió riendo con satisfacción—. Los atletas dejan de hacer vida normal el mismo día en que se compran su primer par de zapatillas deportivas. Es entonces cuando el pie de Morton empieza a causar verdaderos problemas: dolores en la parte anterior de la planta del pie, por ejemplo. O

espolones en el talón. Astillamientos en la tibia. Tendinitis de Aquiles. Pronación excesiva. ¿Se acuerda de nuestra vieja amiga la pronación? —Y a continuación me refrescó la memoria tirándome del tobillo hacia adentro—. Tampoco podemos olvidarnos —añadió siniestramente— de la condromalacia.

—¿De qué?

Feisinger movió la cabeza en un gesto de lúgubre satisfacción.

—La condromalacia. La temida rodilla del atleta, tan espantosa como el codo del tenista.

—Parece terrible.

—Es potencialmente terrible. Pero no tema —añadió con prontitud—, porque Feisinger está aquí, y la curación va a ser coser y cantar. Lo único que necesita usted es encargar ciertos complementos ortopédicos; entonces podrá correr todo lo que quiera mientras el corazón aguante. Para ello le voy a mandar a mi cuñado Ralph. Es el cardiólogo de la familia. —Dio una palmadita a mi pie y agregó—: No es más que una broma que suelo gastar. Siga usted corriendo y no le hará falta visitar a ningún cardiólogo. Es lo mejor que puede hacer por su propio bien. Todo lo que tenemos que hacer es asegurarnos de que sus pies están a la altura de las circunstancias, y aquí es donde intervengo yo.

Los complementos ortopédicos resultaron unos pequeños añadidos que tenía que llevar dentro de las zapatillas. Me los harían de encargo con unas tiras de cuero y corcho una vez el doctor Feisinger me hubiera tomado unas impresiones de los pies, lo cual hizo allí mismo, sin darme tiempo a pensar en dónde me estaba metiendo. Me cogió los pies descalzos y los metió en una caja apretándolos sobre algo parecido a espuma de piloestireno, sólo que más suave.

—La primera impresión que ha dejado es muy buena —me aseguró—. Ahora acompáñeme un momento a la otra sala. Quiero echar un vistazo a sus pies.

Le seguí, andando a paso ligero sobre los talones, mientras él me contaba que mis complementos ortopédicos personales no sólo me permitirían correr sin sufrir dolores, sino que con toda seguridad cambiarían toda mi vida, me ayudarían a corregir mi postura y mi caligrafía y, con toda probabilidad, supondrían una mejora en mi carácter. Me llevó hasta el fondo del pasillo y me hizo pasar a un cubículo donde había un armatoste de aspecto amenazador instalado en la pared que me recordó vagamente a la consulta de un dentista. Me pidió que me sentara en una silla y apartó el artilugio de la pared de tal forma que una protuberancia con forma de cono me apuntara al pie derecho.

—No sé qué decirle sobre esto... —dije.

—No va a sufrir ningún dolor, se lo garantizo. Confíe en mí, amigo mío.

—Se dicen muchas cosas sobre las radiografías, ¿verdad? Esterilidad y cosas por el estilo.

—Todo lo que voy a hacer es sacar una radiografía de un segundo de su tobillo. No voy a pasar por encima de él. ¿Esterilidad, dice? Una cosa son los miembros del cuerpo, por ejemplo el pie, y otra el miembro viril, amigo mío, y a menos que los confunda, le aseguro que no tiene por qué preocuparse.

En cuestión de minutos la máquina ya había hecho su desagradable trabajo y yo estaba en la otra sala poniéndome las Puma. Aunque nunca me habían quedado anchas, ahora me parecían enormes. A cada paso que daba me imaginaba a mis mortónicos pies resbalando peligrosamente de lado a lado. Espolones en el talón, astillamientos en la tibia, la temida rodilla del atleta...

Seguidamente volvimos a la sala de recepción, donde dejé que una pelirroja con acento del Bronx me diera hora para que regresara al cabo de tres semanas a recoger mis complementos ortopédicos.

—El precio total son trescientos dólares —me informó—. Incluye las facturas del laboratorio, esta consulta y todas las siguientes en caso de que los complementos requieran algún ajuste. Es un precio único, no tiene recargos adicionales, y por supuesto es totalmente desgravable.

—Trescientos dólares... —repetí.

—Nada comparado con otros deportes —dijo Feisinger—. Piense usted en lo que gasta sólo durante un fin de semana esquiando, sin contar el equipo. O en lo que paga por utilizar una pista de tenis durante una hora. En cambio, para gozar de todas las ventajas que ofrece correr sólo tiene que salir a la calle y empezar a hacerlo. ¿Y no merece la pena gastarse unos dólares en los únicos pies que Dios le ha dado?

—Correr es bueno para mí, supongo.

—Es lo mejor. Recupera su sistema cardiovascular, fortalece sus músculos y le ayuda a mantenerse en forma. Sin embargo, sus pies se ven obligados a realizar un gran esfuerzo, y si no están preparados para ello...

Pese a todo, trescientos dólares seguía pareciéndome un precio excesivo por una versión de encargo de los pequeños apéndices con forma de arco que venden en la farmacia de la esquina por un dólar cincuenta y nueve centavos. Pero entonces me di cuenta de que no tenía que pagar ahora y de que un adelanto de treinta dólares dejaría a todo el mundo contento. Al cabo de tres semanas empezarían a preguntarse por qué no aparecía por la consulta. Solté tres billetes de diez dólares y me metí en el bolsillo el recibo que me entregó la pelirroja.

—Correr debe de ser estupendo para los pedicuros —aventuré.

Feisinger me dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—No hay nada igual —dijo—. Nada en el mundo. ¿Sabe usted a qué nos dedicábamos en esta consulta hace unos años? A atender ancianas con dolores en los pies. Normal que les dolieran, si pesaban ciento veinte kilos y se compraban calzado que les quedaba pequeño. Yo quitaba callos, vendaba juanetes, solucionaba un

problemilla aquí y otro allá, me decía a mí mismo que era un profesional y no le daba demasiada importancia al éxito. Ahora esto ha cambiado por completo. Me dedico exclusivamente a la pedicura deportiva. El mes pasado los complementos ortopédicos de Feisinger recorrieron las calles de Boston. En octubre los complementos ortopédicos de Feisinger llevaron a docenas y docenas de atletas a la meta del maratón de Nueva York. Tengo pacientes que están encantados conmigo. Saben que les estoy ayudando y están encantados conmigo. Y tengo éxito además. Tiene suerte de que esta mañana hayan cancelado una cita, de lo contrario me habría resultado imposible hacerle un hueco. Tengo citas concertadas con mucha antelación. ¿Y sabe qué le digo? Me gusta el éxito. Me gusta prosperar en la vida. En cuanto uno lo prueba, amigo mío, se le abre el apetito.

Me pasó un brazo por los hombros y me llevó a la sala de espera, donde había varios caballeros delgados leyendo números atrasados de *El mundo del atleta* y *Tiempo de atletismo*.

—Hasta dentro de tres semanas —dijo—. Mientras tanto puede usted correr con las zapatillas que lleva puestas. No compre unas nuevas, porque le harán los complementos ortopédicos para probárselas. Tómesele con calma por el momento. No vaya ni muy lejos ni muy rápido. Hasta dentro de tres semanas.

Cuando llegué al pasillo, las Puma me resultaron sumamente incómodas. Qué extraño que hasta aquel momento no hubiera notado lo molesto que era andar con unas zapatillas tan anchas. Avancé por el alfombrado pasillo hasta llegar al ascensor, eché un vistazo por encima del hombro, miré alrededor furtivamente, seguí andando, dejé atrás el ascensor y abrí la puerta que daba a la escalera.

No estaba seguro del efecto que el pie de Morton podría tener a la hora de subir escaleras. ¿Correría un grave riesgo de sufrir el temido espolón de los alpinistas?

Me decidí a probar fortuna. La consulta de Murray Feisinger estaba en el tercer piso, por lo que tenía que subir siete plantas. Empecé a jadear antes de llegar a mi destino, bien porque mis pies carecían de las ventajas que ofrecen los complementos ortopédicos o bien porque las carreras de larga distancia no habían mejorado mi sistema cardiovascular. O por ambas razones.

Fuera cual fuese la causa, me bastaron un par de minutos para recuperar el resuello. Entonces abrí la puerta suavemente, miré a ambos lados como haría un niño bien educado que se dispusiera a cruzar una calle, eché a andar por otro pasillo alfombrado, pasé al lado del ascensor y llegué a la puerta del piso de Abel Cornejo.

Vamos a ver, ¿por qué otro motivo iba a permitir que me hicieran cosquillas en los pies?

Unas horas antes me había despertado, duchado y afeitado, y mientras me dedicaba a untar un bollo con confitura de grosella y esperaba a que el café se hiciera, había recordado la misión de reconocimiento llevada a cabo en Riverside Drive el día

anterior y la llamada de teléfono que había interrumpido mis sueños.

Alguien quería la moneda.

Aquello no era ninguna sorpresa. Cuando un objeto tiene un valor original de cinco centavos y con el paso de los años este se multiplica aproximadamente por diez millones, el mundo se llena de personas que no tendrían reparos en apropiárselo. ¿Quién no querría una moneda de cinco centavos de 1913 con la cara de la Libertad?

Pero la persona que me había llamado no quería sólo la moneda. Quería que se la diese yo, lo cual significaba que sabía que la moneda había sido sustraída de la caja de seguridad de los Colcannon. Además sabía quién había sido el instrumento de dicha sustracción.

¿Quién era? ¿Y cómo podía saber un par de minucias como aquellas?

Tras servirme el café y darle un mordisco al bollo, me había quedado un rato sumido en la reflexión. De pronto me sorprendí pensando en la inexpugnable fortaleza donde mi amigo Abel había vivido y fallecido y donde la moneda (¡mi moneda!) lo había sobrevivido. Me imaginé al conserje, un cancerbero con galones de oro apostado ante las puertas del infierno, un bouvier des Flandres de tres cabezas ataviado con un uniforme de color morado. (El cerebro no suele estar en plena forma a primera hora de la mañana, pero la imaginación es capaz de concebir escenas maravillosas). Tuve una visión de la entrada, aquellas rosadas columnas de mármol mate, las placas de bronce: tres psiquiatras, un dentista, un pediatra, un pedicuro, un oftalmólogo...

En aquel preciso momento había despuntado el alba.

Acabé de desayunar y me puse manos a la obra. No recordaba los nombres grabados en las placas, así que para empezar cogí un taxi para ir a Riverside con la Ochenta y nueve y a continuación pasé con aire tranquilo y desenvuelto por delante de la entrada a fin de memorizar rápidamente los siete nombres en cuestión. Unas cuantas puertas más abajo me detuve un momento para apuntarlos antes de que se me borraran de la memoria, tras lo cual proseguí en dirección este hasta llegar a Broadway, donde tomé una taza de café en la barra de un pequeño restaurante chino-cubano. Es posible que la comida cubana que sirven allí sea buena, o la china, pero el café sabe como si cada grano tostado hubiera sido untado con mantequilla rancia antes de ser molido.

Luego cambié un dólar por monedas de diez centavos y empecé a hacer llamadas. En primer lugar probé suerte con los psiquiatras, pero me contestaron que tenían todas las horas ocupadas hasta el final de la semana siguiente. Concerté una cita con el último para el lunes de la próxima semana, pensando que, si para entonces no había conseguido nada, siempre podía acudir, dado que lo que necesitaría a aquellas alturas sería precisamente la ayuda de un psiquiatra.

A continuación consideré los cuatro nombres restantes. El pediatra resultaría

complicado, a menos que pidiera a Denise que me prestara a Jared para la ocasión, algo bastante improbable. El dentista tal vez hubiera podido recibirme, sobre todo si le hubiese dicho que se trataba de una urgencia, pero ¿deseaba yo que un desconocido hurgara en mi boca? Actualmente recibo asistencia odontológica gratuita gracias a Craig Sheldrake, el mejor dentista del mundo, y hacía dos semanas que había ido a verle por última vez para una limpieza. Mi boca no necesitaba las atenciones de un dentista y yo no tenía ganas de abrir la boca y decir «aaa».

El oftalmólogo me pareció la mejor opción, mejor incluso que la de los psiquiatras. Un examen de la vista no lleva mucho tiempo. De lo que tenía que asegurarme era de que no me pusiera colirio en los ojos, ya que eso hubiera convertido el uso de la gánzúa en algo muy diferente de un juego de niños. Además, ¿no iba siendo hora de que me echaran un vistazo a los ojos? Nunca había necesitado gafas, y todavía no me había sorprendido sosteniendo un libro con el brazo extendido. Pero tampoco me hacía más joven cada día que pasaba y, según dicen, no es mala idea hacerte un examen de la vista al año para atajar problemas. Hice la llamada, pero me dijeron que el oftalmólogo estaría en las Bahamas hasta el lunes de la semana siguiente.

Así pues, llamé a la consulta de Murray Feisinger, sin saber con qué pretexto podía pedir hora para un pedicuro, y una joven con acento del Bronx (y pelirroja, como más tarde pude constatar) me preguntó qué problema tenía.

—Tengo algo en los pies —le había dicho.

—¿Es usted bailarín o atleta?

Los bailarines tienen aspecto de bailarines. Cualquiera puede parecer un atleta. Todo lo que hay que hacer es sudar y llevar calzado que llame la atención.

—Atleta —respondí, y ella me dio hora.

A continuación había regresado a casa para cambiarme las Weejun por las Puma por mor de la verosimilitud y luego llamé a Carolyn para suspender nuestra habitual cita para comer con la excusa de que tenía que ir al médico. Ella me preguntó de qué tipo de médico se trataba y yo le contesté que un oftalmólogo, no un pedicuro, porque no hubiera sabido qué decirle si se hubiese interesado por el estado de mis pies. Todavía no sabía que tenía el pie de Morton y que sólo me faltaba ejecutar un triple salto para sufrir los efectos de la condromalacia. A la pregunta de qué me pasaba en los ojos, farfullé algo relacionado con que sufría dolores de cabeza cuando pasaba mucho tiempo leyendo, lo cual al parecer dejó satisfecha a Carolyn.

No le había mencionado la llamada recibida a medianoche. A la una y cuarto acudí a mi cita con Feisinger. El conserje había llamado a la consulta para saber si me esperaban y el ascensorista esperó para ver si entraba por la puerta correcta.

Ahora tenía treinta dólares menos y la sensación de que mis pies eran demasiado estrechos y las zapatillas que llevaba me quedaban enormes. Tal vez debería haber

ido al pediatra. Podría haber mentido al decir la edad.

Acerqué el oído a la puerta de Abel, escuché atentamente y no oí nada. Vi un timbre en un hueco de la jamba de la puerta, lo apreté y oí un apagado *gong* en el interior del piso. Como el *gong* no obtuvo respuesta y el vigoroso golpe que di a la puerta no provocó reacción alguna, respiré hondo, saqué del bolsillo las herramientas de mi oficio y abrí la puerta.

Resultó como mínimo tan fácil como suena. La policía había puesto una pegatina sobre la puerta para prohibir la entrada a cualquier persona no autorizada, categoría en la que yo no podía incluirme por ningún concepto, pero no se había tomado la molestia de precintar el piso de ninguna manera, quizá porque el sistema de seguridad del edificio era realmente un hueso duro. El cerrajero que había forzado el cerrojo de seguridad de Abel (taladrando el cilindro y no abriéndolo con una ganzúa, observé no sin cierta desaprobación profesional) había dejado sólo la cerradura original de la puerta para impedir la entrada al piso. Se trataba de una Segal provista de un pestillo automático que corría cuando cerrabas la puerta y un cerrojo que sólo se podía echar con una llave. Probablemente la poli tuviera la llave (podía habérsela pedido al conserje o al administrador), pero el último hombre que había salido por aquella puerta no se había preocupado de utilizarla, ya que la puerta estaba cerrada únicamente con el pestillo, el cual era tan difícil de abrir como esos botes de aspirinas que hacen de forma especial para que los niños no puedan abrirlos. Todo habría resultado más rápido si hubiera tenido la llave, pero poco más.

Entré, cerré la puerta y giré el pequeño tirador para echar el cerrojo. En el vestíbulo tuve un momento de vacilación. Algo me olía mal y no acertaba a saber qué era.

Qué demonios. Abandoné la penumbra del vestíbulo y pasé al salón, donde la luz entraba a raudales por las ventanas. Cerca de estas, a la izquierda, vi un dibujo a tiza, la mitad sobre el brillante suelo de parquet y la otra mitad sobre la alfombra oriental de Abel. Se trataba de una Sarouk, de las buenas, y las marcas de tiza no le quedaban nada bien.

Mirando el dibujo, pude imaginarme su cadáver tumbado en el suelo, con un brazo extendido y una pierna apuntando directamente a la silla en la que yo había estado sentado la noche del martes. Yo no quería mirar las marcas de tiza pero parecía incapaz de apartar los ojos de ellas. Tenía una sensación extraña. Di media vuelta, volví a girarme, rodeé las marcas, me acerqué a la ventana y miré al otro lado del parque, al río.

Entonces caí en la cuenta de qué era lo que me había escamado en el vestíbulo. Era una ausencia de la que sólo había sido consciente vagamente, tal como Sherlock Holmes había observado al darse cuenta de que el perro no ladraba por la noche.

No había sentido la emoción. La euforia que siempre se apodera de mí cuando

atraveso el umbral de una casa sin que me hayan invitado, esa leve excitación que se hace sentir como si fuera café en las venas, brillaba por su ausencia. Había entrado en el piso como un ladrón, me las había arreglado para introducirme en él gracias a mi ingenio y destreza, y sin embargo no tenía ni ilusión ni sensación alguna de triunfo.

Y es que era el piso de mi viejo amigo, el mismo donde había muerto recientemente, y aquello le quitaba toda emoción al trabajo.

Contemplé Nueva Jersey, a lo lejos, que es donde tiene que estar. El cielo se había oscurecido en los pocos minutos que habían pasado desde que había entrado en el piso. Amenazaba lluvia, lo cual significaba que el halo que había visto la pasada noche en torno a la luna había sido un pronóstico acertado o que no lo había sido, dependiendo de lo que dicho halo debe anunciar.

En cuanto supe la causa de mi inquietud me sentí mejor. Ahora podía olvidarme de ello y ponerme a la tarea de robar a los muertos.

Claro que aquello no era lo que estaba haciendo. Sólo estaba recuperando lo que era legítimamente mío (o ilegítimamente, si nos ponemos puntillosos). Ni aun haciendo un esfuerzo de imaginación cabía afirmar que la moneda era propiedad de Abel; él sólo la tenía en depósito, ya que no me la había comprado ni robado.

Así pues, lo único que tenía que hacer era encontrarla.

Supongo que podía haber imitado el método de los brutos que nos habían precedido en casa de los Colcannon. La manera más rápida de registrar un sitio es tirarlo todo por los suelos. Pero si lo hubiera hecho así habría resultado bastante obvio que alguien había pasado por el piso para llevar a cabo una batida, y ¿qué sacaba yo con eso? Además, incluso si esto no me hubiera importado, no habría podido hacerlo, ya que soy ordenado por naturaleza y especialmente reacio a profanar el hogar de un amigo difunto.

Abel también era una persona ordenada. Tenía un sitio para cada cosa y cada cosa estaba en su sitio, de manera que me tomé la molestia de volver a ponerlo todo donde lo había encontrado.

Esto complicó el registro más de lo previsible. La proverbial aguja del proverbial pajar habría sido pan comido en comparación. Empecé mirando en los lugares donde miraría cualquiera, ya que esos son los lugares donde la gente esconde las cosas, incluso la gente de la que uno esperaría algo diferente. Pero sólo encontré agua y un producto de limpieza en la cisterna del retrete, y harina en el bote de la harina, y nada más que aire en las barras huecas del toallero que desenrosqué de la pared. Saqué cajones para mirar en el fondo por si estuviera pegada allí; registré armarios; busqué en bolsillos de chaquetas; metí la mano en zapatos y botas, miré debajo de alfombras...

Podría ir punto por punto y llenar una docena de páginas con la explicación del registro que llevé a cabo en aquellas habitaciones, pero ¿de qué serviría? Tres cosas

que no encontré fueron la piedra filosofal, el Santo Grial y el vellocino de oro. Otra más fue el *Nickel-V* de los Colcannon.

No obstante, di con un montón de cosas interesantes: encontré libros en varios idiomas cuyo valor superaba en todos los casos los mil dólares. No fue muy difícil, ya que constituían la biblioteca personal de Abel Cornejo y estaban en la estantería. Miré detrás de cada uno de ellos y pasé todas sus hojas; descubrí unos sellos de correos del siglo XIX de Malta y Chipre en las páginas del *Leviatán* de Hobbes, y quinientas libras en moneda inglesa en un ejemplar del *Sartor Resartus* de Thomas Carlyle. En uno de los estantes de arriba encontré varias monedas probablemente sasánidas ocultas tras tres volúmenes encuadernados en cuero de la poesía de Byron, Shelley y Keats.

En el dormitorio había dos teléfonos, uno sobre la mesilla y el otro sobre una cómoda al fondo de la habitación. Aquello me pareció excesivo. Los examiné y vi que ambos estaban conectados a las tomas de la pared. Sin embargo el de la cómoda no parecía funcionar bien, de modo que desatornillé la placa que le servía de base y descubrí que al aparato le habían quitado todas las piezas para poner en su lugar un fajo de billetes de cincuenta y cien. Conté hasta veinte mil dólares, lo cual me permitió calcular que el total sumaría aproximadamente unos veintitrés mil dólares. Dejé el dinero donde lo había encontrado y volví a montar el teléfono.

Con esto basta para dar una idea de lo que fue el registro. Encontré muchos objetos de valor, que es precisamente lo que uno esperaría encontrar en la casa de un perista próspero y civilizado. Encontré más dinero en efectivo, más sellos y más monedas, y también un buen número de joyas entre ellas el reloj y los pendientes robados a los Colcannon. Se encontraban en un humidificador, debajo de una hilera de puros. Al dar con ellos me entusiasmé pensando que la moneda estaría cerca, pero me equivoqué. A todo esto, no sabía que Abel fumara puros.

En la cocina me comí un trozo de un pastel hecho con varias capas de chocolate espeso. Creo que se trataba del que él llamaba *Schwarzwälder Kuchen*. Pastel de la Selva Negra. Aparte de esto y el vaso de leche que me bebí con él, no me llevé nada del piso de Abel.

Pensé en ello. Cada vez que me topaba con algo realmente tentador, me decía que debía cogerlo, pero me sentía incapaz de hacerlo. Lo normal sería que no hubiera encontrado ningún impedimento lógico para hacerlo. Que yo supiera, Abel no tenía herederos, y en el caso de que los tuviera, probablemente no llegarían a ver ni la mitad de los caudales que había en aquel piso. La biblioteca sería vendida en bloque a un librero, quien a su vez lucraría considerablemente revendiendo los volúmenes por separado sin llegar a enterarse de las bonificaciones que contenían algunos de ellos entre sus páginas. El reloj y los pendientes acabarían en manos del primer fumador de puros que curioseara en el dormitorio, mientras que los veintitrés mil dólares se

quedarían en el teléfono hasta el fin de los tiempos. ¿Qué ocurre con los teléfonos cuando alguien muere? ¿Los recupera la compañía de teléfonos? Si no funcionan, ¿los repara alguien? La persona que reparase aquel teléfono en concreto se llevaría la sorpresa de su vida.

En conclusión, ¿por qué no me llevé nada?

Supongo que simplemente me di cuenta de que no estaba preparado para robar a los muertos recientes. O un amigo muerto... Pensándolo bien, que me cuelguen si puedo encontrar una sola razón lógica que me impida robar a los muertos. Lo normal sería pensar que a ellos les importaría bastante menos que a los vivos. Si no se las pueden llevar consigo, ¿qué más da adónde vayan a parar sus cosas?

Y Dios sabe que a los muertos les roban. La bofia lo hace continuamente. Cuando un desgraciado muere en una de esas pensiones del tres al cuarto que hay en el Bowery, lo primero que hacen los policías al llegar al lugar de los hechos es repartirse todo el dinero que encuentran. Es verdad que yo siempre me rijo por valores más elevados que los de la policía, pero mis valores tampoco eran tan nobles. ¿O sí?

Se me hizo difícil dejar el dinero. Cuando he entrado en una casa o en un establecimiento comercial, cojo invariablemente todo el dinero que se me presenta a la vista. Incluso si he entrado en ese lugar por otro motivo, me meto el dinero en el bolsillo automáticamente, inconscientemente. No pienso en ello. Lo hago y punto.

En aquella ocasión no fue así. Por extraño que parezca, estuve a punto de llevarme el reloj Piaget y los pendientes de esmeraldas. Y no porque me parecieran tentadores, sino porque pensé que el hecho de llevármelos estaría revestido de cierta legitimidad. Al fin y al cabo, habíamos sido Carolyn y yo quienes los habíamos robado.

Pero nos habían pagado por ellos, ¿no es cierto? Por lo tanto ya no nos pertenecían. Le pertenecían a Abel y, en consecuencia, tenían que quedarse en su piso.

Uno de los libros que había hojeado era el ejemplar de la *Ética* de Spinoza que le habíamos regalado; cuando se me acabaron los sitios donde mirar, lo bajé de su estante y me puse a pasar sus páginas ociosamente. Abel le había encontrado sitio en su biblioteca durante la última noche de su vida. Quizá antes de hacerlo se hubiera detenido para hojearlo y leer una frase o un párrafo.

«Puede darse fácilmente la circunstancia —leí— de que un hombre vanidoso se enorgullezca y se considere a sí mismo agradable para todo el mundo cuando en realidad es un fastidio universal».

Me llevé el libro. No sé por qué. Era propiedad de Abel (un regalo es un regalo, al fin y al cabo), pero por alguna razón me sentía con derecho a reclamarlo.

Creo que se trata simplemente de que detesto irme de un sitio con las manos vacías.

Habría bajado por las escaleras hasta el piso de Murray Feisinger, ya que cabía la posibilidad de que siguiera de servicio el mismo ascensorista que me había atendido y de que su memoria trabajara horas extras. Sin embargo, cuando ya me estaba acercando al ascensor, una anciana me cerró el paso con un movimiento de la cabeza y una sonrisa. Llevaba una chaqueta negra de borrego persa y sostenía en los brazos un perro pequeñísimo. Quizá fuera un maltés. Carolyn lo habría adivinado a simple vista.

—Te vas a mojar con la lluvia —me dijo—. Vuelve por tu gabardina.

—Voy con retraso.

—Yo tengo una gabardina de plástico —insistió—. Doblada. La llevo siempre en el bolso. —Dio una palmadita a su bolso de bandolera y añadió—: Tú eres el hijo de los Stettiner, ¿verdad? ¿Cómo está tu madre?

—Oh, está bien.

—¿Le duele menos la garganta?

—Mucho menos.

—Menos mal —dijo al tiempo que rascaba al perro detrás de la oreja—. Debe de estar encantada de tenerte en casa por unos días. ¿Vas a quedarte mucho tiempo? ¿El fin de semana o algo más?

—Bueno, todo el tiempo que pueda.

—Qué maravilla —exclamó. El ascensor llegó en aquel momento y la puerta se abrió. Entré detrás de la anciana y pude observar que era el mismo ascensorista de antes quien estaba a cargo de la nave. Sin embargo en sus ojos no vi ninguna señal de reconocimiento—. No te acordarás de mí —continuó la mujer—. Soy la señora Pomerance, del 10-J.

—Pues claro que me acuerdo de usted, señora Pomerance.

—De manera que tu madre se encuentra mejor... Estoy intentando recordar cuándo fue la última vez que hablé con ella. Fue una lástima lo de su hermano. Es decir, lo de tu tío.

¿Qué pasa con mi tío ahora?, pensé.

—Bueno —respondí apretando mi *Ética* de Spinoza—. Son cosas que pasan...

—Fue el corazón, ¿verdad?

—En efecto.

—Escucha, no es lo peor que te puede pasar. Seguro que te habrás enterado de lo que le ocurrió a nuestro vecino, el señor Cornejo.

—Sí, lo sé. Sucedió hace poco, ¿verdad?

—Anteayer, según dicen. ¿Y sabes qué cuentan de él? Que compraba objetos robados. Salía en los periódicos. Hay que ver, en este edificio precisamente, que ha

pasado a manos de una cooperativa, y ahora resulta que uno de los inquilinos es un hombre que compra objetos robados... Y luego va y le matan en su propio piso.

—Es algo terrible.

Habíamos llegado a la planta baja y atravesado el vestíbulo. Justo antes de llegar a la puerta, la señora Pomerance se detuvo para sujetarle la correa al perro en el collar y a continuación sacó del bolso una gabardina de plástico doblada.

—Me la colgaré del brazo —me explicó—. Así cuando empiece a llover no tendré que buscarla. Lo que le ha sucedido al señor Cornejo... da que pensar, ¿eh? Siempre fue un hombre muy simpático y jamás le faltaba tiempo para dirigirte una palabra amable en el ascensor. Aunque fuese un delincuente, no se puede negar que era un buen vecino.

Pasamos tranquilamente por delante del conserje y nos quedamos indecisos por un momento bajo el toldo. El perrito estaba tirando de la correa, impaciente por echar a andar, hacia Riverside Park, y yo estaba como mínimo tan impaciente como él por echar a andar en la dirección opuesta.

—Bueno —dije—. Era un perista.

—Esa es la palabra: perista.

—Y ya sabe lo que se suele decir: no hay buen perista que no sea buen vecino.

No tenía sentido volver al centro. Ya era la hora de cerrar cuando salí del piso de Abel. Para evitar que me sorprendiera la lluvia con el libro de Spinoza bajo el brazo cogí un autobús en dirección a Broadway. Todavía no se había puesto a llover cuando me bajé en la calle Setenta y dos y me encaminé hacia casa.

En el buzón no había más que facturas y correo comercial. Los subí al piso, tiré las ofertas de quienes querían venderme algo y archivé las cartas de quienes querían que les pagase. Ganando y gastando damos al traste con nuestras facultades, pensé, y puse a Spinoza en el estante al lado de Wordsworth.

Llamé al piso de Carolyn. No respondió. Llamé a la galería El Estrecho y contestó Jared, quien me dijo que su madre había salido. Llamé a La Casa del Caniche y me respondió el contestador automático de Carolyn. No dejé ningún recado.

Colgué el auricular y el teléfono sonó sin darme tiempo a alejarme tres pasos de él. Lo cogí y dije «¿Sí?». Cuando me disponía a decir «¿Sí?» por segunda vez, colgaron.

Alguien que se habría equivocado de teléfono. O la persona que me había llamado la noche anterior. O alguna amiga que en el último momento había decidido que no quería hablar conmigo. O alguien, cualquiera, que simplemente quería saber si estaba en casa.

Cogí un paraguas y me dirigí hacia la puerta. El teléfono volvió a sonar. Salí y

cerré con llave. El sonido del teléfono me siguió por todo el pasillo.

A una manzana de Broadway me comí un enorme plato de espaguetis y una gran ensalada con lechuga, aceite y vinagre. No había comido nada desde el desayuno aparte del pastel y el vaso de leche que había tomado en el piso de Abel; tenía hambre, estaba enfadado y me sentía solo y cansado, y lo único que me parecía que podía remediar en aquel momento era lo primero. A continuación tomé una pequeña copa de *tortoni* (que nunca resulta un postre tan extraordinario como uno espera) y la acompañé con cuatro tacitas de un café exprés negrísimo aderezadas con una gota de anís. Para cuando salí del restaurante la cafeína estaba corriendo animadamente por mis venas. Ya no estaba ni hambriento ni cansado, y me resultaba difícil recordar por qué había estado enfadado. Todavía me sentía solo, pero pensaba que podría sobrellevarlo.

Volví a casa andando a pesar de la lluvia, sin poder ver si la luna estaba rodeada por un halo o no. Cuando llegué al portal, Armand, tan flemático como de costumbre, me saludó llamándome por mi nombre. Previamente se las había arreglado para no hacerme ni caso, tanto cuando había entrado al edificio como cuando había salido en dirección al restaurante. Él y Félix son una pareja de cuidado, aunque uno es más letárgico que el otro. El tercer conserje, el individuo que trabaja de las doce de la noche a las ocho de la mañana, no aparece sobrio en público por principio. Alguien debería mandarlos a los tres a la casa de la calle Ochenta y nueve con Riverside para que recibieran unas clases prácticas para principiantes durante mes y medio.

Cuando crucé el vestíbulo, una mujer se levantó de la butaca orejera con el estampado de flores. Aparentaba unos veintiocho años. Una melena de rizos negros sueltos le caía unos centímetros por debajo de los hombros; su cara era un triángulo invertido rematado en una boca pequeña y una barbilla afilada; y el color escarlata del pintalabios daba brillo a sus labios y contrastaba con el intenso sombreado de sus ojos. Si sus pestañas eran naturales, debía de haber estimulado su crecimiento con unas buenas dosis de fertilizantes químicos.

—¿Señor Rhodenbarr? —dijo—. He de hablar con usted.

Bueno, aquello explicaba el saludo de Armand; había sido su sutil manera de identificarme. Esperé que hubiera recibido una generosa recompensa por su servicio, ya que acababa de conseguir que le excluyera de mi lista de aguinaldos.

—Usted dirá —respondí.

—Es un asunto de cierta importancia. ¿Le importa si nos vamos de aquí y subimos a su piso?

Me miró batiendo sus inverosímiles pestañas. Encima de ellas se dibujaban dos estrechas líneas curvas que ocupaban el lugar de las cejas que Dios le había dado. ¿Que te molestan las cejas? Pues te las arrancas.

Aquella joven parecía el sueño de un masoquista tal como lo habría plasmado la febril pluma de un dibujante adolescente: llevaba zapatos negros de aguja con una tira de sujeción y una blusa rojo sangre hecha de una brillante tela sintética, ceñida y lo suficientemente ajustada para que uno no pudiera olvidarse ni por un momento de que los seres humanos son mamíferos.

También llevaba un paraguas negro y rojo sin abrir; un bolso de vinilo negro que le iba pintado con los pantalones, y unos largos pendientes de oro. Las esmeraldas que habíamos robado a los Colcannon y vendido a Abel habrían quedado de maravilla colgados de aquellos pequeños lóbulos, pensé, y me pregunté si desearía que volviera al piso y se los trajera.

—¿A mi piso? —repetí.

—¿Sería posible?

—¿Por qué no?

Subimos en el ascensor, y en su limitado espacio recibí una dosis completa de su perfume. Tenía mucho de almizcle y algo de pachulí, y producía al mismo tiempo un efecto erótico y una sensación de mal gusto. Sin embargo no podía quitarme de la cabeza la idea de que en realidad no llevaba perfume, sino que había nacido con aquel olor. El ascensor llegó a mi planta. La puerta se abrió. Avanzamos por el estrecho pasillo e imaginé que todos mis vecinos estarían detrás de sus respectivas puertas con un ojo puesto sobre la mirilla para ver fugazmente qué traía el inquilino ladrón para la noche. Cuando pasamos al lado de la puerta de la señora Hesch, creí oír un carraspeo de reproche.

No habíamos hablado en el ascensor y tampoco lo hicimos en el pasillo. Me entraron ganas de alardear abriendo la puerta sin ayuda de la llave, pero me contuve y abrí los cerrojos de la manera convencional. Una vez dentro me mantuve ocupado encendiendo lámparas, mientras me arrepentía de no haber cambiado las sábanas tras la visita de Denise, pese a que mi invitada no parecía de las que ponen reparos a revolcarse en una cama en la que otra mujer se ha acostado recientemente. Sin embargo...

—¿Le apetece algo para beber? —pregunté.

—Nada.

—¿Una taza de café? ¿Un té? ¿Una infusión de hierbas?

Ella hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Bueno, siéntese. Póngase cómoda. Creo que no recuerdo su nombre...

Jamás he tenido tantas dificultades para mantener las formas como en aquella ocasión, pero no había nada que pudiese hacer al respecto. Aquella joven era una hortera, tenía un aspecto que no dejaba lugar a la imaginación y resultaba totalmente irresistible. No recordaba haberme sentido más cachondo en mi vida y tenía que contener el impulso de ponerme a cuatro patas y empezar a darle mordiscos a la

alfombra.

No se sentó, y tampoco me dijo cómo se llamaba. Su rostro adoptó por un segundo una expresión sombría; entonces bajó la vista y metió la mano en el bolso.

Cuando la sacó, sostenía en ella una pistola.

—Si te mueves —dijo—, te levanto la jodida tapa de los sesos, hijoputa.

No me moví ni un milímetro de donde estaba, y ella tampoco. La pistola permaneció asimismo en su sitio, es decir, en su mano y apuntando directamente hacia mí.

No parecía un cañón. Las pistolas con las que se apunta a los detectives de ficción siempre parecen cañones, y se suele decir que los agujeros de sus bocas recuerdan a una caverna. Sin embargo, no se podía negar que aquella pistola era pequeña y tenía un tamaño proporcional al de la manita de la joven. Esta, como ahora pude observar, era una mano bien torneada y tenía las uñas pintadas del mismo color de la blusa y los labios. La pistola era, por supuesto, negra: una pistola automática negra mate con un cañón que no tendría más de dos pulgadas. En aquella mujer todo era o rojo o negro. Sin duda sus pájaros favoritos tenían que ser el mirlo de alas rojas o el tångara encarnado, y su escritor favorito, Stendhal.

En aquel momento sonó el teléfono. Ella le lanzó una mirada e inmediatamente volvió a fijar los ojos en mí.

—Debería cogerlo —dije.

—Si te mueves, disparo.

—Quizá sea algo importante. ¿Y si me han concedido algún premio?

¿Había sido mi imaginación o realmente su dedo se había curvado sobre el gatillo? El teléfono seguía sonando. Sin embargo ella ya lo había mirado, y yo me sentía incapaz de mirar a otra parte que no fuera la pistola.

No me gustan las pistolas. No son más que unos ingeniosos artilugios hechos con el exclusivo propósito de matar gente, propósito que yo deploro. Me ponen nervioso y hago lo que puedo por evitarlas, en consecuencia no sé gran cosa sobre ellas. Lo que sí sé es que los revólveres tienen un cilindro, el cual los convierte en instrumentos idóneos para jugar a la ruleta rusa, mientras que las automáticas, de las que el arma de mi invitada era un ejemplar, suelen estar provistas de un seguro. Cuando está echada, esta pieza impide que el gatillo pueda ser apretado hasta el extremo de disparar el arma.

Hacia la parte trasera de la boca de la pistola podía ver lo que quizá fuera un seguro. Había leído lo suficiente para saber que las personas poco familiarizadas con las pistolas a veces se olvidan de soltar el seguro. Si lograra distinguir si el fiador estaba echado o no, entonces tal vez...

—Por si tienes dudas, te diré que está cargada —me informó.

—No tengo dudas.

—Pues algo estás preguntándote —dijo, y a continuación exclamó—: Oh. —Soltó el seguro con el pulgar—. Ya está. Que no se te ocurra hacer nada. ¿Entendido?

—Por supuesto. Si al menos pudieras apuntar hacia otro lado...

—No quiero disparar hacia otro lado. Lo que quiero es poder dispararte a ti.

—Preferiría que no dijeras eso. —El teléfono dejó de sonar—. Ni siquiera te conozco. Y no sé cómo te llamas.

—¿Y qué importa eso?

—Es que...

—Me llamo Marilyn.

—Por algo se empieza. —Probé suerte dirigiéndole mi sonrisa más encantadora—. Yo me llamo Bernie.

—Ya sé cómo te llamas. Pero tú sigues sin saber quién soy yo, ¿no es así?

—Tú eres Marilyn.

—Marilyn Margate.

—¿La actriz?

—¿Qué actriz?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Por como me has dicho tu nombre he pensado que esperabas que me sonara. Pero no me suena. ¿No crees que tal vez te hayas equivocado de Bernie Rhodenbarr? Ya sé que no es un nombre muy común, pero tal vez haya más de uno. Yo me llamo Bernard Grimes Rhodenbarr; Grimes es el apellido de soltera de mi madre, como Bouvier o Flandres, así que...

—Serás hijoputa...

—¿He dicho algo malo?

—So cabrón. Bouvier, Flandres. Fuiste tú quien mató a Wanda.

Esta vez no había sido mi imaginación; no había duda de que su dedo se había curvado sobre el gatillo. Y aquel trasto empezaba a parecerse a un cañón y su boca a un agujero negro.

—Mira —dije—, estás cometiendo un terrible error. Yo no he matado a nadie en mi vida. Soy incapaz hasta de pisar una cucaracha. Soy el hombre que enseñó a Ghandi a ser pacifista. Comparado conmigo, Albert Schweitzer era un despiadado asesino. Yo...

—Cállate.

Obedecí.

—No sabes quién soy, ¿verdad? Creí que mi apellido te sonaría. Mi hermano es Conejo Margate.

—Conejo Margate...

—Exacto.

—No sé quién es esa persona.

—George Edward Margate, aunque todo el mundo lo llama Conejo. Le han arrestado esta tarde y le han acusado de robo y asesinato. Dicen que asesinó a Wanda el martes por la noche, pero mi hermano nunca ha matado a nadie.

—Yo tampoco. Escucha...

—Cállate. Una de dos: o fuiste tú quien la mató o sabes quién fue. ¿Crees que voy a permitir que mi hermano pequeño pague por un asesinato que no ha cometido? Ni soñarlo. O confiesas o te reviento la tapa de los sesos.

El teléfono volvió a sonar. Ella no le prestó atención; yo tampoco hice nada al respecto, aparte de preguntarme quién podría ser. ¿Sería la misma persona que había llamado minutos antes? ¿Sería la persona cuya llamada yo no había respondido cuando había salido a cenar? ¿Sería la que me había colgado o la que la noche anterior se había ofrecido a comprar el *Nickel-V*? ¿Serían todas ellas la misma persona? ¿O ninguna de ellas?

Llegué a la conclusión de que no tenía mucha importancia; el teléfono dejó de sonar y dije:

—George Edward Margate. Conejo Margate... De modo que tú eres su hermana Marilyn.

—¡Entonces lo conoces!

—No... Es la primera vez que oigo su nombre. Pero ahora sé quién es. Es el ladrón que entró en casa de los Colcannon el martes y dejó la radio encendida.

—Estuviste allí. Acabas de reconocerlo.

—Pero Conejo también estuvo allí. ¿No es cierto?

Me miró con cara de cansancio.

—¿Pero quién te piensas que eres haciendo todas estas preguntas? Tú no eres de la bofia.

—No, no lo soy. Pero tampoco soy el asesino. No maté a nadie el martes por la noche. Y tu hermano tampoco.

—¿Estás diciendo que no fue él?

—Exacto. No fue él. Pero sí fue él quien robó la casa, ¿no es así? Entró por el tragaluz del dormitorio. ¿Lo hizo solo?

—No... Pero espera un momento. No eres tú quien ha de hacer las preguntas, joder. No tengo por qué decirte si estaba allí ni tampoco si estaba con alguien.

—No tienes por qué decir nada. De acuerdo, Marilyn: Conejo no mató a nadie. —Respiré hondo. Parecía llegado el momento de mostrar una franqueza conciliadora—. Yo llegué a la casa cuando Conejo y su socio ya se habían ido. Los Colcannon no estaban allí cuando les robaron, y tampoco cuando yo llegué.

—Eso no puedes probarlo.

—Para empezar, nadie puede probar que yo estuve allí. Sin embargo puedo probar que no me encontré con los Colcannon, ya que el otro día Herbert Colcannon tuvo ocasión de mirarme todo lo que quiso por un espejo unidireccional y no logró identificarme.

Marilyn asintió lentamente.

—Eso es lo que dice la policía: que había otro sospechoso llamado Rhodenbarr,

pero que le soltaron porque Colcannon no lo había visto antes. Sin embargo Colcannon sí identificó a Conejo y yo sé que no lo conoce de nada, por lo que he pensado que tal vez habría sido un error o que tú habías pagado a alguien o algo por el estilo... No sé ni lo que he pensado. Todo lo que sé es que mi hermano se ha metido en un lío por algo que no ha hecho y que si pilló al verdadero culpable...

—Pero yo no soy esa persona, Marilyn.

—¿Entonces quién es?

—No lo sé.

—Yo tampoco, y... —Se interrumpió bruscamente y miró a la pistola que tenía en la mano como preguntándose cómo había llegado allí—. Está cargada —dijo.

—Eso mismo he pensado yo.

—He estado a punto de dispararte. Quería hacerlo. Como si dispararte fuera a resolver lo de Conejo...

—Habría resuelto todo lo mío. Aunque no de la manera más acertada.

—Pues no. Mira, yo...

¡Pom, pom, pom!

Estaba claro quién estaba llamando esta vez. Se lo advertí a Marilyn llevándome un dedo a los labios, y a continuación me acerqué a ella y puse esos mismos labios a pocos centímetros de uno de sus pendientes de oro.

—Es la bofia —musité, señalándole la puerta del cuarto de baño.

Ella no perdió el tiempo haciendo preguntas: pistola en mano, se encerró en el baño en el momento en que volvía a llamar el inesperado visitante.

Pregunté quién era.

—Es quien te imaginas que es, Bern. Abre la puerta, ¿vale?

Descorrí los cerrojos y dejé pasar a Ray Kirschmann. Llevaba el mismo traje del día anterior, pero ahora lo tenía mojado, lo cual no mejoraba su aspecto en lo más mínimo.

—La jodida lluvia —dijo con disgusto al tiempo que se quitaba el sombrero y toda el agua que había en el ala caía al suelo.

—Gracias —dije.

—¿Mmm?

—Tenía un problema con las tablas del suelo: se me estaban secando. Esperaba que viniera alguien a regarlas... Lo que podrías hacer la próxima vez es llamar, Ray.

—Lo he hecho, pero la línea estaba ocupada.

—Qué raro. No estaba hablando por teléfono. —Quizá había marcado mi número justo cuando estaba llamando otra persona—. ¿Qué te trae por aquí?

—La bondad de mi corazón —respondió—. De un tiempo a esta parte no hago más que hacerte favores. Te he llevado a la librería en dos ocasiones. Y esta noche vengo a verte para decirte que no tienes por qué preocuparte sobre el caso Colcannon.

Ya han cogido a uno de los cabrones.

—¿De veras?

Hizo un gesto de asentimiento.

—Un tal George Margate. Es un tipo joven, aunque ya tiene dos o tres arrestos por allanamiento de morada. Nunca le había pegado una paliza a nadie, aunque ya sabes cómo son los jóvenes: no muy equilibrados que digamos. Quizá su socio sea un tipo duro, o quizá se hubieran metido alguna droga. Hemos encontrado una bolsita de marihuana en su frigorífico.

—La hierba asesina.

—Sí... De todos modos no es la marihuana el motivo por el que le hemos cogido, sino las otras cosas que hemos encontrado en su piso. Vive en un piso de dos habitaciones de la Décima Avenida, a la altura de la Cuarenta, a un par de manzanas del edificio de viviendas protegidas donde pasó la infancia. El piso está en Hell's Kitchen, aunque ahora se supone que hay que llamarlo Clinton para que la gente se olvide de que es un barrio de mala muerte. Hemos registrado las dos habitaciones y hemos descubierto que tenía la mitad de la casa de los Colcannon escondida en ellas. Tenía plata, por amor de Dios: todo un servicio de cubertería de plata de ley para doce personas además de un buen número de bandejas y fuentes. Vale una fortuna.

—Me acuerdo de cuando apenas merecía la pena robar algo así —dije con nostalgia—. Luego la onza pasó de valer un dólar veinte a valer cuarenta dólares. También me acuerdo de cuando el oro valía menos que eso.

—Sí... También hemos encontrado algunas pieles: un abrigo largo de visón de cría, una chaqueta de marta y algo más que no recuerdo. Estaban todas en la lista que nos había proporcionado Colcannon, incluso las etiquetas de los peleteros. En total es más de la mitad de los objetos que echaba en falta Colcannon, y además algunas cosas cuyo robo no había denunciado. ¿Quién se sabe al dedillo un inventario completo de todo lo que tiene? Creemos que la mitad de lo robado está en el piso de su socio, si no es que la ha conseguido vender ya.

—¿Quién es el socio?

—No lo sabemos todavía. Nos lo dirá cuando comprenda que esa es la única manera de conseguir una condena corta. En este momento se cree James Cagney.

—¿Cómo habéis dado con él?

—Pues como de costumbre, por alguien que ha dado el soplo. Puede que haya estado alardeando en un bar, o simplemente haya ido por ahí con mejor aspecto y enseñando un montón de dinero, y alguien haya atado cabos. En su barrio la tercera parte de los que andan por la calle son soplones, y el golpe de los Colcannon ocurrió cerca de allí. ¿A cuánto queda la calle Dieciocho? ¿A un kilómetro y pico? ¿A dos?

Hice un gesto de asentimiento.

—Bueno —dije—, gracias por pasarte por aquí para decírmelo, Ray. Te lo

agradezco.

—En realidad he venido por lo mismo del otro día. Tengo que ir al cuarto de baño.

—Está estropeado.

—¿De veras? —Siguió andando hacia la puerta—. A veces estas cosas se arreglan solas, ¿sabes? Quizá pueda arreglártelo yo. Un tío mío era fontanero y me enseñó un par de cosas hace unos años.

¿Había echado Marilyn el pestillo? Contuve la respiración. Ray giró el tirador y se dio cuenta de que la puerta estaba atrancada.

—¿Qué coño ocurre? —dijo.

—Será por el tiempo que hace.

—Sí, la humedad fastidia las puertas. De todos modos, un viejo ladrón jubilado como tú, debería ser capaz de abrirla.

—Se acaba perdiendo la habilidad.

—Y que lo digas... —Se acercó a la ventana y escudriñó la oscuridad que invadía la calle—. Apuesto a que desde aquí se podría ver el Trade Center si el tiempo fuera algo mejor.

—Se puede.

—Y el bueno de Abel Cornejo podía ver Nueva Jersey siempre que quería. Estoy seguro de que todos los ladrones viven en sitios con vistas sacadas de un libro de fotografías. Lo que se ve desde mi ventana es un primer plano del tendedero de la señora Houlihan... ¿Sabes qué me gustaría encontrar, Bern? Un vínculo que una el caso Colcannon y el caso Cornejo. No tenemos ninguna pista relacionada con este último. Nadie sabe nada.

—¿Qué sabe Conejo sobre Abel?

Oh, Dios mío, ¿por qué le había llamado así?

—¿Conejo? —Ray frunció el entrecejo y parpadeó—. Ya te lo he dicho, se parece a Cagney haciéndose el duro. No creo que le suene el nombre de nada, pero tiene un socio, ¿no? Aunque no sepamos quién es. Pensé que tú, Bern, podrías decirme si alguien hubiera tratado de venderle joyas y plata a Abel Cornejo.

Pensé en ello, o intenté aparentar que lo hacía.

—Abel nunca compraba pieles —dije—. Estaba especializado en sellos, monedas y joyas. ¿Plata? Bueno, si me llegara un *bock* de Revere a las manos, Abel habría sido uno de los varios peristas a los que se lo habría ofrecido. Pero Abel no tenía interés en la plata normal y corriente. Claro que tal vez las cosas hubieran sido diferentes desde el momento en que su precio se puso por las nubes. De todos modos, ¿quién en su sano juicio acudiría a un perista hoy día? Basta con ir a uno de esos sitios donde compran plata a peso para luego echarla a un crisol. O si temes que vas a tener problemas al canjear el cheque le dices a alguien de confianza que lo haga en tu lugar.

No, no me imagino a nadie llevándole plata a granel a Abel.

—Ya, eso mismo pienso yo. ¿Quién está en tu cuarto de baño, Bern?

—Greta Garbo.

—Quería estar sola, ¿eh?

—Eso me ha dicho.

—Ya. Sé que no es la misma mujer que estuvo aquí la otra noche. No hay ningún cigarrillo en los ceniceros. Y el perfume es diferente. No es el mismo que olí la otra vez.

—Se... se está haciendo tarde, Ray.

—Cierto. Nunca se hace temprano, ¿verdad? ¿Qué te llevaste de la caja de seguridad de los Colcannon, Bern?

—Ni siquiera he visto esa caja de seguridad.

—Colcannon incluyó en la lista un par de cosas que tenía guardadas en ella. Un reloj y algunas joyas, creo que unos pendientes. No los hemos encontrado en el piso de Margate. Sería toda una coincidencia si los encontráramos en Riverside Drive, ¿no te parece?

—No sé adónde quieres ir a parar.

—Pues te lo voy a decir, Bern. La mitad de las veces no lo sé ni yo mismo. Lo único que hago es husmear a ciegas. Es como hacer un rompecabezas por un sistema de tanteo, cogiendo diferentes piezas e intentando ponerlas de una u otra manera para ver cuáles y cuáles no.

—Debe de ser fascinante.

—Ajá... ¿Cómo es que conoces a Margate?

—No lo conozco. Esas dos piezas del rompecabezas no encajan.

—¿No? Habría jurado que sí. ¿Cómo es posible que sepas que le llaman Conejo?

—Así es como le has llamado, Ray.

—Yo diría que no. Creo que le he llamado George.

—En efecto, pero eso ha sido la primera vez que te has referido a él. Luego ha habido otra ocasión en que le has llamado Conejo.

Ray hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Sigo pensando que no. Me he cuidado de llamarle Conejo precisamente para ver si tú lo hacías.

—Te habrás ido de la lengua.

—Uno de los dos lo ha hecho. —Volvió a ponerse el sombrero y, tras arreglarse el ala, dijo—: Bueno, es hora de que vuelva a casa. Ya puedes decirle a esa chiquita que salga del cuarto de baño. Viviendo en estos tiempos no sé cómo puede sentirse cohibida. Pero bueno, eso no es más que la opinión de un jodido poli; en este trabajo uno acaba sospechando de todo el mundo. —Suspiró—. Los ladrones y los peristas tienen siempre las mejores vistas... Y también las mejores mujeres. La única mujer

que encontrarás en el cuarto de baño de mi casa es mi esposa, y cuando miro por la ventana, si no veo la colada de la señora Houlihan, me encuentro con la señora Houlihan. Si me dieran a elegir, preferiría mirar la ropa, te lo aseguro.

—Entiendo.

—No esperaba menos de ti. Lo que detestaría ver, Bern, es que te colgaran lo de los Colcannon. Si ya tienen a Conejo, ¿por qué habrías de pagar tú por ello? ¿Sabes a qué me refiero?

Guardé silencio.

—Pero si puedo sacar algo por las molestias que me estoy tomando, quizá logre olvidar algunas de las cosas en las que casualmente me estoy fijando. ¿Sabes a qué me refiero, Bern?

Sabía a qué se refería.

Cuando Ray se fue, eché los cerrojos y permanecí delante de la puerta durante un buen rato. Luego descorrí los cerrojos y abrí un resquicio para tener una perspectiva del pasillo hasta los ascensores. A menos que se estuviera haciendo el listo y se hubiese escondido tras una esquina, Ray se había marchado.

Así pues, volví a echar los cerrojos, fui al cuarto de baño y le dije a Marilyn que no había moros en la costa.

Había oído la mayor parte de la conversación. Hablamos, y cuando acabamos tuve la impresión de que creía que yo no tenía nada que ver con el asesinato de Wanda Colcannon. Sin embargo sabía que Conejo también era inocente del asesinato y quería sacarle del atolladero.

—¿Y el socio? —le pregunté—. ¿Con cuántos tipos trabajó Conejo?

—Sólo con uno.

—¿Sabes quién es?

—No sé si debo decirlo.

—Bueno, yo no se lo diré a nadie. Y es probable que la policía ya sepa quién es, si es que aún que no lo han detenido.

—Conejo no se chivaría nunca.

—Tal vez sí tal vez no —dije—. La mayoría de la gente lo hace tarde o temprano. Pero incluso si Conejo es el hueso más duro desde G. Gordon Liddy, es probable que la poli pille a su socio de la misma manera que le han pillado a él. Algún vecino atará cabos e irá a comisaría a contarlo.

—¿Por qué quieres saber quién es?

—Porque quizá se repartió lo robado con Conejo y luego volvió solo a la casa de los Colcannon para probar suerte con la caja de seguridad. O tal vez fue en compañía de una tercera persona.

—¡Oh! —Marilyn se llevó un dedo a su puntiaguda barbilla. En los ojos, observé, no le hacía falta tanto maquillaje. Ya eran lo bastante grandes sin él—. No creo que

Harlan fuera capaz de algo así.

—¿Harlan?

—Harlan Reese. Dieron el golpe juntos. Si Harlan volvió... No, no lo considero capaz de algo así, al menos sin decírselo a Conejo.

—Puede que volvieran juntos.

—Todavía piensas que fue Conejo quien lo hizo.

—Yo no he dicho eso. De todos modos, ¿cómo sabes lo que pudo hacer Harlan?

—Conejo no volvió a la casa. Estoy segura.

No insistí. Hablamos del tercer grupo de ladrones sobre el que Carolyn y yo habíamos conjeturado y, mientras le contaba la teoría, me resultó tan difícil de explicarla con precisión como la idea del esquivo tercer asesino de *Macbeth*: Un par de gamberros habían encontrado un tragaluz roto por casualidad mientras saltaban ociosamente por los tejados con la esperanza de hallar algún lugar para dar un golpe, se habían introducido por él con intenciones delictivas y habían cometido un homicidio de poca importancia antes de irse.

Hasta aquel momento me había creído aquella posibilidad. Ahora en cambio tenía la impresión de que en la escalera de la verosimilitud ocupaba un peldaño situado entre el ratoncito Pérez y el Coco.

Ray estaba en lo cierto, aunque por motivos equivocados. Los dos asesinados, Abel y Colcannon, estaban relacionados de alguna forma. La única manera que tenía Conejo Margate de librarse de una acusación de asesinato consistía en que alguien diera con el verdadero asesino, ya que la policía no iba a ocuparse de ello de ningún modo. Si creía que ya tenía al verdadero asesino, ¿por qué iría a buscar en otra parte?

El problema era que si Conejo no quedaba libre de toda sospecha, yo me encontraba en un lío, puesto que, por una parte, la hermana de Conejo sabía que yo había estado en casa de los Colcannon después de que su hermano se marchara y, por la otra, Ray sabía que yo conocía a Conejo antes de que él lo mencionara y suponía que yo estaba relacionado tanto con Colcannon como con Abel, por lo que tarde o temprano haría algo al respecto.

Para empezar, podía llevar a cabo un registro en el piso de Abel del tipo que yo había hecho, y si bien no creía que fuera a encontrar el dinero oculto en el teléfono o los sellos raros que había en los libros, tampoco creía que fueran a escapársele el reloj y los pendientes. Y en cuanto los encontrara, ordenaría que buscaran huellas por todo el piso.

Entonces yo estaría metido en un lío. La poli había buscado huellas después de hallar el cadáver de Abel, razón por la cual yo no me había tomado la molestia de ponerme guantes durante mi reciente visita. (Esa era una de las razones; la otra era que, ¡oh!, había olvidado llevar un par). Así pues, mis huellas estaban por todo el jodido piso, y aunque esto quizá no constituyera una prueba de asesinato (dado que

no las habían recogido durante la primera inspección), sí demostraría, y de manera convincente, que yo había ido de visita al piso de Abel después de su muerte. ¿Cómo iba a explicar aquello?

Cogí el teléfono y llamé a Carolyn. No obtuve respuesta. Llamé a Denise, y Jared me dijo que su madre aún no había regresado a casa. Llegué a la conclusión de que algo realmente grave sucedía con los teléfonos, puesto que no dejaba de llamar a gente y de recibir llamadas y nadie lograba hablar con nadie. Mi vida se estaba convirtiendo en una mala metáfora del fracaso de las comunicaciones en la época de la alienación.

Llamé al 262 4200. El teléfono sonó y lo cogieron; durante un minuto escuché sin decir palabra. Seguidamente colgué el auricular y me volví hacia Marilyn, quien me estaba mirando con cara de extrañeza.

—No has dicho nada —dijo.

—Cierto. Voy a ayudarte.

—¿Cómo?

—Haciendo que suelten a Conejo.

—¿Y cómo vas a hacer eso?

—Averiguando quién es el tercer ladrón. Descubriendo quién mató realmente a Wanda Colcannon.

Tuve miedo de que me preguntara cómo pensaba hacer todo aquello, ya que no habría sabido qué responderle. Lo que sí me preguntó fue el motivo:

—El último número que he marcado ha sido el del teléfono de la oración.

—Muy gracioso.

—Lo digo en serio. La oración de hoy es más o menos así: «Oh, Señor, permíteme hoy hacer algo que no haya hecho nunca. Enséñame una nueva manera de servir de ayuda a otro ser humano». No es esto exactamente lo que decía, pero sí lo esencial.

Marilyn enarcó sus perfiladas cejas y dijo:

—El teléfono de la oración...

—Llama tú misma si no me crees.

—Y esta es la razón por la que vas a ayudar a Conejo.

—Es una razón. ¿No te vale?

—Sí —respondió—. Supongo que sí... Supongo que tendrá que valerme.

Marilyn quería salir inmediatamente. Tenía que hablar con un abogado para sacar a Conejo bajo fianza (lo cual tenía tantas posibilidades de suceder como todo lo contrario) y ponerse en contacto con Harlan Reese. Sin embargo, cuando le advertí que Ray Kirschmann podía estar merodeando por el vestíbulo o mirando a hurtadillas desde la acera de enfrente, cambió radicalmente de opinión.

—Dios mío —exclamó—. Tal vez lo que debería hacer es quedarme aquí.

La miré, un sueño *en rouge et noir* hecho realidad, aspiré su perfume y oí con asombro mi propia voz, que le decía que no creía que aquella fuera una buena idea.

—Tienes cosas que hacer —dije—. Y yo también. Así que será mejor que vayamos a hacerlas. Además Ray podría mosquearse y volver aquí con una orden de registro, y el cuarto de baño dejaría entonces de ser un lugar sacrosanto. De todos modos permíteme que te diga una cosa: quizá deberías dejar la pistola aquí.

Ella hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No es mía. Mi jefa la tiene por si nos atracan. Me parece que simplemente le gusta tenerla, ¿sabes? ¿A quién se le podría ocurrir atracar un salón de belleza?

—¿Trabajas en un salón de belleza?

Asintió con la cabeza.

—El Peinado Aparente. Somos cuatro peluqueras y Magda, la dueña. Mañana tengo que ir a trabajar y la dejaré en su sitio.

—Mejor. Porque si la policía la encuentra en tu bolso...

—Lo sé.

Estábamos en el pasillo y me disponía a echar la última llave, cuando sonó el teléfono. Apreté los dientes. Aunque abriera todo y corriese a cogerlo, no llegaría a tiempo, y si llegaba, sería sólo alguien que querría ofrecerme una suscripción para el *Star Ledger* de Newark con los gastos de envío incluidos. Que se fueran a hacer puñetas.

El ascensor pasó por el vestíbulo y nos llevó hasta el sótano. Atravesamos la lavandería y recorrimos un corredor mal iluminado, el cual conducía a la entrada de servicio. Abrí la puerta y dejé que Marilyn pasara primero; subió por el corto tramo de escaleras, abrió su paraguas rojo y negro y desapareció en la oscuridad de la noche.

Al volver a mi piso, me quedé un momento mirando ceñudamente el teléfono y preguntándome cuántas veces habría sonado en lo que había tardado en acompañar a Marilyn a la calle. Ahora no estaba sonando, y ya era lo bastante tarde para desistir de hacer más llamadas. Lo intenté una vez: marqué el número de Carolyn y no obtuve respuesta, lo cual no me sorprendió.

Las cuatro tacitas de café exprés ya habían empezado a perder efecto, pese a lo

cual me serví un saludable copazo de *whisky* escocés sin hielo para que lo acabaran de perder antes. Me lo bebí de un trago y a continuación saqué un vaso más grande de una alacena y mezclé un par de dedos de *whisky* con el doble de leche. La bebida perfecta para antes de irse a la cama: la leche forma una capa en tu estómago y el *whisky* te destroza el hígado.

Sonó el teléfono.

Salté por él y antes de llevarme el auricular al oído respiré hondo para tranquilizarme. Una voz masculina, la misma que había oído hacía casi veinticuatro horas, dijo:

—¿Rhodenbarr? Quiero la moneda.

—¿Y quién no?

—¿Qué quieres decir?

—Todo el mundo la quiere. Y a mí tampoco me importaría ponerle las manos encima.

—No bromees conmigo. Sé que tienes la moneda.

—Eso era antes. Ahora ya no la tengo.

Se hizo un silencio, y por el momento pensé que se había cortado la comunicación. Entonces la voz dijo:

—Estás mintiendo, capullo.

—No. ¿Crees que estoy tan loco como para meterla en el mismo bolsillo que las llaves y la medalla de san Cristóbal? Yo no haría algo así, y tampoco la guardaría en casa con todos los robos que, según dicen, se cometen en la ciudad.

La última frase ni siquiera fue merecedora de una risita.

—¿Puedes recuperarla?

—Está en un lugar donde puedo conseguirla.

—Consíguela *ahora* —me instó—. Di el precio que quieres y concertaremos una cita. Tengo el resto de la noche libre y...

—Me temo que no puedo decir lo mismo —le interrumpí—. Si no logro dormir el tiempo suficiente, a la mañana tengo un humor de perros. Sea como sea, no podría conseguir la moneda a esta hora incluso si quisiera, lo cual no es el caso. Me temo que habrá que esperar hasta mañana.

—¿Mañana a qué hora?

—No sabría decirlo. Dame un número para ponerme en contacto contigo.

—Olvídate de eso, Rhodenbarr. Yo llamaré. Calcula cuánto tiempo necesitarás para obtener la moneda, luego regresa a tu piso a la hora acordada y te llamaré. Dime la hora.

En otras palabras, ve a un lugar determinado a una hora determinada con la moneda en la mano.

—Lo veo difícil —contesté—. Escucha. Hay otro número al que puedes llamar

para ponerte en contacto conmigo mañana a las dos de la tarde.

—¿Y qué número es?

Le di el de Carolyn. El piso de alquiler controlado donde vive se lo subarrienda un tipo llamado Nathan Aranow, y como según el registro él sigue siendo el arrendatario, el número de teléfono de Carolyn está a su nombre. (La mitad de los habitantes de Nueva York se organiza de esta manera; la otra mitad paga quinientos dólares al mes por un estudio). No creía que lograra averiguar el nombre y la dirección con el número de teléfono, y si lo conseguía, ¿cómo iba a encontrar a Nathan Aranow? Carolyn se limitaba a enviar un giro postal firmado con ese nombre al dueño de su piso cada mes. Según teníamos entendido, Nathan Aranow había desaparecido años atrás en una riada.

Repitió el número.

—¿Sabe alguien más que tienes la moneda? —preguntó entonces.

—No, nadie.

—¿No tienes un cómplice?

—Siempre trabajo solo.

—¿Y no has hablado con nadie?

—He hablado con muchísima gente, pero no de la moneda.

—¿Entonces nadie sabe que la tienes?

—No que yo sepa —respondí—. Nadie sabe que ha desaparecido. Sólo tú, Herbert Franklin Colcannon y yo, a menos que él se lo haya dicho a otra persona, aunque lo dudo. —De lo contrario, Ray Kirschmann habría olfateado el rastro de medio millón de dólares, y en tal caso no habría dejado de babear sobre mi alfombra—. Es posible que no denuncie su robo, sobre todo si no la tenía asegurada. Y si tiene motivos para no hacerlo.

—No ha denunciado el robo.

—Claro que Conejo podría hablar...

—¿Conejo?

—George Edward Margate. ¿No es esa la razón por la que le indicaste la casa de los Colcannon? Deberías haber elegido a una persona que supiera abrir una caja de seguridad.

Se oyó una risita grave y larga.

—Muy listo —dijo—. Debería haber pensado en ti para organizado todo.

—No te quepa la menor duda... Tal vez fuera más fácil si supiera tu nombre.

—Tal vez —repitió—. Te llamaré mañana a las dos en punto. Ese número es del Village, ¿verdad?

—Tengo una librería en la calle Once. Tiene dos teléfonos; uno figura en el listín y el otro no. Te he dado el número que no figura en el listín.

—¿Voy entonces a la librería?

—No —respondí—. Llama a ese número a las dos.

Colgué y volví a coger mi *whisky* con leche. La leche estaba tirando a tibia, aunque se supone que eso es una ventaja cuando quieres conciliar el sueño. Me senté, bebí un trago y pensé que acababa de soltar toda una sarta de mentiras. Bien. El teléfono de la oración no había dicho nada concreto sobre la sinceridad, sólo que había que servir de ayuda a otro ser humano, y si no era precisamente aquello lo que yo iba a hacer, tendría que venir alguien a explicarme de qué se trataba.

Sonó el teléfono y lo cogí. Era Carolyn.

—Llevo toda la noche llamándote —dijo—. ¿Qué demonios has estado haciendo? O no contestabas o estabas comunicando, o si no me equivocaba de teléfono. ¿Qué estabas haciendo?

—De todo.

—¿Vas a tener que ponerte gafas?

—¿Gafas?

—¿No me has dicho antes que tenías que ir al oftalmólogo?

—Ah sí, es verdad...

—¿Tienes que ponerte gafas?

—No, pero me han dicho que tengo que dejar de leer a oscuras.

—Eso podía habértelo dicho yo. ¿Estás bien? Tu voz suena un poco rara.

La suya sonaba algo achispada, pero me abstuve de comentarlo.

—Estoy bien —contesté—, si exceptuamos que me siento agotado. Han ocurrido muchas cosas, pero no puedo hablar ahora, de veras.

—¿Tienes compañía?

—Sí —dije. Entonces pensé que sería mejor que dejara de contar mentiras antes de que empezara a crecerme la nariz—. No.

—Sabía que la respuesta tenía que ser una de las dos. Pero ¿cuál es?

—Estoy solo —respondí—. ¿Estás en casa?

—No; estoy de bares. ¿Por qué?

—¿Vas a volver a casa luego?

—Sí, a menos que tenga suerte, pero no lo parece. ¿Por qué?

—¿Vas a estar en casa por la mañana o vas a estar en la Casa del Caniche?

—He dejado de trabajar los sábados, Bernie. No tengo que hacerlo desde que me metí en el negocio de los robos y el dinero me llega a fin de mes. ¿Te acuerdas?

—¿Podrías pasarte por la tienda cuando te despiertes, coger tu contestador automático y llevártelo a tu piso? —pregunté.

—¿Por qué habría de hacer eso?

—Estaré allí a eso de las diez y te lo contaré.

—Joder... Eso espero.

En cuanto colgué, el teléfono volvió a sonar. Era Denise, que por fin había

llegado a casa y contestaba a mi llamada. Le pregunté si le gustaría tener compañía a eso de la una y media.

—¿Ahora mismo? —dijo.

—Me refiero a mañana por la tarde. ¿Te parece bien si voy a tu casa por unos minutos?

—Claro. ¿Pero sólo por unos minutos?

—Puede que una hora como mucho.

—Sí, claro, ¿por qué no? ¿Supone esto un paso adelante en el proceso de continuo desarrollo que caracteriza nuestra relación? ¿Estás reservando un polvo relámpago o algo por estilo?

—No —contesté—. Estaré allí a la una y media aproximadamente, quizá a las dos menos cuarto, y te lo explicaré todo.

—Me muero de ganas.

Colgué y me desnudé. Cuando me hube quitado los calcetines, sentado en el borde de la cama, observé mis pies. Jamás los había examinado detenidamente con anterioridad y, desde luego, nunca me había parado a pensar que fueran estrechos. Ahora me lo parecían, sin lugar a dudas: eran estrechos, alargados, escuálidos y ridículos. Y saltaba a la vista: el segundo dedo era más largo que el dedo gordo. Traté de encogerlo, pero no sirvió de nada.

Tenía pie de Morton, de acuerdo, y aunque aquel hecho no era tan desalentador como tener un verdadero Wassermann, no puedo decir que me hiciera feliz.

En ese momento sonó el teléfono.

Lo cogí y una mujer con acento inglés dijo:

—Perdone la molestia.

Mascullé algo.

—¿Bernard Rhodenbarr?

—Sí.

—Creía que quizá había marcado el número del pronóstico del tiempo. Ha dicho: «Llueve sobre mojado».

—No pensaba que lo hubiera dicho tan alto.

—Pues sí, y además, es cierto: está lloviendo y... lamento llamar tan tarde. Me ha resultado imposible ponerme en contacto con usted. Me llamo Jessica Garland. No sé si mi nombre le suena.

—Así, de buenas a primeras, no, pero mi mente no está muy despierta en este momento. Sobre todo si soy capaz de responder al teléfono diciendo una contraseña sacada de una película de espías.

—¿Sabe qué le digo? Que eso es precisamente lo que me ha parecido. Pensaba que tal vez mi abuelo le habría mencionado mi nombre en alguna ocasión, señor Rhodenbarr.

—¿Su abuelo?

—Abel Cornejo.

Puede que la mandíbula me quedara colgando por un momento. Luego dije:

—¿Una nieta de Abel? Ni siquiera sabía que hubiera estado casado...

—No sé si lo estuvo. Con mi abuela no se casó, de eso estoy segura. Ella era de Budapest, y fueron amantes en Viena antes de la guerra. Cuando los nazis anexionaron Austria en 1938, ella salió del país con mi madre en brazos y la ropa que llevaba puesta. Nada más. El regalo de despedida de mi abuelo fue una pequeña fortuna en sellos raros que ella escondió en el forro de su abrigo. Se trasladó de Viena a Amberes, donde vendió los sellos, y de allí a Londres, donde murió durante los bombardeos. Mi abuelo acabó en un campo de concentración y sobrevivió.

—¿Y su madre...?

—Mi madre tenía cinco o seis años cuando murió mi abuela. Fue adoptada por una familia de barrio y creció como una niña inglesa más. Se casó joven y me tuvo pronto. Creía que su padre había muerto en un campo de concentración o en la guerra. Debí de ser hace unos seis años cuando se enteró de que estaba vivo... Pero bueno, qué manera de hablar, ¿no le parece? ¿Le estoy aburriendo?

—En absoluto.

—¿De veras? Bien, un buen día mi abuelo apareció en el portal de nuestra casa, en Croydon. Al parecer había contratado a un par de investigadores y al final consiguió dar con la pista de mi madre. Esta se había convertido en la típica ama de casa inglesa de barrio residencial, mientras que mi abuelo... Bueno, ya sabe el tipo de vida que llevaba.

—Sí.

—Regresó a Estados Unidos. Empezó a escribirnos cartas, pero las dirigía más bien a mí y a mi hermano que a mi madre. Hace un par de años nos escribió con la sugerencia de que tal vez a mí me gustaría vivir en Estados Unidos, sugerencia que llegó en el momento oportuno. Dejé mi odioso trabajo, planté a mi aburrido novio y cogí un DC-10 de Freddie Laker. En resumidas cuentas... ¿Sabe? Cuando la gente dice «en resumidas cuentas», ya es demasiado tarde... El caso es que vivo aquí desde entonces.

—¿En Nueva York?

—En Brooklyn, para ser exactos. ¿Conoce Cobble Hill?

—Más o menos.

—Al principio viví en un hotel residencial para mujeres situado en Gramercy Park. Luego me trasladé aquí. El trabajo que tengo no es odioso, el joven con el que vivo no es nada aburrido y, a decir verdad, rara vez siento nostalgia. Me estoy yendo por las ramas, ¿verdad? Es culpa del agotamiento físico y emocional. Además tengo un motivo para contárselo.

—Lo suponía.

—Es usted una persona muy confiada. El motivo es que mi abuelo me habló de usted, y no sólo en calidad de, mmm... ¿qué tal suena socio?

—Suena bien.

—Sino también como amigo, ¿comprende? Ahora está muerto, como usted bien sabe, y voy a echarlo de menos. Creo que ha muerto de una manera espantosa y espero que atrapen al culpable; pero mientras tanto es a mí a quien corresponde ocuparse de todo. No sé qué habría preferido mi abuelo en lo tocante al entierro, ya que nunca hablaba sobre la posibilidad de su propia muerte. No sé si dejó escrita alguna carta al respecto, y si así es, todavía no ha salido a la luz. Como es natural, la policía tiene el cadáver en el depósito y no sé cuándo van a dar permiso para sacarlo de allí. Cuando lo den organizaré una especie de entierro de carácter privado sin ninguna clase de ceremonia, pero mientras tanto supongo que lo adecuado sería celebrar un funeral, ¿no le parece?

—Es una buena idea.

—A decir verdad, ya he preparado algo. Se va a celebrar un funeral en la iglesia del Redentor de la calle Henry, entre Congress y Amity. Eso queda aquí, en Cobble Hill. ¿Sabe dónde cae?

—Sabré encontrarlo.

—Es la única iglesia que permite celebrar funerales los domingos. Nos reuniremos allí a las dos y media de la tarde. No será una ceremonia religiosa porque mi abuelo no era un hombre religioso, aunque, eso sí, tenía un lado espiritual. No sé si alguna vez le mostró a usted ese lado.

—Conozco el tipo de libros que le gustaba leer.

—Sí, todos los grandes filósofos moralistas. He dicho en la iglesia que vamos a organizar nuestra propia ceremonia. Clay, el hombre con el que vivo, va a leer algo. Le tenía mucho cariño a mi abuelo. Es probable que yo también lea algo. He pensado que tal vez usted quisiera participar en la ceremonia, señor Rhodenbarr.

—Llámeme Bernie. Sí, es posible que pueda encontrar algo para leer. Me gustaría hacerlo.

—Basta con que diga unas palabras. O también puede hacer ambas cosas. —Titubeó—. Quería decirle otra cosa. Veía a mi abuelo cada pocas semanas y en ciertos aspectos estábamos muy unidos; sin embargo, no solía hablarme sobre sus... sus socios. Sé que usted era amigo suyo, y también que tenía un par más del mismo tipo; no obstante, quizá logre usted acordarse de alguien más que quisiera asistir a la ceremonia sin que ello diera lugar a problemas.

—Es posible.

—¿Por qué no invita a las personas que se le ocurran sin más? Podría invitarlas usted mismo sin necesidad de hablar conmigo.

—Muy bien.

—Yo ya he hablado con varios vecinos de su casa, y una mujer va a poner un aviso en el vestíbulo. Supongo que debí hablar en la iglesia de su barrio, porque algunos vecinos tienen dificultades para desplazarse. Pero había llegado a un acuerdo con la iglesia del Redentor antes de que se me ocurriera hacerlo. Espero que no les importe tener que desplazarse hasta Brooklyn.

—Quizá se convierta en una aventura para ellos.

—Espero que haga buen tiempo. Se espera que deje de llover para entonces, aunque los meteorólogos no suelen dar garantías, ¿verdad?

—No por regla general.

—Pues es una lástima. Lamento haberme ido por las ramas, señor Rhodenbarr, pero es que...

—Bernie.

—Sí, Bernie. Es tarde y estoy cansada, más de lo que pensaba. ¿Procurará asistir? ¿El domingo a las dos y media? ¿E invitará a todas las personas de las que logre acordarse?

—Por supuesto —contesté—. Y también prepararé algo para leer.

Apunté la hora, la dirección y el nombre de la iglesia. A Carolyn le gustaría ir, naturalmente. ¿Y a quién más?

Me acosté y traté de acordarme de alguien que conociese y quisiera asistir al funeral de Abel. No conocía a muchos ladrones, ya que siempre he preferido la compañía de los ciudadanos que viven conforme a la ley, y no sabía quiénes eran los amigos de Abel. ¿Querría Ray Kirschmann hacer el viaje? Pensé en ello y supuse que era posible.

Mi mente empezó a divagar. De modo que Abel tenía una nieta... ¿Cuántos años tendría Jessica Garland? Su madre habría nacido en torno a 1936, y si en efecto había contraído matrimonio joven y había tenido a Jessica pronto, veinticuatro o veinticinco años de edad parecía un cálculo bastante razonable. No me resultaba difícil imaginarme a Abel desempeñando el papel de anfitrión con una joven de aproximadamente aquella edad, contándole mentiras encantadoras sobre los viejos tiempos en las cafeterías vienesas y ofreciéndole una y otra vez *Strudel* y relámpagos de chocolate.

No me había hablado de ella ni una sola vez, el viejo zorro.

Cuando ya casi había logrado conciliar el sueño, una idea me despertó como si alguien me hubiera propinado un codazo. Me levanté, busqué un número de teléfono y llamé. El teléfono sonó cuatro veces antes de que un hombre contestara.

Guardé el mismo silencio que si hubiera llamado al teléfono de la oración. Escuché, y el hombre que había respondido dijo: «¿Sí?» varias veces,

quejumbrosamente, mientras sonaba una música de fondo que un perro interrumpía soltando algún que otro ladrido. Entonces colgó (el hombre, digo yo, no el perro), y volví a acostarme.

Una de las cosas que había hecho entre llamada y llamada era poner el despertador, el cual me despertó con el entusiasmo de un tonto cuando llegó la mañana. Me levanté y logré ducharme, afeitarme y tomarme la primera taza de café a tuestas. A continuación puse la radio, tosté un par de rebanadas de pan integral, las unté de mantequilla y mermelada, las comí, bebí más café, descorrí las cortinas y miré el amanecer con ojos entornados.

Tenía aspecto prometedor, incluso para unos ojos entornados. Al este, unos nubarrones todavía oscurecían los primeros rayos del sol; al oeste, en cambio, el cielo estaba despejado. Los vientos suelen soplar de aquella dirección, barriendo el tiempo del día anterior hacia el Atlántico, el cual, en este caso, se encontraba exactamente donde le correspondía. El cielo mostraba un marcado tono azul sobre el Hudson.

Me serví otra taza de café, cogí el teléfono y el listín, me arrellané en la silla menos incómoda, miré con tristeza mis pies de Morton y ordené a los dedos de la mano que dieran los primeros pasos.

Mi primera llamada fue a la Sociedad Americana de Numismática, que se encuentra a casi siete kilómetros de distancia de mi piso, en Broadway con la calle Ciento cincuenta y seis. Me presenté como James Klavin, del *New York Times*, y expliqué que estaba escribiendo un artículo sobre el *Nickel-V* de 1913. ¿Podría usted decirme alguna cosa sobre la moneda? ¿Era cierto, por ejemplo, que, sólo se conocía la existencia de cinco ejemplares? ¿Sabía dónde se encontraban dichos ejemplares? ¿Podía decirme cuándo había sido la última vez que uno de ellos había cambiado de propietario? ¿Y el precio por el que se había llevado a cabo la transacción?

Casi todo el mundo quiere colaborar con la prensa. Preséntate como un periodista y podrás hacer una retahíla de preguntas impertinentes sin preocuparte del tiempo que pueda costar responderlas. Además, lo único que la gente te pedirá a cambio es que escribas su nombre correctamente. El hombre con el que hablé, el señor Skeffington, me dijo que tal vez le llevara un rato hallar la respuesta a mis preguntas y se ofreció a llamarme cuando lo hubiera conseguido. Le respondí que prefería esperar, y lo hice durante diez minutos, bebiendo café y moviendo los dedos de los pies mientras él corría de aquí para allá dando todos los pasos que debería haber dado yo.

Al cabo se puso de nuevo al teléfono y me dijo más de lo que en realidad necesitaba saber, repitiendo lo que Abel nos había contado el martes por la noche. Había en efecto cinco ejemplares, cuatro de ellos de propiedad pública y uno de propiedad privada, y podía facilitarme los nombres de las cuatro instituciones y del coleccionista privado.

El señor Skeffington no me sirvió de tanta ayuda en lo tocante al precio. La Sociedad Americana de Numismática era una organización altruista más interesada

en las cuestiones relativas a la investigación, como las variedades de cuño y el contexto histórico de la numismática, que en consideraciones tan burdas como el dinero que valía una moneda. La transacción monetaria más reciente de la que el señor Skeffington tenía constancia era una venta a la que Abel había hecho mención: la de 1976, por ciento treinta mil dólares. Según Abel, después de aquella fecha se había efectuado una venta por un precio sustancialmente más alto.

Llamé a los cuatro museos. En el Smithsonian de Washington, el director de monedas y medallas era un caballero de voz grave y apellido con guión que me confirmó que el *Nickel-V* de 1913 era parte de los fondos de numismática del museo y me explicó que la moneda había sido donada por la señora R. Henry Norweb en 1978.

—Está en la colección permanente —me informó— y es muy popular. Los turistas la miran embobados y se dicen los unos a los otros lo bella que es. El ejemplar que tenemos es una pieza de prueba mate, pero por lo demás es igual que cualquier moneda de cinco centavos con la cara de la Libertad, es decir, desde el punto de vista del diseño numismático no se puede decir que sea un ejemplar extraordinario. Cabría sostener esto en el caso del cuarto de dólar con la Libertad de pie o en el de la pieza de veinte dólares oro en alto relieve de san Gaudeano, pero en el de la moneda de cinco centavos con la cara de la Libertad... ¿Qué confiere a esta moneda su belleza? Pues su rareza y su leyenda... La gente también se queda boquiabierta al ver un diamante, pese a que no podría diferenciarlo de un cristal tallado, al menos a simple vista. ¿Qué quiere saber exactamente sobre nuestra moneda?

—Sólo quería asegurarme de que aún la tienen ahí.

Se oyó una risilla lacónica.

—Oh, sí, aún la tenemos aquí. Todavía no nos hemos visto en la necesidad de venderla. No se puede comprar gran cosa con una moneda de cinco centavos hoy en día, así que supongo que por ahora nos la quedaremos.

Una mujer del Museo de Bellas Artes de Boston me confirmó que entre las estrellas de la colección de monedas del museo había un *Nickel-V* de 1913, posición que había ocupado desde poco después de la Segunda Guerra Mundial, que era cuando había sido legada a la institución.

—Es una pieza numismática sumamente importante —me explicó como si leyera un catálogo—, y nos alegramos de tenerla aquí, en Boston.

Un ayudante del director del Museo de Ciencias e Industria también se alegraba de tener la tercera moneda de cinco centavos en Cincinnati, donde permanecía depositada desde mediados los años treinta.

—Hemos tenido que desprendernos de una cuantiosa parte de nuestros fondos de monedas durante los últimos años —me informó—. Se nos han planteado problemas

de presupuesto, y las monedas han aumentado de precio tan drásticamente que parecían representar una cantidad desproporcionada de nuestro capital en relación con su valor en la colección. Hemos sufrido algunas presiones para deshacernos del conjunto de las monedas, tal como hicimos con nuestros sellos, pero la situación es diferente, ya que nuestra colección de filatelia no era más que de tercera categoría. El *Nickel-V* de 1913 es la estrella de las piezas expuestas. No tenemos planeado desprendernos de ella, y no porque no me lo hayan sugerido. Es muy popular, sobre todo entre los niños. No me extrañaría que alguien estuviera viéndola en este preciso momento.

El cuarto *Nickel-V* había pertenecido al Museo de la Sociedad de Historia de Baltimore hasta hacía poco más de un año, según pude averiguar gracias a una mujer cuyo acento daba a entender que procedía de un lugar situado bastante más al sur que Baltimore.

—Era la única moneda importante que teníamos —me explicó—. En realidad sólo estamos interesados en objetos relacionados con la historia de la ciudad de Baltimore, pero la gente suele legar sus propiedades más preciadas a los museos y, al mismo tiempo, nosotros solemos aceptar lo que se nos deja. Tuvimos esa moneda durante muchos años, y naturalmente su valor fue subiendo; de vez en cuando se hablaba de la posibilidad de enviarla a una subasta o de venderla en secreto a una institución afín. Entonces una fundación de Filadelfia dedicada exclusivamente a la numismática acudió a nosotros ofreciéndonos por ella el retrato que pintó Copley de Charles Carroll de Carrollton. —A continuación me explicó que Charles Carroll, nacido en Annapolis, había sido miembro de uno de los llamados «congresos continentales», firmante de la Declaración de Independencia y senador de Estados Unidos. Yo ya sabía quién era Copley—. Era una oferta que no podíamos rechazar —dijo la mujer solemnemente con un marcado acento del Sur, y yo imaginé a Marlon Brando en el papel de don Corleone, apuntando con una pistola a la cabeza de aquella belleza sureña e instándola a que le cambiara la moneda por el retrato.

La institución de Filadelfia se llamaba Museo de Numismática Americana e Internacional, y el hombre con quien hablé me dijo que su nombre era Milo Hracec y lo deletreó. Era el subdirector del museo, explicó; su jefe era Howard Pitterman, cuyo nombre también deletreó, y tenía los sábados libres.

Hracec me confirmó que, efectivamente, el museo poseía una moneda de cinco centavos de 1913.

—Forma parte de nuestra serie de tipos de monedas estadounidenses —dijo—. ¿Sabe usted lo que es un tipo? Un ejemplar de cada modelo. La colección de tipos se ha hecho popular debido a la dificultad que supone reunir series completas por fecha y marca. Por supuesto esta no es la principal consideración aquí, ya que el señor Ruslander ha puesto a disposición del museo unos fondos muy generosos.

—¿El señor Ruslander?

—Gordon Ruslander, de la Casa de la Moneda Liberty Bell. Es probable que conozca usted sus series de medallas para coleccionistas.

En efecto, las conocía. Al igual que la Casa de la Moneda Franklin, la Casa de la Moneda Liberty Bell estaba especializada en juegos de medallas nuevas que vendía a coleccionistas mediante suscripciones con la esperanza de que los pequeños discos de plata incrementarían algún día su valor. Siempre habían sido una droga para el mercado de reventas, y en más de una ocasión yo había dejado juegos de medallas sobre las mesas de sus dueños pensando que no merecía la pena robarlos. Ahora, con la repentina subida del precio de la plata, las muy puñeteras habían llegado a valer más del triple del precio de salida de la plata en barras.

Según pude averiguar, Ruslander había fundado el Museo de Numismática Americana e Internacional tres años atrás, donando a la institución su colección personal junto con una cuantiosa cantidad de dinero. La serie de tipos estadounidenses, en la cual se encontraba el *Nickel-V*, era la principal atracción del museo.

—En una serie de tipos —me explicó Hracec— cabe cualquier moneda de un tipo determinado. Sin embargo, para la colección del museo nos esforzamos por conseguir la variedad de fecha y marca más rara que se pueda obtener por tipo, en lugar de conformarnos con un ejemplar corriente y de precio accesible. En 1873-1874, por ejemplo, las monedas de diez centavos con la Libertad sentada fueron acuñadas con las flechas flanqueando la fecha. Los ejemplares que no salieron a la circulación de las emisiones de Filatelia y San Francisco valen entre seiscientos o setecientos dólares y quizá mil o mil doscientos dólares. La moneda que tenemos nosotros, la *1873-CC*, que fue acuñada en Carson City, es un ejemplar de una calidad superior a la que se vendió en una subasta de Kagin hace siete años por veintisiete mil dólares. En un principio, el lugar de nuestro *Nickel-V* estaba ocupado por un ejemplar de prueba de 1885, la fecha a la que pertenecen las monedas más raras de la serie regular. Vale unos mil dólares, algo más que el doble de las pruebas corrientes. Hubo alguna duda incluso sobre si queríamos ser propietarios de la de 1913, ya que no era una moneda de emisión regular. Sin embargo, en cuanto nos enteramos de que era posible que la Sociedad Histórica de Baltimore se desprendiera de la suya, el señor Ruslander no descansó hasta obtenerla. Daba la casualidad de que tenía un retrato de Copley que a ellos les interesaba...

A continuación tuve que oír nuevamente la historia de Charles Carroll de Carrollton de principio a fin. Se me hizo interminable, pero finalmente pude acabar la conversación con el señor Hracec y llamar a Stillwater, Oklahoma, para hablar con un tal Dale Arnott. El señor Arnott era propietario de una buena parte del condado de Payne y criaba ganado vacuno en sus tierras, el cual quitaba de en medio de vez en

cuando para abrir un pozo de petróleo. Era cierto que había tenido en su poder un *Nickel-V* de 1913; lo había comprado en 1976 por ciento treinta mil dólares, y suyo había sido hasta que lo había revendido un año o dos atrás por doscientos mil dólares.

—Me lo pasé bien con él —dijo—. Cuando iba a reuniones de coleccionistas me lo pasaba en grande sacándolo de un montón de calderilla para jugarme las copas a cara o cruz con esa gente. Te partías de risa viendo la cara que ponían. Para mí, una moneda de cinco centavos será siempre una moneda de cinco centavos, así que ¿por qué no habría de utilizarla para jugar a cara o cruz?

—¿No le preocupaba que pudiera perder valor de ese modo?

—Pues no. No estaba en muy buenas condiciones, ¿sabe? Bueno, no estaba del todo mal, pero la superficie no se encontraba como cuando la acuñaron. Supongo que las otras cuatro están en mejores condiciones. Una vez vi una de ellas en el Smithsonian; era un perfecto ejemplar de prueba mate con el fondo pulimentado y no se parecía en nada al mío. En fin, me lo pasé bien; luego un tipo me ofreció una buena suma; le dije que, si redondeaba la cifra en doscientos mil dólares, podría tener en su poder una moneda de cinco centavos. Podría decirle su nombre, aunque no sé si a él le hará gracia que lo haga.

Le pregunté si el comprador conservaba la moneda.

—Como no la haya vendido... —respondió Arnott—. ¿Estaría usted dispuesto a comprarla? Podría llamar al caballero y averiguar si quiere venderla.

—Sólo soy un periodista, señor Arnott.

—Bueno, estaba pensando que resulta fácil ser periodista por teléfono. Yo también lo he sido, y también pastor baptista, y abogado no sé cuántas veces. Pero no quiero ofenderle, señor. Si quiere ser periodista, pues adelante, y si quiere averiguar si la moneda está a la venta...

—Sólo quiero averiguar si todavía la conserva. Me da igual si está en venta o no.

—Entonces deme un número de teléfono al que pueda llamarle y veré si puedo averiguarlo.

Le di el número de Carolyn.

Hice cuatro llamadas más: a Washington, Boston, Cincinnati y Filadelfia. Luego llamé de nuevo a la Sociedad Americana de Numismática y a continuación a *El mundo de la moneda*, la revista de Sidney, Ohio. Para cuando hube terminado mis dedos habían dado tantos pasos que empecé a preocuparme por ellos. Al fin y al cabo, no había duda de que tenía las manos estrechas (qué raro que no me hubiera fijado antes) y no podía negarse que mi dedo índice era más largo que mi pulgar.

La consecuencia que cabía derivar de aquello era evidente. Tenía la mano de Morton, y no necesitaba preguntarle a nadie lo que aquello podía implicar a la larga: dolores en la palma, pinchazos en la muñeca, tendinitis en el antebrazo y, tarde o temprano, el temido hombro del telefonista.

Colgué y salí de casa como alma que lleva el diablo.

Llegué a casa de Carolyn a eso de las doce. Me senté con un gato en el regazo y una taza de café al alcance de la mano e hice lo que pude para poner a mi anfitriona al corriente de todo.

Sudé la gota gorda para hacerlo. Mucho había llovido o nevado o lo que fuera desde la última vez que habíamos hablado sobre el tema, y la jaqueca que tenía Carolyn no me facilitó la tarea. Sería otra de esas temidas resacas de azúcar, sin duda. Quizá con un par de complementos ortopédicos se habría solucionado todo.

—Lo que no acepto —me respondió— es que hayas ido a casa de Abel sin mí.

—No habríamos podido entrar los dos. Además era arriesgado y no había nada que dos personas hubieran hecho mejor que una.

—Y luego volviste de casa de Abel y no me dijiste nada.

—Lo intenté, joder. No dejé de llamarte.

—Bern, fui yo quien no dejó de llamar. Pero o habías salido o estaba comunicando.

—Lo sé. No dejaba de llamar a gente y al mismo tiempo no dejaban de llamarme a mí. Son cosas que ocurren. Pero da igual: al final conseguimos hablar, ¿no es así?

—Sí, anoche. Y me dijiste que me aguantara hasta ahora.

—Era muy tarde cuando hablamos.

—Ya...

—Y tampoco había mucho que contar.

—No, casi nada... Sólo que habías entrado en el piso de Abel, habías vuelto a casa y una peluquera te había apuntado con una pistola y acusado de colgarle un asesinato a su hermano.

—Eso no es exactamente lo que dijo.

—Me da igual lo que dijo exactamente.

—Estás cabreada.

—Pues sí, un poco.

—¿Valdría de algo si pido disculpas?

—Prueba y veremos.

—Bueno —dije—, lo siento. Somos socios, y desde luego mi intención no ha sido dejarte fuera del asunto, pero las cosas se han desmandado un poco. No sabía si iba a ser capaz de entrar en el piso de Abel, así que lo hice todo a solas con idea de contártelo luego. Lo siento.

Ella guardó silencio por un momento y luego dijo:

—Basta, *Ubi*. —Se refería al gato que estaba arañando un lateral del sofá. *Archie*, el que se encontraba en mi regazo, ronroneó con un inconfundible tono de superioridad moral—. No —añadió—, no vale.

—¿Mi disculpa quieres decir?

—Ajá. No me vale para nada. Sigo cabreada. Pero ya se me pasará. ¿Quién mató a Wanda?

—No estoy seguro.

—¿Y a Abel?

—Tampoco estoy seguro.

—Mierda...

En ese momento sonó el teléfono. Me quité a *Archie* de encima y contesté; era el señor Arnott, que telefoneaba desde Stillwater, Oklahoma. La llamada no era a cobro revertido. Supongo que a la gente que puede pagar ciento treinta mil dólares por una moneda de cinco centavos la cuenta del teléfono le trae sin cuidado.

—El hombre que me compró la moneda quiere permanecer en el anonimato —me informó—. No sabría decir de quién tiene miedo: si de los ladrones o de los recaudadores de impuestos. La moneda no está a la venta de todos modos. Todavía la tiene y piensa quedársela.

—Que se vaya a hacer puñetas —exclamé—. Además creo que prefiero comprarme un cuadro.

—De ese modo tendrá usted algo que podrá colgar de la pared.

—Eso mismo digo.

—En ningún momento he creído que fuera usted periodista.

Después de colgar le conté la conversación a Carolyn.

—La moneda de Arnott continúa en poder del comprador misterioso —le expliqué—. En cualquier caso, se trata de un ejemplar bastante desgastado por el uso, por lo que no puede ser el que llevamos de la calle Dieciocho a Riverside Drive.

Carolyn frunció el entrecejo.

—Había un total de cinco monedas.

—Exacto.

—Una está en Washington, otra en Boston, otra en Cincinnati, otra en... ¿Filadelfia?

—Exacto.

—Y la otra es la que tu amigo de Oklahoma vendió al hombre misterioso. Así pues, el hombre misterioso es Colcannon. Pero eso es imposible porque la moneda está desgastada por el uso y la de Colcannon era un ejemplar de prueba perfecto...

—Exacto.

—De modo que hay cinco monedas aparte de la de Colcannon...

—Exacto.

—Moneda que Colcannon ya no tiene en su poder y que no estaba en el piso de Abel, de modo que no sabemos dónde está...

—Exacto.

—Lo cual significa que la moneda que robamos era falsa...

—Es posible.

—Pero tú no lo crees...

—No. Estoy seguro de que es auténtica.

—Entonces hay seis monedas en realidad.

—No. Sólo hay cinco.

Permaneció un momento devanándose los sesos, y luego alzó las manos.

—Bern —dijo—, ¿te importaría dejar de fanfarronear, por el amor de Dios? Me duele toda la cabeza excepto la parte con la que suelo pensar, que está insensible. Explícamelo, ¿vale? De manera sencilla, para que pueda entenderlo.

Se lo expliqué. De manera sencilla. Para que pudiera entenderlo.

—Ah... —musitó.

—¿Tiene sentido? ¿Suena convincente? ¿Resulta lógico?

—Creo que sí. ¿Y qué me dices de las preguntas que te he hecho antes? La persona que mató a Wanda fue el tercer ladrón. ¿Sabes quién es?

—Tengo una idea.

—¿Y tienes idea de quién mató a Abel?

—Más o menos. Pero no estoy seguro, y desde luego no puedo probarlo. Además...

—Dímela de todos modos.

—Me fastidia tener que decir algo en este momento.

—¿Por qué? ¿Porque no quieres estropear la sorpresa? Bern, si realmente has sido sincero cuando te has disculpado conmigo hace unos minutos, ¿por qué no lo pruebas?

Cambié ligeramente de posición sobre la silla. Hay quien diría que me revolví.

—Tenemos que irnos de aquí —dije—. Quizá haya sido un error dar tu teléfono. Si el hombre que quiere comprar la moneda logra averiguar mi nombre y la manera de encontrarme, es posible que tenga contactos en la policía o acceso a uno de los listines inversos de la compañía de teléfonos. No quiero que estemos donde pueda localizarnos. Sabe que puede ponerse en contacto conmigo a las dos llamando a este teléfono, así que...

—Tenemos tiempo, Bern. Puedes contarme tus teorías y aún nos sobrará tiempo.

Archie extendió sus patas delanteras y se estiró.

—*Archie* no es un nombre de gato —dije—. ¿Por qué no la llamas Dolores o algo así?

—Porque es macho, so tonto.

—Ah...

—Además, ¿cómo se te ocurre ponerle Dolores a una gata? Si alguna vez tengo una cucaracha la llamaré Dolores. Si es que sé que se trata de una hembra... ¿Pero

qué hago hablando sobre cucarachas? Has cambiado de tema, joder.

—Creo que sí.

—Pues bien, vuelve a cambiar. ¿Quién mató a Wanda y Abel?

Me di por vencido y se lo dije.

A continuación dejamos el contestador automático encendido con un sencillo mensaje que yo había grabado para que cualquier persona que telefonara llamase al número de Denise. Saqué mi maletín del armario de Carolyn, donde todavía le hacía compañía al Chagall, salimos y cogimos un taxi para ir a la Casa del Caniche.

Entramos, y cuando volvimos a salir al cabo de un par de minutos, mi maletín pesaba un poquito más que antes. Carolyn cerró con llave y luego cogimos otro taxi para ir a la galería El Estrecho.

Camino de la galería Carolyn me preguntó por qué teníamos que ir a casa de Denise. Yo le contesté que ya se lo había dicho y le expresé mi deseo de que se llevaran mejor...

—Eso es como desear que te crezcan alas... —respondió ella—. En realidad no está mal si piensas que es un espantajo, pero ya podrías tener mejor gusto. Seguro que hay una atractiva chica heterosexual en algún lugar de Nueva York. ¿Qué me dices de Ángela?

—¿Quién?

—La camarera de Bum Rap.

—Creía que habías llegado a la conclusión de que era lesbiana.

—He llegado a la conclusión de que el asunto requiere una investigación. El lunes voy a formularle una pregunta que me permitirá saber si es lesbiana sin darle a entender que yo sí lo soy en caso de que su respuesta sea negativa.

—¿Qué pregunta?

—Pues más o menos la siguiente: «Ángela, ¿qué te parece si nos casamos?».

—¿No crees que es excesivamente sutil?

—Bueno, tal vez debería cambiar un poco la manera de expresarme.

Cualquier placer que Denise pudo sentir al verme quedó completamente sofocado por la reacción que tuvo al ver a Carolyn. El desconsuelo era patente en su rostro.

—¡Oh, la mujer de los perros! —exclamó—. No consigo acordarme de su nombre.

—Se llama Carolyn —respondí en el mismo momento en que ella decía:

—Puede llamarme señora Kaiser.

Comprendí que iba a ser una tarde larga y me alegré de que yo no fuera a estar presente durante la mayor parte de ella.

—No la había reconocido en un principio —comentó Denise—. No recordaba que fuera tan baja. A primera vista me ha parecido una niña.

—Eso es debido a mi aire de inocencia —respondió Carolyn acercándose a uno de los cuadros más impresionantes que había expuestos. Tras ladear la cabeza y plantarse con las manos en jarras, añadió—: Pintar debe de ser divertido cuando uno no tiene que conseguir que lo que pinta se parezca a nada. Basta con extender la pintura como a uno le venga en gana, ¿no?

—Voy a preparar algo de café —atajó Denise—. Estoy segura de que la señora Kaiser querrá alguna cosa para comer.

—No, me temo que no —respondió Carolyn—. No tengo mucho apetito últimamente. Creo que estoy volviéndome anoréxica. Según tengo entendido, a algunas mujeres les ocurre a edad avanzada.

La conversación continuó de esta guisa; de no haber sido dos de mis amigas predilectas, podría haberme puesto cómodo y habérmelo pasado en grande. Dios sabe que yo no podía hacer nada. No les hacía falta un árbitro; lo estaban haciendo estupendamente ellas solitas y nadie se tomaba la molestia de llevar los tantos. Jared, por lo que pude saber, iba a estar fuera toda la tarde, lo cual me pareció toda una demostración de sensatez por su parte.

El teléfono sonó a las dos en punto. Lo cogí, acerqué el auricular al oído y esperé oír una voz familiar. Seguidamente hice un breve gesto de asentimiento y pasé el auricular a Carolyn.

—El caballero por el que pregunta no ha llegado todavía —dijo—. Por favor vuelva a llamar dentro de un cuarto de hora.

Colgó y me miró. Yo cogí el maletín y me puse en pie.

—Me voy —dije—. ¿Sabes qué tienes que decirle cuando vuelva a llamar?

—Ajá. Tiene que ir a la cafetería Squires, en la esquina de Madison con la Setenta y nueve, sentarse en la mesa más alejada de la puerta y esperar. Tú te reunirás con él en la mesa o le harás llamar por el nombre de Madison, como la avenida.

—Y si pregunta por la moneda...

—La tienes.

—Exacto.

—Me habéis metido en algún asunto turbio —dijo Denise—. Sigues robando casas, ¿verdad, Bernie? Claro, ¿cómo no ibas a seguir haciéndolo? El leopardo no cambia de manchas. Ni el recluso de rayas, por lo que parece.

—Ya no llevan rayas en la cárcel.

—Pues deberían; te hacen tener una silueta estupenda. De todos modos es lógico que sepas lo que llevan y dejan de llevar, ¿no? Has estado allí. Y sigues siendo un ladrón. ¿Eres también un asesino? —Se volvió hacia Carolyn y preguntó—: ¿Y se puede saber qué eres tú exactamente? ¿Su secuaz?

—Carolyn te lo explicará todo —dije. No le envidiaba ni un pelo.

Sin darme cuenta estaba cogiendo un montón de taxis. El tercero del día lo cogí en la esquina de la calle Dieciocho y la Novena Avenida. Avanzamos con rapidez, y para las dos y cuarto ya estaba apostado en la acera de enfrente a la pesada puerta de hierro señalada con el número 442 bis. En aquel momento él debía de estar al teléfono y, quizá lo estuviera, porque diez minutos más tarde la puerta se abrió y Herbert Franklin Colcannon apareció detrás de ella. Yo me encontraba situado a la sombra de un portal de tal forma que él no pudiera verme. De todos modos ni siquiera miró hacia donde yo estaba: giró hacia la izquierda y echó a andar con resolución en dirección a la Décima Avenida, bien porque quería coger un taxi, bien porque tenía el coche aparcado allí.

Esperé a que llegara a la esquina y crucé la calle al trote (llevaba las Puma a pesar de lo anchas que me quedaban). Era una tarde radiante de sol y había gente en la calle, pero en aquella ocasión me daba igual. El martes por la noche había tenido ocasión de averiguar qué llave maestra servía para la cerradura de la puerta de hierro, de modo que cuando crucé la calle ya tenía la llave en la mano y entré en menos que canta un gallo.

No llevaba guantes de goma. Ahora no me importaba dejar huellas. Si las cosas salían mal, saldrían rematadamente mal, y las huellas constituirían la menor de mis preocupaciones. Si las cosas salían bien, a nadie le importaría un carajo dónde había puesto yo mis dedos.

A medio camino entre la puerta y el comienzo del túnel me detuve, abrí mi maletín y saqué la pistola.

Las pistolas son unos chismes realmente desagradables. Aquella parecía hecha de acero pavonado, aunque al tocarla se notaba que su superficie no era tan fría como el acero. El material era algún tipo de resina fenólica de alto impacto. Creo que podría haber subido a un avión con ella. Esperé a que mi mano se acostumbrara al arma, comprobé si estaba cargada y me adentré en el túnel.

Quería tener el arma en la mano por si *Astrid* estaba pasando la tarde en el jardín. No esperaba que fuera así, pero se trataba de un perro de presa y por tanto estaba entrenada para el ataque; yo en cambio no lo estaba y no quería estar desprevenido para un eventual encuentro. Al llegar a la boca del túnel me detuve con el arma en ristre y escudriñé el jardín.

Ni rastro de *Astrid*. Y tampoco de gente. Me metí el arma en el cinturón, bajo la chaqueta, y atravesé rápidamente el patio de losas sin apenas lanzar una mirada a los tulipanes y narcisos, el pequeño estanque y el banco semicircular.

Teniendo un jardín así, ¿por qué habría de dedicarse un hombre a perseguir monedas fantasmas? Por supuesto cabía la posibilidad de que el jardín no fuera suyo, sino que perteneciera a la casa que daba a la calle, lo cual sin embargo no era óbice seguramente para que pudiera sentarse en él.

Subí al escalón de entrada y llamé al timbre. Le había visto salir, pero ¿cómo sabía que no había dejado a nadie en casa? Apoyé la oreja contra la puerta y escuché; oí un ladrido que podría haber oído sin apoyar la oreja contra la puerta y a continuación un retumbo como si un objeto voluminoso acabara de caer por un tramo de escaleras. Una cómoda, me dije, o un bouvier des Flandres de carácter irascible. El ladrido se repitió, pero más alto esta vez; todo lo que me separaba de *Astrid* era una puerta de madera de cinco centímetros de grosor.

Que enseguida me puse a abrir.

Si una cerradura te resulta fácil de abrir la primera vez, imagínate la segunda. Mis dedos se acordaban del funcionamiento interno de las de aquella puerta, y las hice saltar, una, dos y tres, en poco más de lo que cuesta contarlos. Si alguien me hubiera observado desde, por ejemplo, una ventana situada en la parte trasera de la casa que daba a la calle, dudo que hubiera tenido motivos para sospechar de nada.

Giré el tirador y abrí la puerta apenas un centímetro. Los ladridos subieron de volumen y tono. Ahora tenían una intensidad maníaca o quizá sólo sonaran de aquella manera en mi imaginación. Alcé la pistola y comprobé una vez más si estaba cargada.

¿Había alguna forma de evitar lo que me disponía a hacer? ¿No podía simplemente cerrar la puerta, echar la llave y poner pies en polvorosa? ¿Y si me iba a todo correr a la esquina de Madison con la Setenta y nueve? Quizá podría llegar a un acuerdo con Colcannon y...

Basta de excusas, Rhodenbarr.

Apunté la pistola con la mano derecha, giré el tirador con la izquierda y empujé la puerta violentamente hacia adentro. El perro, aquella enorme bestia negra de aspecto tan feroz que daba miedo verla, retrocedió automáticamente y se agazapó para saltarme a la yugular.

Lo encañoné con la pistola y disparé.

La jeringuilla fue a dar exactamente donde había apuntado y se alojó a la derecha de la cruz de *Astrid*. Los bouviers tienen el pelo espeso y rizado, por lo que no había manera de saber si la jeringuilla se había desviado de rumbo. Por un momento pensé que así había sido, ya que parecía que no le hubiera afectado. Sin embargo, de pronto el tranquilizante surtió efecto: cuando *Astrid* se disponía a saltar y ya tenía las patas delanteras en el aire, los ojos se le velaron y su mandíbula perdió rigidez. Las patas se movieron en el aire como las del Coyote de los dibujos animados de Correcaminos cuando sale volando por un risco llevado por la inercia de la carrera y no puede seguir adelante. *Astrid* tampoco podía seguir adelante. Encogiéndose sin acabar de ejecutar el salto, se tambaleó como un niño con zapatos de tacón y, tras emitir una especie de gemido, cayó finalmente sobre un costado.

¿Cómo se toma el pulso a un perro? Lo intenté, buscándolo a tientas en su muñeca (aunque dudo que se llame así cuando se trata de un perro), pero me di por vencido porque no sabía qué estaba haciendo, y además no tenía la menor importancia: si *Astrid* estaba viva, lo único que podía hacer era dejarla en paz hasta que despertase, y si estaba muerta, nadie podía hacer nada por ella, y mi manera de obrar iba a ser la misma en ambos casos.

Además no me sobraba el tiempo.

Subí por las escaleras a toda prisa. Esta vez el dormitorio, tal como pude ver, estaba ordenado. Sobre el tragaluz roto habían fijado unas tablas de madera contrachapada, y el paisaje pastoral colgaba nuevamente de la pared, ocultando la caja de seguridad. Lo descolgué, lanudas ovejitas y pastorcilla de rubicundas mejillas incluidas, y lo dejé sobre la cama.

No estaba seguro de recordar la combinación de la caja. Había estado pensando en ello en el taxi, en un intento por ordenar los números en la secuencia correcta, pero en cuanto apoyé los dedos sobre el disco, me quité el problema de la cabeza y lo confié a mis manos. Ellas sí lo recordaban, y abrí la caja como si me hubieran dictado la combinación.

Cinco minutos más tarde (bueno, diez a lo sumo), colgaba a la pastorcilla y sus ovejitas en su sitio. Tras hacer un par de cosas más, fui a la biblioteca de la primera planta, me senté delante de un escritorio con tablero de cuero y utilicé una versión moderna de un teléfono antiguo de latón para llamar a El Estrecho. Di un informe sobre la labor realizada y me enteré de que Colcannon no había llamado desde que Carolyn le había enviado a la esquina de Madison con la Setenta y nueve. A continuación pregunté cuánto tiempo permanecería *Astrid* inconsciente.

—No lo sé —me respondió Carolyn—. Compré la pistola porque se supone que es conveniente tener una, pero no la he utilizado nunca. No creía que te fuera a hacer

falta. *Astrid* se porta siempre como una verdadera dama cuando la baño. Ni siquiera gruñe.

—Pues hace unos minutos parecía dispuesta a matarme.

—Eso es por defender el territorio, supongo. Si no hubiera estado en su casa, se habría comportado con mayor delicadeza.

—Si no hubiera estado en su casa —dije—, no nos habríamos encontrado. De todos modos me gustaría saber cuánto tiempo me queda.

—Sugiero que no te entretengas más de lo estrictamente necesario. El efecto de la inyección dura más en perros pequeños que en grandes. Y *Astrid* no es un terrier de Yorkshire.

—Y que lo digas. El jodido sabueso de Baskerville, eso es lo que es.

—Bueno, acaba lo antes posible, Bernie. Si utilizas una segunda inyección podría matarla. O no surtir efecto. Yo qué sé.

Colgué e hice otra llamada, esta vez al teléfono público de la cafetería Squires de la esquina de Madison con la Setenta y nueve. Pregunté por el señor Madison e indiqué que seguramente lo encontrarían en una de las mesas del fondo. Al cabo de un momento oí su voz:

—¿Qué ocurre? ¿Dónde estás?

—En el teléfono público de una cafetería, igual que tú. Será mejor que no utilicemos nombres, ¿de acuerdo? No me gusta hablar por una línea abierta.

—¿Por qué no has venido personalmente?

—Porque no me fío de ti. No sé quién eres y al parecer tú sabes mucho sobre mí. Según tengo entendido, eres una persona propensa a la violencia. Prefiero guardarme las espaldas.

—¿Tienes la maldita moneda?

—He ido a recogerla esta mañana. No la llevo encima para no correr riesgos. Se encuentra en un lugar seguro y puedo tenerla en mi poder de inmediato. Si te llamo es para llegar a un acuerdo con respecto al precio.

—Dilo tú.

—¿Para ti cuánto vale?

—No. —Parecía más confiado ahora, como si el regateo lo tranquilizara—. Pon un precio y yo te diré si lo acepto o no.

—Cincuenta mil.

—Ni hablar.

—¿De veras?

—Según los periódicos, una mujer fue asesinada cuando robaron la moneda.

—Ya, pero nadie sabe que la moneda está relacionada con su muerte. Excepto tú y yo. Y su marido, por supuesto.

—Puedo pagarte diez mil. Nunca discuto los precios.

—Yo tampoco. Aceptaré veinte mil.

—Imposible.

Acordamos doce mil dólares. Hubiera podido sacarle más, pero mis capacidades de negociación estaban mermadas por el hecho de que no tenía ninguna moneda que vender, así que ¿por qué había de calentarme la cabeza? Cerramos el precio y él accedió a entregarme el dinero en billetes usados de menos de cien dólares y distinto número de serie. No sé cómo iba a reunir el dinero, ya que los bancos estaban cerrados y no tenía efectivo en la caja de seguridad, aunque quizá tuviera un amigo al que recurrir o dinero contante y sonante escondido en su casa. No había registrado el piso con la meticulosidad empleada en el de Abel y tampoco tenía intención de hacerlo, sabiendo como sabía que la formidable *Astrid* estaba tendida en el suelo de la planta baja entregada a un obligado sueño.

—Podemos llevar a cabo la transacción mañana —dije—. Un amigo mío ha muerto esta semana y su funeral se celebrará en Brooklyn. Nadie me conoce allí y no creo que nadie te conozca a ti, aunque no lo podría asegurar porque yo tampoco te conozco. ¿Tienes muchos seguidores en Cobble Hill?

—No.

—Bien. El funeral es en la iglesia del Redentor mañana a las dos y media de la tarde. La iglesia está en la calle Henry, entre Congress y Amity. Ahora dispones de tanta información para llegar allí como yo. Llevaré la moneda en un sobre; si tú guardas el dinero de la misma manera, no tendremos problemas para llevar a cabo la transacción. Supongo que allí habrá un aseo; por lo general en las iglesias suele haberlo. Podemos entrar juntos, asegurarnos de que se trata de la moneda correcta y de que está todo el dinero.

—No entiendo por qué tenemos que vernos en Brooklyn.

—Porque yo tengo que ir allí de todos modos, porque voy a recoger la moneda de camino al funeral y porque quiero llevar a cabo la transacción en un lugar público, pero no tan público como para que haya policías husmeando. Si no te parece bien, me da igual gastarme la moneda en chicles, ya que su precio, que de un millón de dólares, ha quedado reducido a doce mil pavos y, si quieres que te diga la verdad, esa suma no significa gran cosa para mí. Así que o lo hacemos a mi modo o no lo hacemos, lo cual, pensándolo bien, quizá no sea tan mala idea.

Le dejé que intentase tranquilizarme, aunque no hizo falta que se esforzara demasiado, puesto que mi cabreo era fingido.

—Un momento —dije entonces—. ¿Cómo vamos a reconocernos? No nos hemos visto nunca.

—Yo te conozco. He visto tu fotografía.

Había visto algo más que mi fotografía. Me había visto la cara de cerca, a través de un cristal unidireccional. Y yo le había visto de la misma manera, aunque él no lo

sabía. Seguí con la farsa, diciendo que la imagen de la fotografía no se parecía a mí y que yo también quería reconocerle a él. Propuse que llevásemos un clavel rojo. Él accedió, y yo le aconsejé que consiguiera la flor aquella misma noche, porque quizá fuera difícil encontrar una floristería abierta en domingo.

Durante toda aquella conversación no dejé de prestar atención por si oía las pisadas de *Astrid* en las escaleras. Podía despertar en cualquier momento, impaciente por demostrar de dónde les viene el nombre a los perros de presa.

—Mañana entonces —dijo él—. A las dos y media. Me alegraré cuando esto haya acabado... Mierda, casi se me escapa tu nombre.

—Da igual.

—Como decía, me alegraré cuando esto haya acabado.

No sería el único.

Tras asegurarme de que la pistola estaba cargada con una jeringuilla, bajé a la planta baja y eché un vistazo a *Astrid*. Estaba tal como la había dejado, tendida de lado, y su pecho subía y bajaba. Mientras la miraba, emitió un pequeño sonido quejumbroso y sus patas delanteras sufrieron una contracción nerviosa. La jeringuilla que la había dejado en tal estado se encontraba junto a ella. La cogí y la metí en mi maletín.

Subí al piso de arriba y volví a telefonar. Eran muchas las personas con las que quería hablar, pero me conformé con hacer tres llamadas de larga distancia. Ninguna de ellas duró mucho. Al acabar la tercera, volví a la planta baja y observé que la gran perra negra estaba medio despierta, pero no lo suficiente como para ponerse en pie. Me miró con ojos desenfocados y expresión de desconsuelo; resultaba difícil considerarla una amenaza. Parecía incapaz de concebir una idea de hostilidad, y menos aún de desgarrarme la garganta. Pese a ello, me obligué a recordar sus ladridos y su manera de agazaparse para saltar. Esperaba que volviera a ser la misma de siempre para cuando su amo regresara.

Salí de la casa y cerré la puerta con llave. Si alguien me vio, no me di cuenta. Crucé el jardín, sin dejar de preguntarme si habría peces en el estanque, y busqué infructuosamente un clavel en los arriates, rojo o de otro color. Podía haberle sugerido a Colcannon que llevara un tulipán.

¿Por qué, me pregunté, me había molestado en sugerir lo de los claveles? Por mor de la verosimilitud, supongo, pese a que podía añadir una complicación innecesaria, ya que ahora tenía que acordarme de conseguir uno antes de que cerraran las tiendas. En circunstancias normales aquello no me habría supuesto ninguna molestia, pero ahora era una de las muchísimas cosas que tenía que hacer en menos de veinticuatro horas.

Lo cual me impedía perder el tiempo con jardines. Salí del túnel a toda prisa, miré a izquierda, derecha y al frente, abrí la puerta y salí.

Tenía muchas cosas que hacer.

—No sé, Bern. A mí me parece complicado lo que estás organizando.

—¿Pero no era eso lo que querías? Sabes que no tengo nada que ver ni con el robo de los Colcannon ni con el asesinato de Abel Cornejo, y aun así sigues husmeando por ahí.

—Estás metido en ambos asuntos hasta el cuello, Bern. Lo que pasa es que no sé qué decirte sobre esto, eso es todo.

Era el día libre de Ray Kirschmann, y llevaba unos pantalones de tela de gabardina color marrón y una camisa estampada. Los pantalones le quedaban holgados en el trasero y demasiado ajustados en la cintura, mientras que la camisa era de confección coreana, verde claro y adornada con puntos verde oscuro en el cuello y los bolsillos. Me pregunto por qué no le pediré a su esposa que lo acompañe cuando va de compras.

—¿Por qué habrías de decirme nada, Ray? Te estoy dando la oportunidad de ser un héroe, hacer un par de buenas detenciones, resolver varios casos antiguos y embolsarte unos dólares. ¿Qué más quieres? ¿Matar al dragón y tirarte a la hija del rey?

—No me gustan los dragones, Bern.

—Tampoco te gustaría mucho una princesa. Un guisante bajo el colchón basta para que se pasen toda la noche quejándose.

—Sí, lo sé. Cuéntame de nuevo la parte de los dólares que voy a embolsarme.

—Hay un hombre dispuesto a pagar una recompensa por recuperar los objetos que le pertenecen.

—¿Qué hombre?

—Lo conocerás mañana.

—¿Qué objetos le pertenecen?

—Mañana lo sabrás.

—¿Cómo voy a recuperarlos? ¿También me enteraré mañana? Esto empieza a parecer uno de esos viejos programas de radio: «Sintonice mañana y sabrá qué le ocurre a Jack Armstrong, el hombre típicamente americano». ¿Te acuerdas de Jack Armstrong, Bern? ¿Qué habrá sido de él?

—Está cumpliendo condena en Attica.

—No me digas... ¿A cuánto asciende la recompensa de la que estás hablando?

—Diez mil pavos.

Hizo un gesto de asentimiento y aspiró a través de los dientes.

—Pero no se trata de una recompensa en toda regla. El tipo podría largarse sin pagar.

—Si no es oficial, no hay que justificarla, y por tanto está libre de impuestos.

Además no hay que repartirla con ningún superior de la comisaría. —En su cara se dibujó una expresión de astucia, y el brillo de la codicia iluminó sus ojos.

Tal vez Spinoza no tuviera muy buena opinión de la avaricia, pero sin ella, ¿cómo funcionaría todo?

—Qué demonios —exclamó—. Veremos qué tal sale.

—¿Tienes esa lista?

Asintió y sacó una hoja de papel doblada del bolsillo de la camisa.

—Los casos que hay aquí son robos realizados con el mismo *modus operandi* con que se cometió el de los Colcannon. En todos se produjo allanamiento de morada con violencia y el lugar quedó como si hubiese pasado un ciclón. Además se trata de la zona que decías: Manhattan al sur de la calle Cuarenta y dos, al oeste de la Quinta Avenida y al norte de la calle Catorce. Los ordenadores son una maravilla. Dices lo que quieres y te lo dan.

—No te haces a la idea de lo consolador que es saber que la policía tiene estas herramientas a su disposición.

—Ya. No eres la primera persona que piensa que Conejo Margate podría haber dado un golpe de estas características con anterioridad, ¿sabes? No sé a cuántos interrogatorios le han sometido ya.

—¿Y han sacado algo en limpio?

—Conejo sigue portándose como Humphrey Bogart.

—Ayer dijiste que como James Cagney.

Ray gruñó.

—¿Vas a traerle mañana? —pregunté.

—No. Si pone los pies en polvorosa, me va a resultar difícil justificarme. Pero supongo que puedo asumir el riesgo.

—¿Aún no sabes quién era su socio?

—Todavía no, pero hablará tarde o temprano.

—De acuerdo —dije.

Le recordé nuevamente el lugar y la hora y él preguntó:

—¿Algo más que deba llevar aparte de Conejo?

—Tu arma.

—Nunca me desprendo de ella.

—¿En la ducha tampoco? Déjame que piense... Ah, las esposas. Trae unas buenas esposas.

—¿A quién voy a arrestar? ¿A Jesse James? Bueno, siempre has cumplido tu palabra, así que te seguiré el juego. ¿Puedo hacer algo más por ti? ¿Quieres que te lleve a alguna parte?

Me lo pensé, pero decidí resistir la tentación.

—No —respondí—. Puedo arreglármelas solo.

Encontré a Marilyn Margate en El Peinado Aparente. Estaba peinando a una mujer de gesto iracundo que tenía una buena melena castaña.

—Reconoce que duerme con su esposa —estaba diciendo la mujer—, pero insiste en que nunca se lo pasa bien, que sólo lo hace porque es su deber. Sin embargo, por la experiencia que tengo, eso es lo que siempre te cuentan, así que, ¿cómo sabes que te están diciendo la verdad?

—Sé exactamente a qué se refiere usted —dijo Marilyn—. Créame.

Cuando pudo atenderme, la llevé aparte y le di un trozo de papel en el que estaban escritos el lugar del funeral de Abel y la hora.

—Es importante que vayas —le dije—. Que te acompañe Harlan.

—¿Harlan? ¿Crees que volvió a la casa y mató a Wanda? Harlan no haría algo así.

—Tú dile que te acompañe.

—No sé... Ni siquiera sale de su habitación. Y ha llegado a comentar que igual se larga a la costa o a algún otro sitio antes de que la bofia se le eche encima. No creo que quiera ir a Brooklyn para asistir al funeral de un viejo.

—Tú límitate a convencerle de que vaya. Tu hermano estará allí.

—¿Conejo va a estar allí? ¿Quieres decir que le han soltado?

—Le permitirán ir al funeral. He llegado a un acuerdo con ellos.

—¿Tú has...? —Me estaba mirando con los ojos muy abiertos y expresión de respeto—. Pues menudo acuerdo debe de ser ese —dijo—. Es más de lo que el abogado ha conseguido. Ni siquiera le han permitido salir bajo fianza. Ya verás cuando se lo cuente al abogado.

—No le contarás nada.

—Oh... Vale.

—Simplemente aparece mañana por allí con Harlan.

—Si es cierto que Conejo va a estar allí, no faltaré. Y llevaré a Harlan.

Llamé a la galería El Estrecho y fue Denise quien respondió.

—Espero que estés libre mañana —le dije—. Me gustaría que me acompañaras a Brooklyn a un funeral.

—Me pondré un vestido bonito y una sonrisa. ¿Quieres hablar con tu compañera de correrías?

—Por favor.

Carolyn se puso al teléfono y le dije que las cosas marchaban bien, aunque de manera un tanto caótica.

—Tengo que entrar en la casa de Abel —dije— pero he decidido no pedirle ayuda a Ray porque no quiero que sepa lo que me traigo entre manos. ¿Se te ocurre alguna idea brillante?

—Supongo que ya es un poco tarde para concertar otra cita con el médico.

—Lo veo difícil: es sábado y casi la hora de cenar.

—Si hay algo que yo pueda hacer...

—No se me ocurre nada. Seguramente esté ocupado la mayor parte de la noche, suponiendo que encuentre la manera de entrar. He pensado que podría pasar por tu piso cuando acabe.

—Bueno... tengo una cita, Bern.

—Oh... Entonces te veré mañana en el funeral de Abel. Será mejor que apuntes la dirección. ¿O ya te la he dado antes?

Se la di una vez más y ella la apuntó. A continuación le dije que se pusiera Denise.

—Carolyn tiene la dirección del lugar donde se celebrará el funeral mañana, así que espero que no os hayáis retirado la palabra.

—Eso es mucho esperar.

—Ya... Lo que quería decirte es que tengo varias cosas que hacer esta noche, pero tarde o temprano acabaré, y he pensado que quizá podría ir luego a tu casa.

—Oh...

—Es que me gustaría verte.

—Esta noche no es buena ocasión, Bernie.

—Oh... Bueno, entonces te veré mañana en Brooklyn.

—De acuerdo. ¿Te parece bien si voy con Gore y Truman?

—Ya están en mi lista.

Llamé a la consulta del doctor Feisinger y me respondió un contestador diciendo que dejara mi nombre y número o que llamase el lunes a partir de las nueve de la mañana si quería hablar con el doctor. Colgué sin dejar un mensaje y me puse a consultar todos los Feisinger de la guía telefónica de Manhattan. Al final encontré una Dorothy Feisinger en su misma dirección, marqué y fue el propio Murray quien me respondió.

—¿Doctor Feisinger? —dije—. Soy Bernard Rhodenbarr. Fui a verte ayer por la tarde por un problema en los pies.

—Esa es la razón por la que la mayoría de mis pacientes viene a verme, señor Rhodenbarr. Hoy ya he cerrado la consulta y...

—No sé si se acuerda de mí, doctor Feisinger. Tengo pie de Morton y usted va a hacerme unos complementos ortopédicos.

—Aún no están listos, por supuesto. Lleva un par de semanas hacerlos.

—Sí, comprendo. Pero le he pagado un adelanto, sólo un pequeño adelanto, y...

—Me temo que ya están encargados, señor Rhodenbarr. ¿Hay algún problema?

—En absoluto —respondí—. Lo que pasa es que esta tarde he ganado inesperadamente algo de dinero. A decir verdad he tenido un buen día en las carreras,

¿sabe?, y quería pagarle el resto antes de que me lo gaste. Como estoy en el barrio, se me ha ocurrido que quizá podría subir y pagarle lo que le debo. Creo que son doscientos setenta dólares, porque le pagué treinta por adelantado, así que...

—Muy considerado de su parte, señor Rhodenbarr. ¿Por qué no pasa por aquí el lunes?

—Bueno, es que el lunes me resultará difícil, y probablemente el dinero ya haya volado para entonces. No me costaría nada subir y pagarle...

—No puedo aceptar dinero fuera de horas de oficina —dijo—. Estoy en casa. Mi consulta se encuentra en el mismo pasillo, y está cerrada; tendría que abrirla, hacerle un recibo y apuntar el dinero en los libros de cuentas, y preferiría no tener que hacer todo eso.

—No me hace falta ningún recibo. Puedo asomarme un momento, darle el dinero e irme.

Se produjo un silencio. A aquellas alturas Feisinger ya debía de estar convencido de que estaba tratando con un lunático. ¿Por qué habría de invitar a un lunático a subir a su piso? Seguro que había alguna manera de subir a hablar con él, pero evidentemente yo había metido la pata, y todo lo que dijera a partir de ahora sólo iba a complicar la situación.

—Bueno, le veré el lunes —dijo—. Espero que todavía tenga el dinero. Quizá meta los billetes en un zapato mientras tanto.

En Brooklyn había un abonado de nombre J. L. Garland en Cheever Place. La operadora tenía tanta idea de si esta se encontraba en Cobble Hill como yo, pero me dijo que el número parecía corresponder al barrio, de modo que lo marqué. Me respondió un hombre de voz atiplada. Pregunté por Jessica y esta se puso al teléfono.

—Soy Bernie Rhodenbarr —dijo—. Mañana voy a ir al funeral, pero quería confirmar el lugar y la hora. Es en la Iglesia del Redentor a las dos y media, ¿correcto?

—Correcto.

—Bien. Me preguntaba si usted podría llamar a un par de personas y pedirles que vayan. Son vecinos de su abuelo.

—Ya he puesto un aviso en el vestíbulo, pero puede llamar si usted lo considera una buena idea.

—Ya he invitado a varias personas, pero le agradecería que hiciera estas llamadas usted misma. ¿Le doy los nombres y los números de teléfono?

Me respondió que sí; se los di y a continuación le indiqué lo que tenía que decir. Mientras lo hacía, se me ocurrió que tal vez ella tuviera acceso al piso de Abel. No estaba seguro de si quería visitarlo en su compañía, pero aquello parecía mejor que no entrar de ninguna manera.

Así pues, le pregunté si había entrado en el piso desde la muerte de su abuelo.

—No tengo las llaves —contestó—. Y el conserje dice que la policía le ha dado órdenes estrictas de no dejar pasar a nadie. No sé si me dejarían subir. ¿Por qué?

—Por nada —dije—. Sólo curiosidad. ¿Hará esas llamadas?

—Inmediatamente.

Pasadas las ocho me presenté en el edificio de Abel Cornejo. El conserje me era desconocido, como supongo que yo lo sería para él. Aunque parecía tener un carácter tan imperioso como el de *Astrid*, hice votos por que no tuviera que quitarlo de en medio con una inyección en el hombro.

Había llevado la pistola de las jeringuillas, aunque no la tenía a mano. La había guardado en el maletín, junto con las herramientas de ladrón, un par de guantes de goma y mis enormes Puma. Para variar me había puesto unos zapatos negros de puntera perforada y cordones. Eran pesados, tenían suela de cuero y no resultaban muy cómodos, pero iban mejor que los Weejun o las Puma con el fúnebre traje de tres botones y la corbata de luto que llevaba.

—Soy el padre Rhodenbarr. Vengo a ver a la señora Pomerance, del 10-J —dije—. Me está esperando.

—Era un hombre de modales europeos —dijo la señora Pomerance—. Siempre tenía una sonrisa en los labios y una palabra amable que decirte. El calor del verano le molestaba, y a veces saltaba a la vista que le dolían los pies por la forma que tenía de andar; sin embargo, nunca se le oía pronunciar una palabra de queja. No como otros de los que podría hablarle.

Escribí «verdadero caballero» y «ni una sola queja» y, al alzar la vista, advertí que la señora Pomerance me estaba mirando a hurtadillas. El hecho de no saber de qué me conocía la inquietaba. Como yo era el sincero sacerdote cuya visita Jessica Garland le había anunciado por teléfono, el atento joven que estaba reuniendo datos para escribir un panegírico sobre Abel Cornejo, no se le había ocurrido que también podía ser el hijo de los Stettiner que había bajado con ella en ascensor el día anterior. Pero si era el padre Rhodenbarr, de Cobble Hill, ¿por qué mi cara le resultaba tan familiar?

Estábamos en el pisito de la señora Pomerance, sentados en unas mullidas sillas tapizadas y rodeados por un excesivo número de muebles, por alegres fotografías de sus nietos y por una multitud de figurillas rosáceas. Durante unos veinte minutos se dedicó a hablar bien de los muertos y mal de los vivos, aprovechando la oportunidad para dar un buen repaso a los vecinos de su edificio. La señora Pomerance vivía sola, ya que su querido Moe estaba criando malvas.

Eran aproximadamente las ocho y media cuando rehusé la segunda taza de café y me levanté de la silla.

—Me ha sido usted de gran ayuda, señora Pomerance —le dije—. Espero verla mañana en el funeral.

Mientras me acompañaba a la puerta me aseguró que no faltaría.

—Será interesante ver si utiliza todo lo que le he dicho —me comentó—. No, tiene que girar también el tirador de arriba. Eso es. ¿Sabe una cosa? Su cara me recuerda a alguien.

—¿Al hijo de los Stettiner?

—¿Lo conoce?

Hice un gesto de negación con la cabeza.

—No, pero me han dicho que nos parecemos.

Cuando salí, la señora Pomerance cerró la puerta y echó la llave. Avancé por el pasillo, abrí la puerta del piso de Abel con una ganzúa y entré. Estaba tal como lo había dejado, aunque más oscuro, por supuesto, ya que la luz del día no entraba a raudales por las ventanas como la anterior vez.

Encendí las luces. En circunstancias normales no habría hecho algo así, al menos no sin correr las cortinas, pero los edificios más cercanos estaban situados en la otra orilla del río, así que ¿quién iba a verme?

Hice un registro superficial del piso, no la batida en toda regla que había llevado a cabo el día anterior. Miré en el armario del dormitorio, curioseé aquí y allá e hice una nueva visita al humidificador de puros. Luego eché un vistazo a la biblioteca, pero no en busca de objetos robados, sino de algo que leer.

Me habría gustado encontrar mi novela de Robert B. Parker, pues habría disfrutado enterándome de qué le sucedía al bueno de Spenser, quien era capaz de correr sin llevar complementos ortopédicos y de levantar pesas sin herniarse. Pero en aquel piso era más difícil dar con novelas de entretenimiento que con un *Nickel-V* de 1913, y un buen número de libros que podían haber tenido interés lo perdían a causa de mi incapacidad para leer alemán, francés o latín.

Acabé leyendo el *Estudio sobre el pesimismo* de Schopenhauer, que distaba de ser el tipo de texto que tenía en mente. El libro era un ejemplar barato, una manoseada edición de Modern Library cuyo texto Abel o su anterior dueño había subrayado a conciencia y, de vez en cuando, señalado con un signo de exclamación en el margen allí donde algo le había llamado la atención.

«Si un hombre se dedica a odiar a todas las desgraciadas criaturas con que se encuentra, no le quedará mucha energía para nada más; cuando puede desdeñarlas a todas sin excepción con la mayor comodidad».

Aquello me gustó bastante, pero un poco de Schopenhauer ya es mucho Schopenhauer. Pensé en poner algo de música, pero decidí que haber encendido algunas luces ya entrañaba todos los riesgos que estaba dispuesto a asumir por el momento.

Aunque una copa del viejo Armagnac me habría sentado bien, lo que bebí fue un poco de leche. Entre las diez y las once apagué las luces del salón, fui al dormitorio y me desnudé.

La cama estaba hecha con esmero. Supongo que la habría hecho el mismo Abel la última mañana de su vida al levantarse. Puse el despertador a las dos y media, me deslicé bajo las sábanas, apagué las lámparas y me dormí.

El despertador me interrumpió un sueño por la mitad. No recuerdo sobre qué versaba, aunque lo más probable es que tuviera que ver con un allanamiento de morada, ya que mi mente no tardó en incorporar el aullido del despertador en él, donde se convirtió en una alarma antirrobo. Moví la mano a tientas repetidas veces buscando la manera de apagar la alarma del sueño, hasta que al final logré salir de este y extendí la mano para apagar el despertador. Para cuando di con él, había dejado de sonar por iniciativa propia.

Estupendo. Permanecí sentado durante varios minutos en la oscuridad esperando

que a nadie le hubiera extrañado el ruido de la alarma. No creo que la oyera nadie. Los edificios antiguos como aquel están contruidos a prueba de ruidos. Yo desde luego no oí nada, y al cabo de un rato encendí la lámpara, me levanté y me vestí. Esta vez me puse las Puma en lugar de los zapatos negros de puntera perforada. Y los guantes.

Salí del piso de Abel, apretando el botón del picaporte para evitar que corriera el pestillo cuando yo cerrara la puerta. Avancé por el pasillo, pasé por delante del ascensor y llegué a las escaleras; bajé siete plantas y me dirigí al 3-B.

No se veía ninguna luz por la rendija de la puerta. Tampoco se oía ningún ruido dentro. La puerta sólo tenía una cerradura, que podría haber llevado al parque para venderla como algodón azucarado. Entré.

Diez minutos más tarde salí y cerré con llave. Subí siete plantas y volví a entrar en el piso de Abel mediante el sencillo recurso de girar la manilla. Cerré con llave, me quité mis leales Puma junto con todo lo demás, puse el despertador a las siete y me metí de nuevo en la cama.

No lograba conciliar el sueño. Me levanté, encontré una bata en el armario y me la puse. Me di cuenta de que en todo el día no había comido lo suficiente para alimentar a un canario, por lo que fui a la cocina, me zampé lo que quedaba del pastel de la Selva Negra y acabé el *brick* de leche. Volví a la cama y me dormí.

Desperté antes de que sonara el despertador. Me duché rápidamente, encontré una maquinilla de afeitar de usar y tirar y me afeité. Me causaba una sensación extraña vivir en el piso de Abel; parecía como si me hubiera colado en la vida que mi viejo amigo había abandonado recientemente. Sin embargo, evité cualquier meditación al respecto. Me preparé una taza de café instantáneo, la bebí y me vestí. Me puse nuevamente los zapatos y guardé las Puma en el maletín junto con otro libro que había hojeado.

Ni el ascensorista ni el conserje se extrañaron de mi presencia. Aunque era la primera vez que me veían, lo cierto es que estaba saliendo a una hora civilizada de la mañana, e incluso en un viejo y conservador edificio de Riverside Drive es muy probable que viva más de un inquilino de cualquiera de los dos sexos que invita de vez en cuando a un desconocido a subir a su piso para pasar la noche y abandonarlo a solas a primera hora de la mañana.

El Peinado Aparente estaba situado en la Novena Avenida, a unos cuantos números al norte de la calle Veinticuatro, junto al restaurante Chelsea Commons. Estaba cerrado, por supuesto, con una reja plegable parecida a la que yo tenía en Barnegat Books, asegurada con un candado. Me detuve a la vista de los transeúntes y empleé un trozo de alambre de acero para hurgar en el candado y abrirlo.

Nadie se fijó en mí. Estaba a plena luz y parecía que iba a hacer un día precioso. Iba bien vestido y tenía aspecto de persona respetable, por lo que a ojos de cualquier

persona yo estaba utilizando una llave perfectamente legítima en lugar de una ganzúa. En fin, que fue pan comido.

Poco más o menos como lo fue forzar la cerradura de la puerta. Me costó un minuto más, pero no me resultó especialmente complicado.

Abrí la puerta y la alarma se disparó.

Bueno, son cosas que pasan, tanto en la vida real como en los sueños. Me había fijado en la alarma la tarde del día anterior, cuando había ido a visitar a Marilyn Margate y había tenido el tiempo suficiente para encontrar el interruptor situado en la pared al lado de la primera silla. Entré en el establecimiento, avancé directamente hacia el interruptor y acallé el estridente aullido.

No había nada de qué preocuparse. Probablemente los vecinos ya estaban acostumbrados a ese tipo de cosas. Los propietarios de pequeños negocios siempre hacen saltar las alarmas de sus establecimientos cuando abren. La gente sólo llama a la policía cuando la alarma salta a medianoche o suena durante largo rato sin que nadie la silencie. En los demás casos dan por supuesto que todo está bien.

Además, ¿a qué idiota se le iba a ocurrir entrar a robar en un salón de belleza?

Pasé más de media hora robando aquel y, cuando me marché, lo dejé todo tal como lo había encontrado, salvo la alarma antirrobo, que no volví a conectar por miedo a que saltara una vez más mientras me iba. No toqué el dinero de la caja (unos cuantos paquetes de monedas y una docena de billetes de dólar) ni tampoco la pistola con la que me había encañonado Marilyn, quien la había dejado en el cajón de su jefa. Allí fue donde se quedó.

Limpié las superficies que pudiera haber tocado (los guantes no pegaban con mi atuendo), cerré con llave al salir, corrí la reja y eché el candado.

En el número de Carolyn no respondía nadie. Pensé en llamar a Denise, pero cambié de idea. Eché a andar por la calle Veintitrés y leí las placas del hotel Chelsea, que no se enorgullecían de señalar nombres de pediatras y pedicuros, sino los de dos escritores que se habían alojado allí: Thomas Wolfe y Dylan Thomas. Al llegar a la Séptima Avenida doblé a la derecha y me encaminé hacia el centro. De vez en cuando pasaba al lado de una iglesia, donde los fieles se congregaban acicalados y con buen color de cara, como si estuvieran celebrando la estación. Hace una mañana preciosa, me dije. No había podido amanecer un día mejor para enterrar a Abel.

Aunque, claro, me recordé, no íbamos a enterrarlo ese día. Todavía habría que esperar. Sin embargo, si la ceremonia se desarrollaba tal como yo esperaba, quizá conseguiríamos que mi viejo amigo descansara en paz, sino en cuerpo al menos en espíritu. Había pasado la noche en su piso, el mismo en que le habían golpeado y asesinado, y no podía decir que sintiera la presencia de un espíritu inquieto o de un fantasma desasosegado. Ahora bien, no se me da bien sentir presencias, de modo que alguien con mayor sensibilidad para esa clase de cosas quizá hubiera sentido la

proximidad de la sombra de Abel en el salón de su piso, deambulando por la alfombra oriental presa de la impaciencia, clamando venganza. El que yo no perciba estas cosas no significa que no existan.

Dejé atrás la calle Catorce, entré en una cafetería del Village y me tomé un desayuno enorme: huevos con tocino, zumo de naranja, un bollo de salvado tostado y café en abundancia. Compré el *Times* del domingo, deseché las secciones que nadie lee y me paré a descansar en Washington Square. Allí me senté en un banco, hice caso omiso de los amables jóvenes que se ofrecieron a venderme toda clase de productos químicos para alterar el ánimo y leí el periódico mientras contemplaba a la gente, las palomas y las alocadas ardillas grises que aparecían de vez en cuando. Los niños se encaramaban a las barras del parque. Las madres jóvenes empujaban coches de niños. Los jóvenes lanzaban discos de un lado a otro. Los mendigos pedían limosna. Los borrachos se tambaleaban. Los jugadores de ajedrez adelantaban piezas mientras los mirones hacían gestos con la cabeza y chasqueaban la lengua. La gente paseaba perros, que se desentendían de las señales y ensuciaban el camino. Los camellos pregonaban sus mercancías, al igual que los vendedores de *hot-dogs*, helados, globos y tentempiés hechos con productos naturales. Avisté a mi vendedor favorito, un negro que vende patos amarillos de peluche con el pico de un vivo naranja. Son las cosas más rematadamente estúpidas que he visto jamás, pero es evidente que la gente las compra. Nunca he conseguido comprender por qué.

Fui andando del parque al metro y para la una y media ya estaba en Cobble Hill. Veinte minutos más tarde llegaba a la iglesia del Redentor. Me reuní con Jessica Garland y el hombre que vivía con ella. Se llamaba Clay Merriman y era un joven larguirucho, todo rodillas y codos, que cuando sonreía enseñaba todos los dientes. Les conté lo que tenía planeado. A él le costó un poco comprenderme, pero Jessica lo pilló enseguida. Bueno, ¿por qué no habría de pillarlo? ¿Acaso no era la nieta de Abel?

Echamos un vistazo a la sala en que iba a tener lugar la ceremonia. Le dije a Jessica dónde tenía que sentar a la gente en el supuesto de que no eligieran sitio por iniciativa propia. Luego la dejé para que fuera con Clay a recibir a los asistentes cuando llegaran y me fui a esperar a una habitación que había al fondo del pasillo y que parecía el despacho del pastor. La puerta estaba cerrada con llave, pero no es difícil imaginarse el tipo de cerradura que puede haber en el despacho de un pastor.

A las dos y media, la música de órgano enlatada empezó a sonar. Aunque ya debían de haber llegado los invitados, por algo se llama rezagados a los rezagados, de modo que la ceremonia aún tardaría diez minutos en dar comienzo. Esperé los diez minutos en el despacho del pastor, paseándome como probablemente se pasea uno cuando está preparando un sermón.

Llegó la hora. Cogí mi maletín, saqué dos libros, lo cerré y lo dejé en una esquina

de la habitación. Volví por el pasillo y entré en la sala, donde se había reunido un buen número de gente. Avancé por la nave lateral, subí a una tarima de medio metro y ocupé mi lugar detrás del facistol.

Miré a toda la gente que tenía delante y respiré hondo.

—Buenas tardes —dije—. Me llamo Bernard Rhodenbarr. Me encuentro aquí, al igual que ustedes, debido a mi amistad con Abel Cornejo. Nuestro amigo y vecino falleció en su casa la semana pasada, y nos hemos reunido aquí para rendir un último homenaje a su memoria.

Observé a mi público. Había muchas caras desconocidas; supuse que las de más edad pertenecerían a los vecinos de Abel de Riverside Drive, mientras que las jóvenes serían las de los amigos de Jessica que vivían en Cobble Hill. Entre las personas que conocía se encontraba la señora Pomerance, sentada en la segunda fila, y el campechano señor Feisinger, mi pedicuro. A la izquierda estaba Ray Kirschmann sentado al lado de un joven delgado de frente despejada y escasa barbilla. No me hizo falta hacer un gran esfuerzo para adivinar que estaba mirando a George Edward Malgate. Aunque sus orejas no eran más largas que las de cualquier persona y su nariz no sufría contracciones nerviosas, era evidente por qué le llamaban Conejo.

Su hermana Marilyn estaba sentada a la derecha, al final de la primera fila. Tenía aspecto solemne, vestida con una falda negra y un jersey gris oscuro, lo cual no era óbice para que pareciera una puta en misa. El hombre que había a su lado, un patán de cara ovalada y pinta de torpe, debía de ser Harlan Reese.

Denise y Carolyn estaban sentadas juntas al fondo del salón. Carolyn llevaba su chaqueta informal. Denise se había puesto un jersey, pero no podía ver si llevaba falda o pantalón. Del vestido nada, y de la sonrisa menos.

Como principal afectada, Jessica Garland estaba sentada en el centro de la primera fila y tenía a Clay Merriman a su izquierda. Era una lástima que no nos hubiéramos conocido antes de aquella desgraciada circunstancia, pensé. Abel podría habernos invitado a su piso una noche a todos, Jessica, Clay, Carolyn y yo, y podríamos haber engordado un poco comiendo pasteles mientras él nos entretenía con historias sobre la Europa de entreguerras. Sin embargo, y por extraño que pareciera, él jamás había mencionado que tuviera una nieta.

En la tercera fila de la derecha había tres hombres ataviados con trajes negros. El que se encontraba más cerca del centro era alto y algo calvo y tenía nariz larga y labios muy finos. A su lado estaba el mayor de los tres, un caballero de unos sesenta años, de anchas espaldas, cabellos blancos y bigote cano. El tercer hombre, el que estaba más cerca de la nave, era un tipo pequeño de constitución débil y nariz pequeña y redondeada sobre la que reposaban unas gruesas gafas. No los había visto nunca pero estaba prácticamente seguro de saber quiénes eran. Observé al hombre de pelo blanco durante lo suficiente para que se cruzaran nuestras miradas, y aunque su expresión de severidad permaneció inmutable, su cabeza hizo un gesto de asentimiento breve pero inequívoco.

En el extremo opuesto de la segunda fila había otro hombre que conocía. Cara ovalada, bigote recortado, pelo gris teja, boca y nariz pequeñas: le había visto antes, por supuesto, y Jessica había sabido dónde sentarle porque Herbert Franklin Colcannon había tenido la amabilidad de ponerse un clavel en la solapa.

Cuando lo vi sentí un estremecimiento. Con tanto correr de un lado a otro se me había olvidado ir a una floristería antes de que cerraran. Supongo que podría haber entrado en una cerrada aquella misma mañana, pero tal acción habría entrañado un riesgo desproporcionado. Además, acababa de presentarme a los asistentes, de modo que Colcannon ya sabía quién era yo.

—Dicen que nuestro buen amigo se ganaba la vida como receptor de objetos robados —comencé—. Yo, sin embargo, lo conocí como estudioso de la filosofía. Abel Cornejo valoraba especialmente las obras de Spinoza, por lo que me gustaría leer un par de breves pasajes de este autor en su memoria.

Leí los textos del ejemplar encuadernado en cuero que le había regalado a Abel, el mismo que había sustraído el viernes y que había metido en mi maletín la noche siguiente. Eran dos pasajes de un capítulo titulado «Sobre el origen y la naturaleza de las emociones», de contenido bastante árido. Por sus miradas, diría que los asistentes no me prestaron mucha atención.

Cerré el libro de Spinoza, lo dejé sobre el facistol y abrí el otro volumen que había llevado, uno escogido la noche anterior en la biblioteca de Abel.

—Este es uno de los libros de Abel —dije—. Se trata de una antología de la obra de Thomas Hobbes. Aquí tengo un pasaje de los *Rudimentos filosóficos acerca del gobierno y la sociedad* que él subrayó: «La causa del temor mutuo consiste, por una parte, en la igualdad natural de los hombres y, por otra, en su voluntad de hacerse daño los unos a los otros; esto trae como consecuencia que no podemos esperar de los otros ni prometernos a nosotros mismo la menor seguridad. Pues si observamos a los hombres maduros y consideramos lo frágil que es la estructura de nuestro cuerpo, que al extinguirse, todo su vigor, fuerza y sabiduría se extinguen con ella, y cuán fácil es incluso para el hombre más débil matar al más fuerte, no hay razón para que un hombre que depende de su propia fuerza piense que la naturaleza le ha creado por encima de los demás. Son iguales, y pueden hacerse cosas iguales los unos a los otros; y aquellos que pueden hacer la cosa más importante, esto es, matar, también pueden hacer cosas iguales».

Salté a otro pasaje señalado.

—Esto es del *Leviatán* —dije—: «En la naturaleza del hombre encontramos tres causas de disputa fundamentales. La primera: la competición; la segunda: la falta de confianza; la tercera: la gloria. La primera lleva al hombre a la invasión para obtener ganancias; la segunda para obtener seguridad y la tercera para obtener reputación».

Coloqué el libro de Hobbes junto al de Spinoza.

—Abel Cornejo fue asesinado por la ganancia —proclamé—. Y la persona que le asesinó se encuentra aquí mismo. En esta sala.

Mis palabras surtieron efecto. Tuve la impresión de que todos los asistentes contenían la respiración al mismo tiempo. Clavé la mirada por un momento en Carolyn y Denise. Ellas ya sabían lo que se preparaba, pero mi anuncio les había afectado de igual manera, y se habían aproximado un poco la una a la otra como si el dramatismo del momento hubiera dejado su aborrecimiento mutuo en un segundo término.

—Abel fue asesinado por una moneda de cinco centavos —proseguí—. Todos los días se mata a gente por sumas de dinero irrisorias. Sin embargo, esta moneda de cinco centavos no era irrisoria en absoluto. Valía aproximadamente un cuarto de millón de dólares. —Los asistentes volvieron a contener la respiración todos a una—. El martes por la noche dicha moneda llegó a poder de Abel. Doce horas más tarde Abel estaba muerto.

Seguidamente les conté la historia de los cinco legendarios *Nickel-V* de 1913.

—Una de estas monedas acabó en la caja de seguridad de un hombre que vive en una casa situada en Chelsea. Este hombre y su esposa habían salido de la ciudad, y no se esperaba que volvieran hasta el día siguiente. El martes por la noche, en su ausencia, un par de ladrones entraron en su casa por un tragaluz y la desvalijaron.

—¡No nos llevamos ninguna moneda! —Los asistentes volvieron la cabeza y clavaron la mirada en Conejo Margate—. ¡Ninguna! —repitió—. ¡Y no abrimos ninguna caja de seguridad! La encontramos, eso sí, pero no conseguimos taladrarla ni abrirla con una palanca ni nada de nada... No sé de qué mierda de moneda está hablando.

—Ya...

—Y no matamos a nadie. No hicimos daño a nadie. No había nadie en la casa cuando entramos en ella, y nos fuimos antes de que llegara nadie. No sé de qué coño de asesinato y de moneda está hablando.

Se sentó pesadamente en su silla. Ray Kirschmann se giró para susurrarle algo, y Conejo dejó caer los hombros con desaliento. No sé qué le diría Ray, aunque es probable que le indicara que acababa de confesar delante de Dios y de todo el mundo que había cometido el robo.

—Eso es cierto —dije—. Los primeros ladrones, Conejo Margate y Harlan Reese —menuda sorpresa se llevó Harlan al oír su nombre—, se contentaron con cometer un robo y un acto de vandalismo. Poco después de que se fueran, apareció en la casa un segundo ladrón. Este, un individuo más refinado y habilidoso que Margate y Reese, fue directamente a la caja de seguridad, la abrió y extrajo de ella unos pendientes, un valioso reloj de pulsera y la moneda de cinco centavos. Seguidamente llevó todos estos objetos al piso de Abel, donde los dejó en depósito.

No tenía ningún sentido decir que habíamos obtenido algo de dinero por el reloj y los pendientes. No había necesidad de contarle a aquella gente hasta el último detalle.

—Mientras el segundo ladrón entregaba el contenido de la caja de seguridad a Abel Cornejo, el dueño de la moneda y su esposa regresaban a casa. Habían hecho un cambio de planes del que ninguno de los ladrones tenía por qué estar enterado, de modo que entraron en una casa que más bien parecía Roma después del saqueo de los godos; lo que también hicieron fue sorprender *in fraganti* a otro ladrón. Este Tercer Ladrón golpeó al hombre y la mujer y los ató, y cuando el hombre recuperó el conocimiento y logró soltarse, descubrió que su mujer estaba muerta.

Miré a Colcannon, y él me la devolvió con rostro inmutable. Tuve la impresión de que hubiera preferido estar en cualquier otra parte, y dudo que pensara que iba a tener ocasión de recuperar su moneda, al menos aquella tarde. Parecía un hombre que quiere salirse de una mala película pero tiene que quedarse para enterarse del final.

—El propietario de la moneda llamó a la policía, por supuesto. Le dieron la oportunidad de ver al autor del segundo robo pero no pudo identificarlo. Seguidamente identificó a uno de los participantes en el primer robo.

—¡Eso fue una trampa! —exclamó Conejo Margate—. No me ha visto nunca. Fue todo un montaje.

—Digamos que fue una equivocación —sugerí—. El caballero estaba sometido a una gran tensión nerviosa. Había perdido a su mujer, su casa había sido desvalijada y echaba en falta una moneda valorada en una fortuna. Lo que voy a decir a continuación es muy interesante —proseguí, mirando a Colcannon—. El caballero no mencionó la moneda a la policía. No les dijo ni una sola palabra al respecto. A fin de reclamar el seguro, una persona ha de denunciar los robos a la policía, pero esta circunstancia era irrelevante en este caso, por cuanto la moneda no estaba asegurada. Y no lo estaba por un buen motivo: el caballero no tenía derecho a su propiedad.

—Esto ha ido demasiado lejos —dijo Colcannon, y consiguió sorprenderme a mí y al resto de los asistentes. Se puso en pie y me miró con gesto de furia—: No sé cómo he permitido que me engañen para venir aquí. Yo no conocía al señor Cornejo. Me han traído aquí con un pretexto falso. Yo no he denunciado la pérdida de un *Nickel-V* de 1913 ni firmé ninguna póliza de seguros para dicha moneda por una razón mucho más poderosa que la que usted ha sugerido: esa moneda nunca ha obrado en mi poder.

—Eso mismo fue lo que estuve a punto de creer en un principio —reconocí—. Yo sabía que tenía una moneda, pero pensaba que quizá fuera falsa. Traté de localizar los cinco *Nickel-V* para averiguar cuál era la que usted había comprado y resultó que todas tenían dueño. Cuatro pertenecen a colecciones de museo y la quinta es propiedad particular. Esta última está desgastada debido al uso y es fácil distinguirla de las otras, y desde luego no se trata del ejemplar que yo me llevé de su caja de

seguridad.

Todos los asistentes contuvieron la respiración. Había mandado mi anonimato a freír espárragos y ahora todo hijo de vecino sabía quién había sido el autor del segundo robo. Bueno, son cosas que pasan.

—Pero estudié la moneda con detenimiento —proseguí— y no conseguí convencerme de que fuera falsa. Así pues, seguí investigando e invité a cuatro personas relacionadas con los museos a que examinaran sus monedas; tres me dijeron que sus monedas tenían un aspecto estupendo, gracias. El cuarto museo, sin embargo, tenía en la vitrina una moneda falsa.

Miré a los hombres de traje oscuro. El que estaba sentado cerca de la nave, el individuo de la nariz pequeña y redondeada que llevaba gafas gruesas, era Milo Hracec. Al reconocer mi señal, dijo:

—No es una mala falsificación. La hicieron a partir de un ejemplar de prueba de cinco centavos fechada en 1903. Borraron el *0* y soldaron un *1* en su lugar. Hicieron un buen trabajo. Se podía exponer en la vitrina sin que nadie tuviera motivos de sospecha. Sin embargo, nunca hubiéramos podido venderla como una moneda auténtica.

El hombre del pelo blanco carraspeó.

—Me llamo Gordon Ruslander —proclamó—. Cuando el señor Hracec me informó de su descubrimiento, me cercioré de inmediato. Está en lo cierto; la moneda no es una mala falsificación, pero tampoco deja lugar a muchas dudas si se examina con detenimiento. Desde luego no se trata de la moneda que cambié por un cuadro de la Sociedad Histórica de Baltimore. Aquella moneda era un ejemplar auténtico. Sabía que no tratarían de endilgarme una falsa, pero aun así encargué una radiografía y comprobé que era auténtica. La moneda por la que la han sustituido no tiene que pasar por el examen de una radiografía, porque es a todas luces fraudulenta.

—¿Qué hizo usted después de ver la moneda?

—Fui a casa del director y le expuse los hechos —contestó. El hombre que estaba a su lado, el de la nariz larga que estaba algo calvo, pareció encogerse en su silla—. Sabía que Howard Pitterman había pasado una mala época —prosiguió Ruslander—. Había tenido dificultades al divorciarse y algunos reveses en sus inversiones. Sin embargo, no había sido consciente de lo duras que habían sido sus circunstancias, porque en tal caso le habría ofrecido ayuda sin dudarle. —Frunció el entrecejo—. Lo que hizo fue afrontar la situación por su cuenta y riesgo. De eso hace ya un par de meses. Sustituyó el *Nickel-V* de 1913 por una moneda falsa y vendió nuestra pieza más rara e importante por una mínima parte de su valor.

—Obtuve veinte mil dólares por ella —dijo Howard Pitterman con voz trémula—. Debí de perder el juicio.

—No sé quién es ese hombre —afirmó Colcannon—. Es la primera vez que lo

veo en mi vida.

—Si ese es el hombre que compró la moneda —dijo Pitterman—, no fui yo quien se la vendió. Yo se la vendí a un tratante de Filadelfia, un hombre de dudosa reputación. Quizá fue él quien se la vendió al señor Colcannon o quizá pasó antes por otras manos. No lo sé. De todos modos puedo darles el nombre del tratante, aunque preferiría no hacerlo; no creo que admita nada y yo no puedo probar que fue él quien me compró la moneda. —En aquel momento se le quebró la voz—. Me gustaría ayudar de alguna manera —añadió—, pero me parece que no hay nada que pueda hacer.

—Insisto —dijo Colcannon—. No conozco en Filadelfia a ningún tratante en monedas de mala reputación. Son pocos los que conozco que la tengan buena. Conozco a Ruslander por su reputación, por supuesto, en su calidad de fundador del Museo de Numismática Internacional y Americana y propietario de la Casa de la Moneda Liberty Bell, pero no le conozco personalmente, ni a él ni a sus empleados.

—¿Entonces por qué llamó ayer a Samuel Wilkes?

—No conozco a ningún Samuel Wilkes.

—Tiene una oficina en Rittenhouse Square —dije— y se ocupa de monedas y medallas. Si se puede definir su reputación de alguna manera es como dudosa. Ayer le llamó usted a su casa y dejó su nombre; luego llamó a su oficina y al Museo de Numismática Internacional y Americana. Hizo todas estas llamadas desde su casa, y como son conferencias habrá quedado constancia de ellas.

Por supuesto que habría quedado constancia de ellas. Colcannon me estaba mirando fijamente, sin alcanzar a comprender cómo podía haber constancia de unas llamadas que nunca había hecho.

En cualquier momento recordaría que le habían sacado de casa con el pretexto de que tenía que acudir apresuradamente a una cita en la esquina de Madison Avenue con la calle Setenta y nueve; incluso podía descubrir que había tenido visitas en su ausencia; sin embargo, ahora parecía contentarse con negarlo todo.

—Es la primera vez que oigo hablar de ese Wilkes —dijo—. Nunca le he llamado, y desde luego nunca he llamado al Museo.

—¿Pero qué importa eso, Bern? —Era Ray Kirschmann. Yo no estaba muy seguro de que comprendiera muy bien todo lo que se estaba diciendo—. Si Cornejo fue asesinado por esa moneda de cinco centavos, todo encaja, pero ¿a quién le importa cómo llegó la moneda a la caja de seguridad? Cornejo fue asesinado después de que la robaran.

—¡Ah! —exclamé—. Lo que importa es que nadie sabía que estaba en la caja de seguridad. Nadie excepto el Tercer Ladrón.

—¿Quién?

—Conejo Margate y Harlan Reese no tenían conocimiento de la existencia de la

moneda —proseguí—. Todo lo que sabían era que los Colcannon iban a estar fuera de la ciudad aquella noche. Y lo sabían porque Wanda Colcannon iba a cortarse el pelo a un salón de belleza llamado El Peinado Aparente, donde trabaja la hermana de Conejo, Marilyn. Y hay que decir que trabaja muy bien. De las clientas a las que ha atendido durante el último año y medio, ocho han sufrido robos en su casa mientras estaban de vacaciones fuera de la ciudad. Los ocho robos han sido cometidos según el mismo *modus operandi*: entrada violenta en la casa, robo lleno de torpezas y una pauta de vandalismo casi premeditada. Marilyn se limitaba a aguzar el oído cuando sus clientas comentaban que iban a salir de la ciudad, y luego pasaba la información a su hermano. El asunto no tenía mayor complicación. ¿De qué sirve pedir que no traigan la leche y dejar las luces encendidas con un temporizador si el hermano de la encantadora jovencita que te corta el pelo es un ladrón?

Al decir esto evité mirar a Marilyn y me fijé en Carolyn.

—Wanda tenía la costumbre de pasar por mi librería cuando llevaba su perra a un establecimiento que hay en la misma calle para que la cepillaran. —Era mejor no meter a Carolyn en aquel asunto—. La última vez que la vi, mencionó por casualidad que iba a llevarse a la perra fuera de la ciudad para aparearla. Así pues, al igual que Conejo y Harlan, obtuve la información confidencial. Tanto ellos como yo sabíamos que los Colcannon iban a pasar la noche fuera. Sin embargo el Tercer Ladrón no lo sabía: el tercer ladrón estaba esperando a que los Colcannon volvieran a casa. Desde que caí en la cuenta de que en este asunto había un tercer ladrón, he pensado en él con iniciales mayúsculas, como el asesino de *Macbeth*, ¿saben? Shakespeare no da a su personaje mucho papel en la obra, por lo que las pruebas no son muy sólidas; no obstante, una escuela crítica sostiene que el Tercer Asesino es en realidad el mismo Macbeth.

La sala quedó sumida en el silencio. He de reconocer que fue uno de los silencios más logrados.

—Esta fue una pista que me proporcionó el subconsciente —proseguí—, aunque me costó cierto tiempo atar cabos. El Tercer Ladrón no podía ser alguien que tuviera información confidencial, ya que en tal caso habría sabido que no podía esperar a los Colcannon aquella noche. Y que alguien se hubiera colado por el tragaluz por pura casualidad y se hubiese quedado rondando por la casa hasta cometer el asesinato me parecía... bueno, una coincidencia excesiva. Sin embargo mi subconsciente estaba tratando de decirme algo, y por fin logré comprenderlo. Tanto si la intención de Shakespeare era que el Tercer Asesino fuese Macbeth como si no, nuestro Tercer Ladrón fue Herbert Franklin Colcannon.

Se puso en pie.

—¡Está loco! —exclamó—. Loco de atar. ¿Está tratando de decir que organicé un robo en mi propia casa? ¿Que me robé a mí mismo una moneda inexistente?

—No.

—¿Entonces...?

—No hubo un tercer robo —dije—. Conejo y Harlan robaron todo lo que encontraron y yo me llevé los tres objetos de su caja de seguridad. No hubo más robos en su casa la noche del martes. No se cometió un tercer robo, no hubo el tal Tercer Ladrón ni nadie que le golpeará a usted en la cabeza y le atase. A su esposa la mató usted mismo.

Por unos segundos nadie abrió la boca. Luego Colcannon dijo a todos los presentes que yo había perdido el juicio.

—¿Por qué estamos escuchándole? —les conminó—. Este hombre ha confesado que es un ladrón y nosotros permanecemos aquí sentados mientras él se dedica a hacer acusaciones de hurto y asesinato. No sé qué pensarán ustedes, pero yo no aguanto más. Me voy.

—Se quedará sin canapés si se va ahora.

Dilatando las aletas de la nariz, se apartó de su silla. Pero en aquel momento una mano le cogió por el codo; se dio media vuelta y sus ojos se posaron en los de Ray Kirschmann.

—No tan deprisa —le dijo este—. ¿Qué motivo hay para no oír lo que Bern tiene que decirnos? Quizá se trate de algo interesante.

—Quíteme la mano de encima —ladró Colcannon. Su ladrido recordaba menos al de un bouvier que al de, por ejemplo, un caniche—. ¿Quién es usted?

—Soy un poli —contestó Ray amablemente—, y Bern piensa que usted es un asesino, y cuando sus pensamientos son de esa naturaleza, suelen ser correctos. Mientras sea él quien tenga el balón, habrá que ver hasta dónde llega con él.

Eso, ¿adónde iba a llegar yo?

—El señor Colcannon tiene razón —dije—. Soy un ladrón o, para ser más exactos, soy un vendedor de libros que intenta redimirse de su mala costumbre de robar. Pero si algo no soy es policía, y es tarea de esta reunir los argumentos suficientes para probar que Colcannon asesinó a su esposa. De todos modos es posible que yo pueda indicarles dónde investigar. Sus finanzas no serían un mal lugar para empezar. Los Colcannon vivían holgadamente y eran propietarios de un buen número de objetos de valor; sin embargo, los ricos tienen dificultades económicas, igual que el resto de la humanidad. Algo que me sorprendió cuando abrí la caja de seguridad fue ver lo vacía que estaba. Sólo había un reloj, un par de pendientes, una moneda rara y un puñado de papeles. Las personas que poseen caja de seguridad suelen llenarla de cosas valiosas, sobre todo aquellas que tienen un perro guardián y creen que su residencia es inexpugnable. Ayer hice unas cuantas llamadas telefónicas y me enteré de que el señor Colcannon ha vendido últimamente algunas de las monedas que había comprado durante los últimos años.

—Eso no prueba nada —respondió Colcannon—. Nuestros intereses cambian. Vendemos un objeto para comprar otro.

—Quizá, pero no me lo parece. A mí me parece que recientemente se ha metido en un par de aventuras importantes; en su caja de seguridad hay unos títulos de acciones con las que ha perdido una gran cantidad de dinero. Además me parece que

pagó por el *Nickel-V* de 1913 una cantidad más elevada que los veinte mil pavos que el señor Pitterman obtuvo por él. Probablemente usted no podía permitirse comprar la moneda cuando esta estaba a la venta, pero tuvo que comprarla porque es un hombre avaricioso, y a menos que Spinoza estuviera totalmente equivocado, la avaricia es una especie de locura, y no está precisamente en peligro de extinción. Compró la moneda y desembolsó el precio en un momento en que estaba intentando reunir dinero para afrontar otras obligaciones. Entonces llevó a la perra a aparear (otro gasto de narices, que sin embargo quedaría amortizado cuando *Astrid* tuviera cachorros), pero volvió a toda prisa a Nueva York en lugar de pernoctar en Pensilvania. Es posible que tuviera una discusión con su esposa en el teatro o después, durante la cena. Esto es algo que la policía podrá averiguar fácilmente. Da igual; el caso es que entraron en casa y se encontraron con la evidencia de que habían sufrido un robo. Quizá tuvieran pensado vender varios de los objetos de valor robados. Quizá los tuvieran mal asegurados. Es probable que ni siquiera se les hubiera ocurrido subir la póliza del seguro sobre la plata; casi nadie lo hace, de modo que la bonita suma de dinero que habían ganado gracias a la repentina subida del precio de la plata se la llevaron los ladrones la noche del martes. Quizá su esposa hizo en aquel momento algún comentario fuera de lugar que se convirtió en la gota que colma el vaso. ¿O acaso le recordó que una de las pocas cosas que les quedaban en la caja de seguridad era un seguro de vida para los dos? Si uno de los dos moría, el otro cobraría medio millón de dólares. Hay una cláusula de doble indemnización por muerte accidental y las compañías de seguros consideran los asesinatos como accidente, pese a que generalmente se cometen a propósito, lo cual es una contradicción, ¿no le parece? Quizá la primera vez que la golpeó fue resultado de un ataque de ira, pero luego le vino a la cabeza la posibilidad de ganar dinero. Quizá echó un vistazo a las habitaciones desvalijadas de su casa y comprendió que el robo sería una buena cortina de humo para encubrir el asesinato. Es probable que nunca sepamos la respuesta a esa pregunta hasta que usted confiese, lo que es muy probable que haga, señor Colcannon, porque los aficionados suelen hacerlo. Y usted es un aficionado. Es un verdadero profesional en lo que respecta a la avaricia, señor Colcannon, pero un aficionado en el asesinato.

Me refería a la posibilidad de que confesara en la comisaría, no allí mismo. Pero una sombra oscureció su semblante en aquel preciso momento, por lo que decidí callarme por un minuto para darle la oportunidad de hablar o, si lo prefieres, de condenarse.

Le temblaban los labios. Entonces le palpité un músculo en la sien y dijo:

—No fue mi intención matarla.

Miré a Ray y Ray me miró a mí. Una sonrisa afloró a sus labios.

—Le di un único golpe. En realidad fue un accidente. Estaba despotricando

contra mí, hostigándome. Podía ser una verdadera víbora si se lo proponía. Se había casado conmigo por mi dinero, por supuesto. No era ningún secreto. Pero ahora que el dinero faltaba... —Suspiró—. Le propiné un golpe; jamás lo hubiera hecho si *Astrid* hubiese estado presente, pues me habría arrancado el brazo. Ella cayó al suelo y debió de golpearse la cabeza contra algo.

No estaba mal la historia. Yo había visto las fotos, y a aquella mujer la habían golpeado de manera sistemática hasta matarla. Daba igual, por el momento Colcannon podía componérselas como quisiera. Aquello no era más que el principio. Luego cantaría como un pajarito.

—Luego intenté tomarle el pulso y vi que estaba muerta —prosiguió—. Al principio pensé que mi vida también había llegado a su fin, pero entonces me dije: Bueno, que carguen los ladrones con la culpa. Así pues, la até y me di un golpe en la cabeza. Me resultó difícil dármele con fuerza suficiente para causarme una herida; pero saqué fuerzas de flaqueza y, tras dejarlo todo preparado, llamé a la policía. Pensé que en cuanto me interrogaran perdería la compostura y hablaría, pero echaron un vistazo y llegaron a la conclusión de que la casa había sido desvalijada por ladrones. Y no me interrogaron.

Ray alzó la vista y puso los ojos en blanco. Al verle, imaginé que algunos miembros de la comisaría iban a enterarse de aquello.

—¡Pero no fui yo quien mató a Abel Cornejo! —De repente Colcannon era la viva expresión del azoramiento—. Y en teoría ese es el motivo por el que estamos aquí, ¿no? Por el asesinato de un receptor de objetos robados. Yo no conocía a Abel Cornejo, ni siquiera había oído hablar de él, y desde luego no lo maté.

—No —dije haciendo un gesto de negación—. Usted no lo mató.

—No sabía que tenía mi moneda. Pensaba que era usted quien la tenía.

—Eso pensaba usted.

—Sí, pensaba que aún la tenía. Ese es el motivo por el que he venido aquí, maldita sea. ¿Cómo puede entonces acusarme de asesinar a Abel Cornejo?

—No puedo hacerlo.

—Pero si...

Ordené a mis ojos que dieran una vuelta por el público y comprobé que este me estaba prestando atención. Miré fijamente al asesino y sólo vi en él el mismo vivo interés que se evidenciaba en los rostros de los demás asistentes.

—Creo que usted habría matado a Abel Cornejo —le dije— si hubiera pensado que de ese modo recuperaría la moneda. Si no me equivoco, esta tarde pensaba matarme en lugar de pagarme doce mil dólares por ella. Pero no sabía que él tenía la moneda ni había manera de que se enterara.

—A menos que Abel se lo dijera —observó Carolyn inesperadamente—. Puede que Abel tratara de venderle la moneda.

Hice un gesto de negación.

—No en aquel momento —dije—. Es posible que intentara llegar a un acuerdo con la compañía de seguros cuando se denunciara la desaparición de la moneda, pero era demasiado pronto para que Abel supiera que el seguro no cubría la desaparición de la moneda y para que se planteara vender la moneda a su presunto propietario. Lo primero que se me ocurrió fue que Abel había invitado a un posible comprador a ver la moneda y que se había formado una idea equivocada de su carácter, hasta el extremo de ser asesinado por sus cuitas. ¿Pero fue eso lo primero que hizo Abel? —Negué con la cabeza y me respondí—: No. Abel había recibido una moneda con un precio de seis cifras. El ladrón que se la había proporcionado la había obtenido en casa de un hombre cuya posesión de la moneda no era conocida. Antes de hacer algo con ella, Abel tenía que determinar si era auténtica o no, y aunque podía hacerse una idea aproximada de ello mediante un examen meticuloso, uno no corre riesgos en tales casos. El lugar donde el señor Ruslander había obtenido la moneda era un museo, y aun así Abel tomó la precaución de hacerle una radiografía para determinar su autenticidad, que era lo menos que podía hacer tratándose de una moneda de dudosa procedencia; en su opinión, determinar la autenticidad de los objetos era el primer requisito de su profesión. Él me dijo que «a una hora más propicia» verificaría la legitimidad de la moneda sin salir del edificio, y yo lo interpreté como que iba a llamar a un experto en numismática para que la examinase y estableciera su autenticidad. El problema era que los expertos no tienen costumbre de ir de visita a una casa a medianoche. Pero no era eso a lo que se refería, sino a que en el mismo edificio había alguien que podía confirmar si se trataba de un *Nickel-V*. Yo creí que tal vez había un inquilino experto en numismática; pero luego me paré a pensar en ello y caí en la cuenta de que Abel no quería que un experto supiera que tenía la moneda en su poder. El *Nickel-V* de 1913 es una moneda demasiado rara y conocida, y los verdaderos expertos en numismática son personas con un gran sentido ético que se resistirían a estudiar la autenticidad de una moneda robada con la condición de guardar silencio al respecto. No, lo que Abel necesitaba no era una opinión sino una radiografía.

Observé al público. El asesino permanecía inmutable, hasta el extremo de que casi dudé de mis conclusiones. Pero no tenía de qué preocuparme. Miré a Carolyn y vi que me hacía un vehemente gesto de asentimiento. Lo había adivinado.

—¿Adónde va uno a que le hagan una radiografía? ¿A un laboratorio? ¿A la sala de urgencias de un hospital? ¿A un radiólogo? Imposible sin salir del edificio de Abel. ¿A un dentista? Hay un dentista en el edificio, un tal doctor Grieg, quien, según creo, está especializado en conductos radiculares.

—Es cierto —confirmó la señora Pomerance—. No te hace ningún daño, pero cobra una fortuna.

—Todos cobran una fortuna —añadió otra persona—. Grieg no es peor que los otros.

—Abel tenía dentadura postiza —dije—, así que dudo que requiriera los servicios del doctor Grieg, sean o no razonables sus precios. No obstante, es posible que tuviera amistad con él y hubiese utilizado su aparato de rayos X para examinar monedas raras o joyas. Pero no era paciente suyo y al parecer Abel no tenía amigos íntimos entre los vecinos de su casa. Sin embargo, Abel mantenía una relación profesional con un inquilino del edificio que tenía un equipo de rayos X. Abel tenía problemas en los pies. No sé si tenía pie de Morton o no, ni si sufría condromalacia, pero el caso es que tenía problemas en los pies y que su peso no hacía más que agravárselos. Los zapatos que hay en su armario son todos de encargo y tienen unos complementos en el empeine y otras particularidades que uno no puede comprar al simpático farmacéutico del barrio.

Miré al asesino. Su rostro había perdido su inmutabilidad. Advertí en sus ojos algo parecido a una mirada de alarma, pero la perilla y el bigote me impedían ver el gesto de su boca y confirmar mi impresión. Aun así, estaba prácticamente seguro de que ya no las tenía todas consigo.

—Abel era un paciente habitual de Murray Feisinger —proseguí—. Debía de parecer una mosca blanca al lado de todos los atletas y bailarines que acuden a verle, pero su historial demuestra que pasaba por su consulta con frecuencia. El día de su muerte tenía hora por la mañana.

—¡Eso es mentira! —Feisinger estaba indignado—. No tenía ninguna cita. Era mi paciente, en efecto, y también mi amigo. Por eso he venido aquí, para asistir a lo que creía iba a ser su funeral, no una investigación chapucera. El día de su muerte no tenía hora conmigo.

—Qué curioso. La hora consta en su libro de consultas y en el historial de Abel. —No lo había estado hasta aquella mañana a primera hora, pero ¿qué necesidad había de aclararlo?—. No era la primera vez que utilizaba su aparato de rayos X con fines ajenos a la pedicura, ¿verdad?

Feisinger se encogió de hombros.

—Es posible. Pasaba de vez en cuando por la consulta y me preguntaba si podía utilizarlo. A mí no me importaba. Era mi paciente y amigo, así que le dejaba utilizarlo. Pero la mañana del miércoles no vino a verme y si lo hizo, yo no lo supe. Y, desde luego, no lo maté.

—No fue entonces cuando lo mató. Esperó a que llegara la hora de la comida y se vaciase la sala de espera de su consulta. Entonces subió a su piso y él le hizo entrar. Usted le preguntó si podía echar un vistazo a la moneda y, cuando él se la enseñó, lo mató y se la llevó.

—¿Por qué habría de hacer yo algo así? No me hace falta dinero. Nunca me ha

ido mejor en la consulta. Además, no soy coleccionista de monedas. ¿Qué motivo podía tener para matarlo?

—Por avaricia —respondí—. Ni más ni menos. Usted no es coleccionista de monedas, pero no hace falta serlo para saber qué es el *Nickel-V* de 1913. Todo el mundo ha oído hablar de ella. La mejora que ha experimentado su consulta le ha permitido probar un bocado de la buena vida; usted mismo me lo dijo al tomarme las medidas para los complementos ortopédicos. —¿Y qué iba a ser de esos complementos ortopédicos ahora?, me pregunté. Ya los había encargado y, sin embargo, ¿cómo iban a llegar a mi poder si a mi pedicuro lo condenaban por asesinato y lo ponían a la sombra? Bueno, da igual—. Spinoza tiene la respuesta —dije abriendo el libro por una página marcada—: «Por el mero hecho de que imaginemos que otra persona se deleita con un objeto, amamos ese objeto y deseamos deleitarnos con él. Pero suponemos que el placer en cuestión queda impedido por el deleite que experimenta la otra persona; en consecuencia, nos esforzamos por impedir que lo posea». —Cerré el libro—. En otras palabras, usted se fijó en lo mucho que Abel valoraba aquella moneda y sintió un incontenible deseo de apropiársela. Lo mató y se la llevó, lo cual, si no me equivoco, equivale a impedir que la otra persona posea el objeto.

—No puede demostrarlo —dijo Feisinger—. No puede demostrar nada.

—Es a la policía a quien corresponde demostrarlo. Pero no creo que le cueste mucho trabajo en este caso. Usted no se llevó sólo la moneda. También se llevó los otros objetos que yo robé de la caja de seguridad de los Colcannon: los pendientes de esmeralda y el reloj Piaget. No me sorprendería que estuvieran en algún lugar de su despacho. En el cajón central con cerradura que tiene su escritorio, por ejemplo.

Feisinger me miró fijamente.

—Ha sido usted quien los ha puesto allí.

—¿Cómo podría hacer yo algo así? Además no son esos los únicos objetos que le robó a Abel. También se llevó sus llaves para cerrar la puerta cuando saliera de su piso. Esto fue lo que retrasó el hallazgo del cadáver y lo que le permitió borrar las huellas que había dejado. Me sorprende que no tuviera el buen juicio de deshacerse de ellas.

—Eso fue lo que hice... —dijo. Entonces titubeó e hizo un violento gesto de negación con la cabeza—. Eso que dice es mentira. No me llevé ninguna llave —añadió tratando de disimular—. Y tampoco lo maté, ni le robé la moneda ni las joyas.

—No se deshizo de las llaves, desde luego, porque se encuentran en el cajón junto con los pendientes y el reloj. —Y así era, aunque no era el juego que él se había llevado. ¿Pero a quién le importaba aquello? A él, por lo pronto.

—Me ha tendido una trampa —dijo—. Ha sido usted quien ha dejado allí todo eso.

—¿Y también he dejado la moneda?

—No tengo la moneda.

—¿Está seguro? ¿No la encontrará la policía cuando haga un minucioso registro de su consulta? ¿Está completamente seguro de que no la encontrará? Piénselo bien.

Lo pensó. Supongo que fui convincente y que él tenía mejor opinión que yo sobre la policía y su habilidad para encontrar una aguja en un pajar, ya que a continuación tiró su silla hacia atrás, apartó a la mujer que estaba sentada a su lado de un empujón y echó a correr en dirección a la puerta.

Ray sacó su pistola, pero estaba en mala posición y entre él y Feisinger había demasiadas personas, todas en pie y gritando. Podría haberle dejado escapar: ¿hasta dónde llegaría, con o sin complementos ortopédicos?

Sin embargo, saqué mi pistola, le grité que se detuviera y, al ver que no lo hacía, tranquilicé al muy hijo de perra.

—Un café irlandés es lo que necesitamos, y McBell's el sitio al que debemos ir.

McBell's está en el Village a la altura de la Sexta Avenida, a un par de manzanas de la calle Ocho, y allí fue a donde le dijimos al taxi que nos llevara. No es especialmente difícil encontrar un taxista de Brooklyn dispuesto a llevarte a Manhattan, aunque puede serlo convencer a un taxista de Manhattan de que te lleve a Brooklyn, lo cual sólo sirve para probar una vez más que vivimos en un universo injusto. Toda una novedad.

Para entonces el tumulto y el griterío ya se habían calmado; los vencedores y los vencidos ya se habían marchado. Los vencedores eran en este caso Ray Kirschmann y un par de acólitos procedentes de la comisaría del distrito que él había llamado para que le ayudaran con los vencidos. De estos había unos cuantos: Murray Feisinger, Herbert Franklin Colcannon, George Edward Conejo Margate y, por supuesto, Marilyn Margate y Harlan Reese.

Jessica y Clay nos invitaron a ir a su piso junto con el resto de los asistentes a la ceremonia, pero les dije que les tomaba la palabra y me guardaba la invitación para otro día. Tampoco pasamos mucho tiempo hablando con los tres hombres que integraban la delegación de Filadelfia. Al parecer no iba a presentarse ningún cargo contra Howard Pitterman, quien era un buen director cuando no se dedicaba a robarle el ganado a su jefe. Creí adivinar que Milo Hracec iba a obtener una buena tajada gracias a aquel asunto y me enteré de que se había llegado a un acuerdo para que Ray Kirschmann se embolsara diez mil dólares el mismo día en que la moneda volviese a su legítimo dueño. El procedimiento normal habría obligado a confiscar la moneda como prueba, pero a veces puede evitarse recurrir al procedimiento normal si se proporciona la debida motivación al policía adecuado, y Gordon Ruslander había accedido a proporcionar la debida motivación.

El taxista cruzó el puente de Brooklyn, que ofrecía una vista gloriosa en un domingo glorioso. Yo iba sentado en el centro, con Denise a mi derecha y Carolyn a mi izquierda, y pensaba en lo afortunado que era. Había resuelto dos asesinatos, y uno de ellos era el de un amigo mío. Me había confesado culpable de un robo en una sala llena de gente y ni siquiera tenía que preocuparme de que fueran a acusarme. Por si fuera poco, me dirigía a Manhattan con la mujer con quien estaba saliendo de un lado y mi mejor amiga del otro, y encima estas habían dejado de atacarse mutuamente. ¿Qué más podía pedir?

Carolyn había acertado con el café irlandés. Era lo que necesitábamos, y estaba como debe estar: denso y cargado, endulzado con azúcar moreno, y aderezado con un generoso chorro de *whisky* irlandés, todo ello coronado no con un escupitajo sacado de un dosificador de espuma de afeitar sino con verdadera nata batida a mano.

Acabamos el primero y pedimos otro más, y cuando yo estaba sugiriendo que redondeáramos el día con una cena de celebración, siempre que alguien no tuviera otros planes, en cuyo caso...

—Mierda —me interrumpió Denise. Estábamos sentados los tres en torno a una mesa diminuta con espacio suficiente para nuestras tres tazas y un cenicero de gran tamaño que ya estaba casi lleno de todos los Virginia Slim que se había fumado. Apagó uno más, echó la silla hacia atrás y dijo—: No aguanto más.

—¿Qué sucede?

—Que estoy nerviosa, eso es todo. Seguid hablando, ¿vale? Me voy a casa para que mi hijo no se olvide de mi cara. Vosotros quedaos. Pasa luego por casa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contesté.

Pero no me lo había dicho a mí. Se lo había dicho a Carolyn, quien titubeó por un momento y luego hizo un rápido gesto de asentimiento.

—Bien —dijo Denise. Cogió su bolso, respiró hondo, puso una mano sobre la mesa para apoyarse e, inclinándose, dio a Carolyn un pequeño beso en la boca. Seguidamente, con las mejillas rojas como la grana, dio media vuelta y salió de la cafetería a grandes zancadas.

Durante varios minutos nadie dijo nada. Luego Carolyn consiguió llamar la atención del camarero y pidió un martini. Pensé en tomarme otro yo, pero en realidad no me apetecía. Todavía tenía media taza de café irlandés delante y tampoco me apetecía mucho acabármela.

—Un par de cosas, Bern... —dijo Carolyn—. ¿Cómo averiguaste que Marilyn Margate había organizado todos esos robos?

—Imaginé que conocería a la señora Colcannon. Cuando apareció en mi piso con una pistola en la mano y me acusó del asesinato, utilizó su nombre de pila, Wanda, por lo que supuse que serían amigas. Pero luego pensé: ¿qué clase de persona anima a su hermano a desplumar la casa de una amiga? Y no podía ser una coincidencia que Conejo y Harlan fueran precisamente a la calle Dieciocho, como tampoco podía serlo que hubieran elegido una hora en que no había nadie en casa. Cuando entré en El Peinado Aparente oí a una mujer hablar sobre un asunto personal y caí en la cuenta de que las mujeres les cuentan todo a sus peluqueras. Así pues, confeccioné una lista de todos los robos similares cometidos en los alrededores de la peluquería.

—Y luego esta mañana, cuando has vuelto a la peluquería, has encontrado algunos de esos nombres en el libro de citas. De todos modos, ¿no es una manera un tanto complicada de hacer las cosas, Bern? ¿No podías simplemente haber llamado a las víctimas de los robos para preguntarles dónde van a cortarse el pelo?

—Lo pensé, pero de ese modo no habría podido demostrar que Wanda acudía a El Peinado Aparente. Además, si no encontraba alguno de los nombres en el libro,

siempre podía escribirlos yo mismo.

—Eso se llama falsificar pruebas.

—Lo considero más bien una aportación de pruebas. Por otra parte, podría haberme pegado horas al teléfono sin conseguir hablar con nadie. La gente suele salir los sábados por la tarde. Pero quizá la razón más importante, aparte del hecho de que soy un ladrón y es natural que un ladrón enfoque los problemas desde un punto de vista ladronesco, sea que no quería correr riesgos con la pistola.

—¿La pistola?

—La que Marilyn llevaba cuando estuvo en mi piso. Para mí fue un alivio verla en el cajón. Ella me había dicho que la dejaría en su sitio, pero si no la encontraba, tenía que dar por supuesto que todavía la llevaba en el bolso, lo cual me habría obligado a avisar a Ray a fin de evitar que ella tuviese la oportunidad de sacarla cuando yo pusiera al descubierto el papel que había desempañado en los robos.

—Ya.

—Eh, Carolyn...

—Mierda. Seguro que quieres hablar de lo de Denise.

—No sé si quiero hablar de ello, pero creo que tenemos que hacerlo. ¿No crees?

—Mierda y mil veces mierda. Sí, supongo que sí... —Acabó su martini y miró alrededor buscando infructuosamente al camarero; al final se dio por vencida, dejó el vaso sobre la mesa y dijo—: Bueno, que me cuelguen si sé cómo ha ocurrido. Dios sabe que no lo tenía planeado.

—Pero si ni siquiera te gustaba.

—¿Que ni siquiera me gustaba? No la soportaba.

—Y tú a ella tampoco le caías en gracia.

—Me despreciaba. Me detestaba. Me tenía por una enana que olía a perro mojado.

—Y tú pensabas que era huesuda y desgarbada.

—Bueno, estaba equivocada, ¿no?

—¿Y cómo...?

—No lo sé, Bern —atajó ella recalcando cada palabra. El camarero pasó a toda prisa al lado de nuestra mesa, pero ella lo cogió por la chaqueta y le plantó el vaso vacío en la mano—. Es una urgencia. —Y volviéndose hacia mí, dijo—: Te juro que no sé cómo ocurrió. Supongo que ha habido atracción desde el principio y nuestra hostilidad sólo ha sido una manera de encubrirla.

—El mejor encubrimiento desde Watergate.

—Más o menos. El problema es que me siento de pena, y Denise también. Lo primero que hicimos ayer fue un esfuerzo por tolerarnos mutuamente; había algo en el ambiente, y las dos lo notábamos. Yo decidí restarle importancia, porque sabía que no quería tirarle los tejos. En primer lugar porque estabas saliendo tú con ella y en

segundo lugar porque no era lesbiana.

—¿Y entonces?

—Entonces empezó a ponerse cada vez más insinuante, y ya me conoces, Bern, puedo resistir cualquier cosa menos la tentación. Al final fue ella quien me tiró los tejos a mí.

—¿Que Denise te tiró los tejos?

—Pues sí.

—Nunca había sospechado que era lesbiana.

—No creo que lo sea. Si quieres que te diga la verdad, creo que es bastante heterosexual para tener un caniche, pero de momento quiere seguir yéndose a la cama conmigo. Creo que me lo tomaré día a día a ver qué tal va. No creo que sea la aventura del siglo, y si va a acabar jodiendo nuestra amistad, Bern, supongo que lo mejor será mandarla a paseo. Hay mujeres por todas partes, pero ¿dónde voy a encontrar a alguien como tú, que eres mi mejor amigo?

—Da igual, Carolyn.

—No da igual. Es una locura.

—No te preocupes. Lo que teníamos Denise y yo tampoco era la aventura del siglo. Si la llamé el otro día fue porque necesitaba una coartada. No hace falta que se lo digas, pero es cierto.

—Ya lo sabe. Es lo que se dijo a sí misma para justificar el hecho de que nos fuéramos a la cama.

—Bueno, qué demonios...

—¿Estás disgustado?

—No sé exactamente cómo me siento. Confuso. ¿Conoces el chiste del hombre cuya esposa se muere y cuando está hecho polvo en el funeral, su mejor amigo se lo lleva aparte y le dice cómo puede superarlo?

—Me parece que ya lo he oído, pero sigue.

—Pues bien, el mejor amigo le dice que lo superará, que el dolor y la sensación de pérdida desaparecerán, y que al cabo de unos meses empezará a salir de nuevo con otras mujeres hasta que encontrará una que le gustará, se enamorará, se irá a la cama con ella y empezará una nueva vida. Entonces el desconsolado viudo le dice: «Vale, de acuerdo, todo eso ya lo sé, pero dime: ¿esta noche qué voy a hacer?».

—Oh...

—No sé por qué, pero creo que será mejor que descarte a Marilyn Margate. Incluso en el caso de que alguien le pague la fianza, temo que no me recibiría con los brazos abiertos.

—Ahora no, desde luego. ¿Cómo es que le has arrojado a los lobos? No tenías por qué hacerlo, ¿no?

—Bueno, es mejor así. De este modo hay más argumentos para condenar a

Colcannon y no quedan cabos sueltos.

—Creía que... Bueno, ya sabes, que los ladrones tienen una especie de obligación moral recíproca y tal... Tanto ella como Harlan y Conejo son compañeros de profesión, así que no me esperaba que fueras a entregarlos a la policía.

—¿Compañeros de profesión? Ya viste lo que hicieron en la calle Dieciocho.

—Ya.

—No son ladrones; son salvajes. Lo mejor que podía hacer por el bien de la profesión era sacarles de ella de una puñetera vez.

—Supongo que tienes razón. —Bebió un trago de su nuevo martini y comentó—: De todos modos tenía una pinta bastante cutre.

—Cierto.

—Vestida de rojo y negro debía de tener aspecto de furcia.

—Poco más o menos.

—Aun así —dijo pensativamente—, puedo imaginarme que le resulte atractiva a quien le guste esa clase de mujer.

—Ajá...

—A mí me gusta.

—A mí también.

—Aunque, por supuesto, no es el único tipo que me gusta.

—Lo mismo digo.

—¿Bernie? ¿No estás enfadado conmigo? ¿No me odias?

—Claro que no.

—¿Seguimos siendo amigos?

—¿Tú qué crees?

—¿Seguimos siendo compañeros de correrías? ¿Sigo siendo tu secuaz?

—Cuenta con ello.

—¿Entonces no hay problema?

—No, no hay problema. Pero dime: ¿qué voy a hacer esta noche?

—Buena pregunta. —Se levantó—. Yo sí sé qué voy a hacer esta noche.

—Dale recuerdos a Denise.

Cuando se hubo ido pensé en tomarme otro café irlandés, o un martini, o un montón de cosas más, pero en realidad no me apetecía beber nada. Un poco del viejo Armagnac de Abel quizá me hubiera seducido, pero no creía que tuviese una botella. Pagué la cuenta, dejé una propina y me fui a dar un paseo.

No dirigí mis pasos conscientemente a Washington Square, pero allí fue adonde me llevaron. Compré un Buen Humor, que era el sabor del mes y tenía algo muy pegajoso por fuera y una especie de crema de chocolate por dentro. Pensé que, si me lo comía, quizá tuviera una de las resacas de azúcar de Carolyn, pero decidí que me importaba un comino.

No sé por qué, pero lo cierto es que no dejaba de cambiar de banco. Me sentaba, y al cabo de unos minutos me sentía inquieto y alzaba el vuelo en busca de otra percha. Miré a los camellos y los borrachos y los drogatas y las madres jóvenes y las parejas de enamorados y los trileros y los proveedores de una cosa u otra. También miré a las personas que hacían ejercicio, las cuales se abrían camino implacablemente por entre los paseantes describiendo interminables circuitos alrededor del parque en el sentido contrario a las agujas del reloj. Miré a los niños y me pregunté (y no por primera vez) de dónde demonios sacarían toda la energía que tenían.

Seguía inquieto. Para variar, tenía más energía que los niños y ningún objeto al que dirigirla. Al cabo de un rato me levanté, pasé al lado de los jugadores de ajedrez y llegué a la esquina de la Cuarta con MacDougal. Iba vestido con un traje, llevaba un maletín, los zapatos me quedaban anchos y tenía pie de Morton, pero, qué diablos, no me importaba.

Me puse el maletín bajo el brazo y eché a correr.

Este punto sería tan bueno como cualquier otro para acabar, si no fuera porque Jessica Garland apareció por la librería al cabo de unos días con los dos libros que yo había llevado a la ceremonia. Me dijo que no era estudiosa de los filósofos moralistas y me preguntó si quería quedarme con los volúmenes de Spinoza y Hobbes en recuerdo de Abel.

—Espero recibir algo suyo tarde o temprano —me dijo—. Al parecer no dejó testamento, y no está claro que yo pueda probar que era su nieta. Tengo cartas suyas, aunque también es posible que las tenga mi madre en Inglaterra, pero no sé si constituirán prueba suficiente. Imagino que mientras tanto sus bienes permanecerán bloqueados. Hasta que el asunto se resuelva no puedo entrar en su piso de ninguna manera.

—Incluso en el caso de que usted herede —dijo—, el piso será registrado a fondo. No creo que Abel tuviera derecho de propiedad sobre la mayoría de sus cosas. Lo mejor para usted sería que no encontraran nada. Entre la policía y los de hacienda es posible que se queden con muchas cosas, aunque siempre habrá alguna que se les pase por alto. Me sorprendería que encontraran el dinero que hay dentro del teléfono.

Al ver su cara de perplejidad, se lo expliqué y le conté que en otros lugares había más tesoros ocultos.

—Es probable que desaparezcan antes de que yo pueda verlos —dijo—. Sean objetos robados o no, se los llevarán, ¿no le parece?

—Es probable. Incluso si Abel los compró legítimamente. —No todo el mundo, al fin y al cabo, era tan remiso como yo a robar a los muertos—. Quizá el conserje le deje pasar a usted. Al menos podría llevarse el dinero del teléfono.

—Ya lo he intentado. En cuestiones de seguridad, ese edificio está administrado con un gran rigor. —Frunció el entrecejo y su rostro adoptó una expresión pensativa

—. Me estaba preguntando...

—¿Qué se estaba preguntando?

—¿Usted no podría entrar? Después de todo es su especialidad, ¿no? Estoy más que dispuesta a darle la mitad de todo lo que consiga recuperar del piso. Tengo la sensación de que si no hago algo al respecto al final me quedaré con las manos vacías. Entre lo que se lleve la policía, los del Fisco y los impuestos sobre sucesiones... ¿O aquí los llaman impuestos hereditarios? La mitad de algo es bastante más que el total de nada. ¿Cree que podría hacerlo? Al fin y al cabo no es lo mismo que robar, ¿no le parece?

—Es imposible entrar en ese edificio —respondí.

—Lo sé.

—Conozco dos medios para entrar en él, pero ya los he utilizado. Y eso fue antes de que los inquilinos me conocieran de vista, supieran mi nombre y, aún más importante, se enteraran de mi profesión.

—Lo sé —repitió ella, cariacontecida—. ¿He de suponer entonces que no querrá intentarlo?

—No he dicho eso.

—Pero si no hay manera de que pueda entrar...

—Siempre hay un medio de entrar —afirmé—. Siempre hay un medio para hacer saltar una cerradura, para burlar a un conserje y para abrir una caja de seguridad. Si uno es ingenioso y tiene decisión, siempre hay un medio.

Ella me miró con los ojos muy abiertos.

—Parece que el tema le apasiona... —dijo.

—Bueno, yo, eh...

—Lo hará, ¿verdad?

Intenté aparentar que me lo estaba pensando, pero ¿a quién iba a engañar?

—Sí —dije—. Creo que sí.